

FRÉDÉRIC BEIGBEDER

Socorro, perdón



Lectulandia

Octave Parango, el protagonista de *13'99 euros*, vuelve a la carga. Mantiene intactas sus neurosis y su peculiar forma de enfrentarse a la realidad pero ahora vive en Rusia y trabaja como cazatalentos para un líder mundial de la industria cosmética. Lo que el francés busca en un Moscú de sueños, diversión y pesadillas son chicas guapas, las más guapas del mundo, a ser posible. En esta desternillante novela, sumergidos en el Moscú más moderno, con atascos monstruosos y boutiques de superlujo, donde poderosos oligarcas ostentan sus Rolex de oro en un brazo y pasean en el otro a nífulas de piernas infinitas, Beigbeder nos ofrece una ácida crónica sobre el cuerpo, la belleza y el sexo, la impudicia del dinero y las locuras de la mundialización.

Lectulandia

Frédéric Beigbeder

Socorro, perdón

ePub r1.0

Sibelius 20.03.14

Título original: *Au secours pardon*
Frédéric Beigbeder, 2007
Traducción: Jaime Zulaika
Editorial Anagrama, S. A., 1998
Ilustración: foto © Marc Atkins / Panoptika

Editor digital: Sibelius
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

¡A mí!

Sólo tengo una ambición: ser libre. Por ella lo he sacrificado todo. Pero a menudo, a menudo, pienso en lo que me aportará la libertad... ¿Qué haré, solo entre la multitud desconocida?

DOSTOIEVSKI,

Carta a su hermano,
16 de agosto de 1839

Primera parte

Invierno («Zimá»)

«De modo que, señores, estamos todos de acuerdo», dijo, hundiéndose en su butaca y encendiendo un puro. «Cada uno de nosotros va a contar la historia de su primer amor. Empieza usted, Serguéi Nikoláievich.»

IVÁN TURGUÉNIEV, *Primer amor*, 1860

1

Me volví totalmente loco el año en que cumplí los cuarenta. Antes fingía ser normal, como todo el mundo. La verdadera locura aparece cuando cesa la comedia social. Fue después de mi segundo divorcio. Me quedaba poco dinero; había abandonado mi país. Había amado, amaría de nuevo, pero esperaba poder prescindir del amor, ese «sentimiento ridículo acompañado de movimientos sucios», como dice Théophile Gautier. Como además había dejado todas las drogas duras, no veo por qué el amor debía constituir una excepción. Por primera vez desde que nací, vivía solo y me proponía disfrutarlo por un tiempo. Me parecía quizás a mi época desprovista de estructura. Reconozco que es fastidioso vivir sin columna vertebral. Ignoro cómo se desenvuelven los demás invertebrados. Yo me había criado en una familia desestructurada antes de desestructurar la mía. No tenía patria ni raíces ni ataduras de ninguna clase, aparte de una infancia olvidada, cuyas fotos sonaban a falso, y un ordenador portátil con conexión wifi que me permitía la ilusión de estar en comunicación con el resto del planeta. Consideraba la amnesia la cumbre de la libertad; es una enfermedad bastante extendida en estos tiempos. Viajaba sin equipaje y alquilaba apartamentos amueblados. ¿Le parece siniestro vivir con muebles que no has elegido? No estoy de acuerdo. Lo sórdido es pasar horas en una tienda dudando entre varios tipos de sillas. Tampoco me interesaban los coches. Los hombres que comparan sus cilindradas me dan pena; es espantoso el tiempo que pierden en enumerar marcas. Yo leía libros de bolsillo y subrayaba con un bolígrafo determinadas frases, antes de tirar los dos a la basura (el libro y el boli). Trataba de no conservar nada que no estuviese en mi cabeza; tenía la impresión de que las cosas me molestaban, pero creo que también los pensamientos, que además ocupan más espacio. En un guardamuebles de las afueras de París se amontonaban mis viejos televisores dentro de unas cajas de cartón, al fondo de un hangar de chapa ondulada. En mi libreta tachaba los días pasados, como un preso graba en las paredes de su celda. Como ya no leía periódicos franceses, me llegaban las noticias con semanas de retraso: «¿Ah, sí? ¿Eddie Barclay ha muerto?» Pasaba semanas sin salir de casa, conectado con el mundo únicamente por medio de sites de farmacia o de spanking en Internet. No comí nada en 2005. Creía haberme librado del pasado como uno se libra de una mujer: cobardemente, sin encararla. Me imaginaba ciudadano del mundo. Tomaba Europa por un viejo monumento que se podía visitar sin guía, sólo acompañado de un GPS de bolsillo, una caja negra de la que brotaba la voz severa de una señora: «A quinientos metros, prepárese para girar a la derecha.» Escribía postales que no enviaba nunca. Se acumulaban en una caja de zapatos, al lado de las que me habían llegado estampadas con un sello: «Devolver al remitente. Desconocido.» Quería no entristecerme, pero nadie olvida porque se lo ordenen. No

sé demasiado bien por qué le digo todo esto. De hecho, me gustaría contarle cómo comprendí que la tristeza es necesaria.

2

Mi oficio no era un empleo auténtico: «cazatalentos», hasta el nombre es penoso. Me pagaban por buscar a la chica más hermosa del mundo, y en Rusia era difícil elegir. A veces tenía la impresión de ser un parásito, un contrabandista o un proxeneta; una especie de carroñero que se nutriese de carne fresca; un capitán Ahab cuya ballena blanca se llamara Mirjana, Luba o Varvara. Mi futuro profesional dependía de algunas medidas, de un contorno de pecho, de una curvatura pronunciada o un perfil travieso. Sabía distinguir de un vistazo la nariz rebelde, la boca delicada, la frente abombada, la crisálida encerrada en su capullo de seda. Buscaba la buena geometría entre la separación de los ojos y la altura del cuello, la contradicción perfecta entre la insolencia de un pecho incipiente y la inocencia de un hoyo clavicular frágil. La belleza es una ecuación matemática: por ejemplo, la distancia entre la base de la nariz y el mentón debe ser la misma que entre la parte alta de la frente y las cejas. Hay reglas que respetar, como el «número de oro» (1,61803399) que es la altura de la pirámide de Keops dividida por su semibase. Si divides tu estatura por la distancia que hay entre el suelo y el ombligo, tienes que obtener esa cifra, que también debe ser igual a la distancia del suelo al ombligo dividida por la distancia del ombligo a la coronilla. Si no, eres infollable.

Mis días eran sencillos: me levantaba tardísimo, un sueño brumoso hacia las dos, castings y sesiones fotográficas por la tarde, reparto de tarjetas de visita por la noche. Mi modelo era Dominique Galas, el célebre francés que descubrió a Claudia Schiffer en 1987, en una discoteca de Düsseldorf. Le conocí en una playa de Saint-Barthélemy, donde se jubiló a los cuarenta y tres años, un tío encantador, bastante bien conservado para alguien que no ha dormido durante veinte años. Nuestro oficio de reclutadores estéticos es difícil: ¿cuántas veces no habré creído yo que había topado con la perla rara, el summum del futuro, las curvas del siglo, para luego comprobar, al acercarme, que la criatura estaba ajada y tenía granos, grasa, un mentón huidizo, las pantorrillas hinchadas, que se le caía el pelo, su sujetador estaba vacío y era patizamba? Galas repetía esta máxima (la inversa de Oscar Wilde): «Desconfía de tu primera impresión porque es siempre la mala.» Claudia Schiffer no parecía gran cosa cuando él la vio zarandearse en una pista de baile alemana. Era un gran tallo teutónico, como otros miles, con los hombros tan cuadrados como los dientes. Pero Galas supo detectar en ella el potencial de la nueva Bardot. Como Gia, el cazatalentos georgiano que descubrió a Natalia Vodianova en Nijni-Nóvgorod, o Tigran, el armenio que controla el reclutamiento en Moscú, Galas tenía una mirada penetrante, la *vista* y las conexiones. Aquí no se improvisa lo de buscar modelos: hay que encontrar los buenos accesos, cuidar los contactos y respetar determinadas reglas,

entre las cuales hay seis principales:

1 - No abusar sexualmente de las chicas (salvo si ellas lo reclaman).

2 - No pedir nunca el número de móvil a una chica ya contratada por Gia o Tigran.

3 - Desplazarse siempre en coche con chófer y guardaespaldas.

4 - No abordar nunca a chicas que llevan gafas de sol por la noche.

5 - No probar la cocaína.

6 - Y, sobre todo, no enamorarse nunca.

La fotogenia es un misterio. Algunas chicas sublimes en la vida son nulas para la imagen. Entonces es preferible tirártelas sin contratarlas. Las chicas más deslumbrantes en carne y hueso no absorben la luz, mientras que una tía cualquiera, con una nariz redonda y ojos hundidos, podrá revelarse rentable si posee ese don del cielo: ser amada por la cámara. Es una cuestión de osamenta y de personalidad, de sombra en las mejillas, de voluntad en la barbilla, de melancolía o animalidad en la actitud. Por eso no salgo nunca sin mi vieja y querida Pola. Las cámaras numéricas aplanan los relieves, lo digital ensucia el pelo. Corinne Day descubrió a Kate Moss para su primera serie en *The Face* al tropezar con una polaroid tomada por Sarah Doukas, de la agencia londinense Storm, que se había cruzado con Kate en el aeropuerto de Nueva York. La pequeña inglesa tenía entonces catorce años y soñaba con ser azafata de vuelo; en la actualidad gana treinta millones de libras al año (¡y su descubridora se lleva el 10% de todas sus ganancias! ¡Hay noches en que sueño con esto!). Ignoro si hoy día Kate Moss viaja alguna vez en aviones de línea.

3

Mi trabajo consistía en saber lo que a los tíos se la pone tiesa. Las chicas que hacen consumir a las mujeres son las que excitan a sus maridos. Ahora bien, lo que excitaba a los hombres, a principios del siglo XXI, era la pureza. Todo el mundo quería la pureza, probablemente porque todo el mundo se sentía asqueroso. A los hombres ya sólo les atraían los físicos infantiles y, en consecuencia, todas las mujeres se disfrazaban de chiquillas rosas. Siempre he desconfiado de los hombres que se exhiben con niñas: son chulos de playa u homosexuales rechazados. Se pavonean con ellas como automovilistas al volante de su nuevo descapotable deportivo. En aquella época en que la mujer bonita se había convertido en un trofeo, algunas veladas se parecían a concursos de teckels: el premio era para quien luciera en brazos al perrito más mono. Los hombres comparaban los cuerpos de sus acompañantes, el color de sus ojos, el olor de sus cabellos y la longitud de su correa.

—Mira a mi novia juvenil con la mirada azul claro.

—Y tú échale un ojo a mi muñeca de porcelana con las pestañas rizadas.

—Viejísima. ¿Se te ha perdido el filtro para los cardos?

—La tuya parece mi abuela, perdón, rectifico: mi abuelo. Mejor harías en tirarte a su hermanita.

—De tu vieja está más buena la hija.

—*(Risas.)* ¡Menos mal que estas cretinas no hablan francés!

—Venga, bésale las mejillas; con la barba le quitas una capa de maquillaje y resplandecerá su tez de bebé.

—Calla, que me enamoro.

—Te presto cualquier cosa menos a ella.

—No quiero nada de «b.u.» («de segunda mano», en jerga rusa).

Las mujeres también se evalúan sin tregua, como prostitutas en una acera.

—¡Tengo los pechos más grandes que los tuyos!

—¡Sí, pero los míos son auténticos!

En todas partes los cuerpos se pesaban como en los puestos de un mercado. Todos querían ser únicos, pero en realidad deseaban parecerse a la misma portada de revista. Y los sentimientos apenas se tenían en cuenta. Uno creía que se había enamorado, pero sólo obedecía a una campaña de Guess. Habíamos entrado en la era de la inhumanidad sexy. Evidentemente, yo no he conocido otras épocas, pero no creo que haya habido alguna en que los seres humanos hayan estado más celosos unos de otros. La gente se volvía totalmente majara desde que el egocentrismo se había erigido en la ideología dominante. Los publicitarios que decretaban el look mundial disponían de una influencia sin precedentes históricos. Las inversiones anuales en

compra de espacio habrían podido eliminar diez veces el hambre en el mundo, pero se consideraba más urgente machacar caras para que los signos del lujo quedasen grabados en «el fondo de la mente» de los hambrientos. Un filósofo de Karlsruhe, Peter Sloterdijk, había bautizado este sistema como el «deseísmo sin fronteras». Si el grupo Condé-Nast se lo hubiera sugerido, creo que una amplia mayoría de jóvenes *deseístas* habría aceptado declararse la guerra por una aparición en el próximo número de *Vogue*.

Era una época en que la única utopía era física. La serie de televisión que mejor resumía el primer decenio del siglo XXI se titulaba *Nip/Tuck*. Dos cirujanos plásticos de Miami explicaban a sus clientes: «Detener la lucha por la perfección equivale a morir.» Me sé de memoria algunos diálogos de la serie. Una chica de voz aguda canta en los títulos de crédito: «Make me beautiful. A perfect mind, a perfect face, a perfect life.» Mi episodio predilecto: el tercero, en el que una obesa se dispara una bala en la boca porque el médico McNamara se niega a practicarle una liposucción. El cerebro de la gorda salpica las fotos del top-models clavadas con chinchetas en su habitación. Escena muy conmovedora, la verdad, ese goteo de hemoglobina sobre la garganta de Elle McPherson, seguido de una panorámica sobre el cadáver calipigio, varado sobre la moqueta como una ballena blanca en South Beach. Plano del azul inmaculado del cielo de Florida, simbolizando la ausencia de toda desdicha.

Al ojo humano le atraen espontáneamente la regularidad de los rasgos, la epidermis lisa y la superficie de los labios. La regularidad de la arista nasal facilita las relaciones humanas. No por azar en Francia a un pecho opulento se lo denomina conversación, porque a menudo la genera. Es lógico que los guapos estén mejor remunerados que los feos, puesto que producen más dinero. Por lo tanto, hay que inyectarse toxina botulínica para obtener un aumento de sueldo, añadir cincuenta gramos en cada pecho mediante incisión periareolar para progresar en la empresa, recolocar la grasa de las mejillas y aumentar los maxilares para ascender los peldaños sociales. Hagan la prueba, verán que tienen más ganas de trabajar con personas jóvenes y bellas, que se sienten mejor con gente que no tiene bolsas debajo de los ojos, que obedecen más espontáneamente a los rostros equilibrados, lisos, no deprimidos por la edad. Las apariencias no sólo se guardan, sino que son las que mandan.

No estoy seguro de tener un corazón pero sí de que tengo un cuerpo que late. No estoy convencido de merecer el perdón de vuestro Señor, pero mi relato me ayudará sin duda tanto como un psicoanálisis, y me costará mucho menos. Su iglesia inmensa, cargada de iconos, a pesar de sus corrientes de aire, es el más lujoso de los divanes. Lo descubrí una noche de mucho frío en que, empujado por el orgullo de la embriaguez, opté por desobedecer a mis amigos y volver a mi casa andando. «A cincuenta metros, gire a la izquierda», me decía mi amiga robótica, secuestrada en el bolsillo de mi abrigo. La luna llena cegadora estaba empalada en su campanario como una puta sobre un cliente. Me detuve para contemplar aquel merengue gigante, improvisado al borde del río de hielo. La sombra de las grúas cuadrículaba la nieve; yo caminaba sobre una cuadrícula de crucigrama. ¿La luna me subió la marea al cerebro? No podía despegar la mirada de su catedral maciza, que me recordaba la cúpula de los Inválidos, donde Napoleón quiso que le enterraran cuando renunció a conquistar este país. A pesar de las súplicas de la señorita GPS, di la vuelta a la explanada hasta quedarme congelado (¿se acuerda? Estábamos a treinta y nueve bajo cero). Cuando por fin me acerqué tímidamente a este edificio sagrado, ¡cuál no sería mi sorpresa al verle salir, padre Ierojpromandrita, envuelto en un gran abrigo cubierto de escarcha! Sólo era un pope auxiliar, un pope becario que chapurreaba francés, cuando le conocí en la rue Daru, en la época en que yo colaboraba en *Voici*. ¡Ignoraba que se pudiese ir de la rue Daru a Moscú sin pasar por la casilla de Constantinopla! Usted no había cambiado pero yo sí: mi barba algodonosa le impidió reconocermene enseguida. Luego soltó una carcajada y fuimos a guarecernos bajo el pórtico, antes de concertar la cita para esta confesión. ¿Se acuerda de nuestros festines en Daru, del ultramarinos ruso, hace ya por lo menos diez años? Era en el siglo XX, cuando su Iglesia era perseguida... ¿Cómo se llamaba la bonita camarera que nos llenaba los vasos de vodka cereza...? ¿Olga? Ah, sí, Olga, eso es, tiene usted buena memoria... ¡Confiese que tenía una debilidad por la pequeña! Una de las primeras rubias de mi vida. Me acuerdo de sus pechos redondos y calientes como brioches salidos de un horno. Era capaz de gozar sólo con las tetas, sin tocarse abajo, bastaba con pellizcarlas muy fuerte y desfallecía. Sí, mi metropolitano, yo había tenido con ella una aventurilla que estremecía las paredes de su pequeño estudio bajo los tejados... Besaba como una esquimal, frotándome la nariz con la suya. A usted le quería mucho. ¡Debería haber pedido su mano, ya que los curas ortodoxos no lo tienen prohibido! Ah, vaya, ¿sigue soltero? ¡Ja, ja, ja, no está loco el pope! Perdón, le tomo el pelo. ¡Qué alegría verle, padre, al cabo de tantos años! Las coincidencias no existen: teníamos una cita. Creí que me iba a morir de frío, la noche en que juré volver a verle. Desde entonces hago como todo el mundo: llevo un gorro de piel

ridículo y un anorak verde de Goretex. Ser friolero remedia el dandismo.

Lo que hay que hacer es esperar a que las presas se agachen para coger algo del bolso. Gesto de origen prehistórico que ellas ejecutan por fuerza, en un momento u otro, cuando necesitan repasarse el carmín, pulverizar ventolín sobre el asma o encender un cigarrillo, y el predador está ahí, agazapado en la sombra, al acecho del tanga rosa que asomará del jean Diesel... Se sienten vulnerables y expuestas cuando un tío se acuclilla a su lado; el ridículo de la postura simiesca crea una complicidad. Se finge menos con los pies separados y la ranura al descubierto: nos estudiamos mutuamente. Cabría denominarlo la fraternidad babuina.

Mi técnica de abordaje consistía en tomar la primera polaroid sin pedirles permiso. Por lo general, ellas protestaban: quién se cree que es este intruso, este hortera, este invasor, y entonces yo, con mi acento francés, les explicaba mi situación, mi oficio, mi búsqueda de la belleza última. ¿Se llamaban Tatiana, Ania, Olena? ¿Habían oído hablar de la Russian Fashion Week? ¿Querían ver su retrato, oh, aquí está, ya revelado? ¿Qué les parecería convertirse en iconos del mass market? A veces era preferible que el primer contacto fuese mudo. ¿Por qué? ¿Porque los consumidores que vean nuestras imágenes no hablarán nunca con ellas! Me gustaba contemplarlas como si posasen ya en una marquesina de autobús. Cuando disparabas el flash sobre una presa, tenías que tomártelo con calma, como un buitre enamorado, sentarte a unos metros de ella para diseccionarla. ¿Por qué todas llevaban el mismo perfume (Chance de Chanel)? ¿La dentición era sana o habría que ponerle fundas de cerámica? ¿El color del pelo era auténtico o lucía un tinte de supermercado? ¿Estaban enganchadas a las extensiones capilares rapadas del cráneo de los mendigos hindúes en Bangalore o a las falsas uñas sintéticas en forma de almendra para alargarse los dedos entumecidos? ¿Los pechos eran lo bastante redondos o habría que insertarles prótesis ergonómicas de 295 centímetros cúbicos? ¿Tenían las piernas lo bastante largas o hacían trampa alzándose sobre sandalias de plataforma? ¿El culo era triste, caído, plano, necesitaba una gluteoplastia (implantación de silicona cohesiva) o una inyección de fosfatidilcolina para disolver localmente la grasa de la cintura? ¿La nariz era aguileña o habría que rebajarla con Photoshop? ¿Tenía una tez sana o cubierta de tapagranos y bronceada con ultravioleta? ¿Se había quitado alguna costilla? ¿Estaba hecha para las fotos o para los desfiles? Dicho de otro modo, ¿su porte estaba a la altura del rostro? ¿Cómo caminaba? ¿Cómo respiraba? ¿Tenía yo ganas de besarla (buena señal), de casarme con ella (aún más comercial) o de morderle en el cuello (firmar de inmediato un contrato exclusivo)?

Hoy día todas las mujeres son guapas a primera vista. Porque todas saben ocultar sus defectos. Nuestro curro consiste en despojarlas de las lentillas de color, las

pestañas falsas, el exceso de colorete, los vestidos negros que adelgazan, la ropa que comprime, los Wonderbra que desafían a Newton (a Isaac, no a Helmut), las liposucciones, las rinoplastias y el ácido hialurónico que se inyectan en el labio desde los dieciséis años. Para engañarnos pueden utilizar todos los artificios de presentación: la caza de talentos profesional consiste en distinguir el buen producto del callo camuflado. No tenemos derecho a equivocarnos. Fallar cuesta carísimo, entre los billetes de avión, el alquiler de apartamentos en París, la producción de compuestos, las botellas de champán con su caja, además de la droga, sin contar el hecho de que naturalmente no vamos a ahogar a todos nuestros bookers para enviar de vuelta a la Natacha un año más tarde a su tundra natal ojerosa, deprimida y colgada. Está claro que tenemos algo mejor que hacer que jugar a canguros de futuras bailarinas de lap dance de Ekaterimburgo o Kaliningrado. Los mejores del gremio (David Kane de Reservoir Tops, Jean-François Bondel de Melody, John Vegas y Bertrand Folly de Aristo, Andrei Krapottin de Star-system, Xavier Antoine de Marylou y los chicos de la agencia Lumière de Sao Paulo) pueden recitarte en diez segundos las medidas de una desconocida. Se convirtió en mi juego preferido por la noche: abordar a las chicas soltándoles las tres cifras fatídicas. «Déjame adivinar: ¿85-59-81?» (A veces las amañaba para complacerlas: «One meter seventy-eight? Forty-nine kilos?») Fuera soplabla la ventisca; las baldosas rojas de los lavabos del First ostentaban las siglas de Trussardi; delante del Café Vogue, tres taxis de caballos aguardaban tiritando bajo la nieve para llevarme borracho como una cuba a la Galleria por doscientos rublos. Algunas veces yo vibraba al unísono con este decorado de fábula, la blancura confería un aura maravillosa a todo lo visible, y entonces, por un instante, el mundo me parecía bien organizado.

Había que encontrar a las chicas antes de que se toparan con un magnate del petróleo o un banquero que las mimara. Después ya no querían trabajar, tenían enseguida un piso y un coche. Espere, pope, yo no digo que todas esas niñas fueran prostitutas, sino sólo pobretonas que se servían de las únicas armas a su alcance. En Moscú había que actuar rápido, había que descubrirlas cada vez más pronto, antes de que Peter Listerman les deslizase un diamante en la boca. ¿No conoce a Peter? Es un israelí que tiene una piscina olímpica y una pista de esquí en su dacha. ¿Es difícil resistírsele, todas caen turulatas a sus pies! Y después no quieren hacer más sesiones de fotos por menos de 100.000 euros la hora. Veamos, por ejemplo, el caso de Anna Kuznetsova, la estrella de la Avant Agency, descubierta en el pueblecito de Medvetsevo. ¡A los diecisiete años ya es inaccesible! Y Tania Dyagyleva está enchufada, con su serie filmada por David Sims el mes pasado... Sí, padre, yo era un infiltrado en la guerra de los cisnes. Recuerdo que la mayoría de los cazatalentos que encontraba me presentaban a sus amigas indicando su edad de inmediato:

—Ésta es Nadia, quince años.

—¿Puedo presentarte a Uliana? Tiene catorce años.

—¿Conoces a Svetlana, de trece?

—Hi, how are you, I will be legal in two years.

Las elegían cada vez más jóvenes, era como en Francia. Por ejemplo, Audrey Marnay debutó a los catorce años, ahora hace cine y joyas, su carrera de top ha terminado, a los veintiséis años... Desde mi llegada a Rusia, la pregunta que me hacía era: ¿hasta dónde estoy dispuesto a bajar? El límite legal para el sexo está en los quince años y tres meses, pero se sabe que todas empiezan a follar a los trece; por debajo de esta edad incurres en lo sórdido. Pero ¿dónde está la frontera para una fotografía, un spot publicitario, una foto call por webcam, un desfile de lencería, un test de epidermis? Al principio tenía la impresión de ser el único al que le inquietaba ver cómo toda una industria se volvía pedófila. Como todos mis colegas parecían considerar normal la situación, pronto dejé de preocuparme. Y tranquilamente me he dedicado a que los hombres del mundo entero tengan ganas de acostarse con niños.

6

Me volví jorobado a fuerza de morderme las uñas capturando chicas. Ligaba con las caras más inmaculadas para evitar desearlas. A veces me las follaba para no besarlas. Tenía entonces la sensación de estar follando con papel cuché. Era divertido arrugar un poco a aquellas muñecas de revista. Tenía el ojo aguerrido de los hombres que han pasado directamente de la frustración a la lasitud. Mi indiferencia estudiada gustaba a las modelos en ciernes. Entre dos veladas con las chicas más bellas que han nacido, yo me embrutecía con medicamentos. ¡Cuando pienso que hubo una época en la que los hombres aceptaban sufrir! Los de mi generación siempre se negaron. Por lo que a mí respecta, nunca he soportado una depre sin tragar al instante una pastilla. Crecí anestesiado, pero eso no es lo más grave; tanto da decírselo ya mismo: no tenía ni idea de qué mujer buscaba ni qué quería de la vida. Nuestra sociedad cree que puede prescindir de voluntad pero, bien mirado, es un problema bastante grave no saber lo que uno quiere. Todo el mundo necesita un objetivo preciso; ahora bien, el nuestro es cada vez más borroso. Sin sueños te transformas en un animal anodino, un paseante extraviado. Estás vacío o perdido. Durante un momento puede resultar agradable, como cuando te equivocas de calle en una ciudad extranjera. Aprovechas la ocasión para vagabundear, retrasar el momento de preguntar el camino, sentarte y mirar las nubes, como un mamífero que pasta en la naturaleza. Pero muy pronto el pánico gana terreno. Te registras los bolsillos en busca de un mapa, de un refugio o de un estuche de GPS. Echas mano de los indígenas. Llamas a taxis. Muy poca gente tiene el valor de perderse de verdad. En todo caso, yo no creo haberlo deseado. La soledad fue el regalo de cumpleaños de mis cuarenta años. Es complicadísimo ser libre. La libertad es un fardo al que te acostumbras, como la muerte. Ustedes, los rusos, lo saben mejor que nadie.

Joder, sigo sin decirle lo que me trae aquí. Vamos allá: soy una víctima de la belleza femenina, del deseo mundializado, de la sociedad sexual, y perdí la chaveta cuando convertí todo esto en mi oficio. Vengo a verle porque quiero cambiar, esto tiene que parar, ya no puedo vivir de esta manera, aunque me considere irresponsable de mis actos. Al balbucirlo, soy lúcido sobre mi cobardía. Bien sé que declararse totalmente extraviado es la comodidad suprema. Así que me viene al pelo, pero será irrevocable:

—Me obsesionan las chicas porque me bombardearon con imágenes sexuales desde mi nacimiento (me considero víctima de una alienación nueva).

—Estoy loco por culpa de mis padres, heredé su locura, mis problemas no son míos y los de ellos ya no eran suyos, etc.; podemos remontarnos lejos: ¿a las dos primeras guerras mundiales, la guerra de los Cien Años, la guerra del fuego?

—Quiero abandonar a todo el mundo sin que nadie me abandone.

—Nadie es malo voluntariamente, pero aun así hay algunos que lo buscan un poco.

—Parece que mi guasa suena vulnerable.

En cualquier caso, todas mis neurosis son bazas preciosas en la profesión que ejerzo. Es lo que me dijo Daria Veledeeva, redactora jefe del *Grazia* ruso.

Total, soy un eterno insatisfecho, como todos los niños a los que nunca les negaron nada.

Las mujeres son mi sacerdocio. Quiero conquistarlas como a un continente. Quisiera ser el Cristóbal Colón del top, el Vasco de Gama del canon.

—Disculpa, prekrásnaia («magnífico», en ruso), pero es más fuerte que yo: quiero ser el doctor Livingstone de tu boca, el Neil Armstrong de tu cuello. Cuando te chupe los pechos exclamaré: «It's a small step for a man, but a great step for mankind.» A continuación, una vez que te haya conquistado, haré como el primer hombre que pisó la luna: plantar mi bandera antes de volver a la tierra.

Hacía clasificaciones de chicas, hit-parades físicos, listas de rostros. (Lo más excitante de una mujer es su cara; no creáis a los hombres que fingen amar sus pechos o su culo: se concentran en el resto porque su tía es fea de careto.) Coleccionaba en camisas de plástico las páginas arrancadas de *Max*, *Mademoiselle* y *Purple*. Tengo en mi habitación una cómoda llena de fotos arrancadas. Llegó un momento en que tuve que afrontar el sufrimiento excesivo, ese dolor del que uno no se recupera. Mi cerebro lo borró pero sigue gobernándome. Si usted es como yo, le compadezco: es un hombre moderno.

Serguéi, mi amigo oligarca, me dice a menudo: «Zatknis (Cállate)! Deja de quejarte, Octave, te las apañas bien: ¡podrías ser proctólogo!» Conocí a ese cómico multimillonario en el curso de mis prospecciones nocturnas. Le apodé «el Idiota» en honor a Dostoievski y a Jean-Edern Hallier. Sólo vive rodeado de bonitas wannabitches que le recuerdan su éxito. Tuvo una aventura pública con la Paris Hilton rusa (una tal Xenia.) El grupo petrolero inmenso que dirige Serguéi posee (entre otras cosas) dos fábricas que producen compuestos únicos en el mundo, esencias raras, ingredientes sutiles que suprimen las arrugas del rabillo del ojo. Cultiva el secreto del origen de estos aceites de juventud como Coca-Cola conserva su fórmula en el fondo de una caja fuerte. Algún día tendré que preguntárselo: ¿cómo fabrica sus cremas de juventud eterna? Sus patentes (y sus relaciones con el Kremlin) le han convertido en uno de los oligarcas más poderosos del mundo. Su dacha de la Rublovka, cerca de Moscú, es un lugar muy confortable para acabar la noche tendido sobre colchones humanos. Pero ni siquiera el Idiota podrá impedírmelo: siempre tengo que criticar mi propia vida. Tengo muchas cosas que contar sobre los cazadores de tops, padre.

El problema más grave del mundo de las modelos no es la ninfomanía, ni siquiera la anorexia, sino el racismo. Si todos perseguimos a las rubias, hay que llamar a las cosas por su nombre: es porque somos unos fachas. Los nazis preferían a las rubias: habrían adorado a la eslovaca Adriana Karembeu-Sklenarikova o a las checas Karolina Kurkova, Eva Herzigova, Veronika Varekova y Petra Nemcova (después de todo, no es casualidad que Hitler empezase invadiendo Checoslovaquia, ¡el Führer tenía el sentido de las prioridades!). Los reclutadores de modelos veneran la raza aria, sus pómulos altos, sus ojos claros, su dentadura sana, su blancura robusta. Ya conoce la predilección del camarada Stalin por las bailarinas jóvenes y las bellas Amazonas. Era tan antisemita como Hitler. Las mujeres que no se correspondían a los gustos estéticos de los dictadores fueron eliminadas de una forma u otra. Hoy, en el mejor de nuestros mundos, la selección la hace el tiempo: las viejas y las feas son excluidas. La belleza es un deporte donde el fuera de juego es frecuente. ¿Qué hay más fascista que las elecciones de Miss? Por un lado, los torneos estéticos de eliminación pública; por otro, los brutales ataques a los zingaros perpetrados por bandas de skinheads en el metro de Moscú. Cuando emito el veredicto del jurado delante de las adolescentes en bañador que prorrumpen en lágrimas de alegría o desesperación, tengo a veces la impresión de ser el guardián que custodia la entrada del Club Diaghilev: llaman a esta violencia el «face control» (incluso han llamado así a una revista dedicada a la noche moscovita). La idea del control facial es castigar la diferencia. La historia se repite

siempre, la democracia no cambiará nada de esto. Vale más ser la novia con stiletos de un magnate que un «chorni» atezado y con cuello de toro, si quieres que Pasha (el portero más conocido de Moscú) te deje entrar en su local. La palabra «model» es en este sentido más honesta que «maniquí»: transmite mejor la idea de una raza superior y de obediencia a un físico dominante. Es exactamente lo mismo que sucede en Francia con nuestros fisonomistas de nightclubs, que no dejan entrar a los árabes excepto si son humoristas de «stand-up». Me pregunto si el velo islámico no es menos facha que el jurado de un Fashion Contest o el controlador facial de una discoteca. Al menos, al disimular la cara, el velo deja alguna posibilidad a los adefesios. Los fundamentalistas son sin duda grandes machos que prohíben a las mujeres conducir, trabajar o engañar a su marido sin ser lapidadas o desfiguradas con vitriolo, pero reconozcámosles esto: son los únicos antirracistas estéticos. Llevar velo milita contra la seducción de la faz y el totalitarismo de la cara bonita. Con el velo, cualquier mujer tiene ocasión de gustar de otra manera que exhibiendo los cánones de la belleza definidos por el *Numéro* del mes pasado. ¿Qué es más fascista: el burka o mi booker? Ah, padre, veo que da cabezadas. Pues bueno, no se prive, dé todas las que quiera.

Sé que mi historia terminará mal. La dictadura de la belleza engendra la frustración y la frustración engendra el odio. No es posible abrazar impunemente esta ideología. Se empieza anunciando en las paredes a rubias eslavas para vender champú y la cosa termina en un baño de sangre orquestado por movimientos neonazis el día del aniversario de Hitler, pogromos de judíos, palizas a negros, asesinatos de caucásicos, bombardeos de chechenos, agresiones a daguestaneses. Podría usted decirme que le importa un bledo, bátiushka: no son ortodoxos. Pero a mí sí me importa porque en Francia sucede lo mismo. En mi país tratan a los hijos de inmigrantes como delincuentes durante todo el año hasta que llegan a serlo, porque los pobres son tan obedientes que acaban prendiendo fuego a los autobuses y los automóviles por cortesía, por parecerse a la imagen que proyectan de ellos desde que nacieron. Es verdad que no se parecen a la publicidad de Ideal que voy a filmar el próximo trimestre. Es casi halagador, si no fuese tan repugnante, comprobar que mis fotos causarán tantas víctimas como la descolonización. ¡Y si sólo sucediese en Francia, donde la extrema derecha roza el poder! En Polonia, en Eslovaquia, en Bulgaria, en Hungría y en Rumania los ultranacionalistas xenófobos suben en los sondeos, si no gobiernan. En ocasiones llego a preguntarme si la nueva Europa no se ha construido a partir de la exterminación de los judíos. Seis millones de muertos tienen consecuencias: hemos destruido a los judíos de Europa para implantar la dominación de las rubias eslavas. Los nazis han ganado su combate: nuestras agencias se conforman con imitar su paso de la oca.

Al salir de la cárcel mantuve correspondencia electrónica con una chica cuya foto no había visto nunca. Ella había encontrado mi dirección en el anuario de los ex alumnos de la Ecole Bossuet. Era una chica genial, solitaria y cultivada, que me enviaba citas de poemas raros y me telecargaba músicas que le gustaban: Mazzy Star, Dusty Springfield, Anthony & The Johnsons. Teníamos los mismos gustos, con la esperanza de que nadie más tuviera los mismos que nosotros. Me hacía reír; todo lo que me contaba era muy erótico. Yo me apresuraba a sentarme delante del ordenador por la noche para leer sus bromas tristes y sus anécdotas salaces. Me contaba sesiones de masturbación en el cuarto de baño de su oficina, me hablaba de los chicos que le gustaban sin ser correspondida y de los demás, que pronto se convertían en una carga, de cuando salía con amigas a las que besaba en bares de lesbianas, del vodka manzana que bebía a hectolitros. Al cabo de algunas semanas creí estar enamorado: le pedí una cita. Ella no quería que nos viésemos y me daba largas, asegurando que me decepcionaría. La cortejé de tal modo que acabó cediendo. Al final nos vimos en el bar de un hotel de París y todo se derrumbó: era pequeña y fea, con gafas gruesas hundidas en una narizota granulenta. Yo estaba tremendamente contrariado porque no lograba disimular mi repugnancia. Llevaba un montón de días haciendo declaraciones encendidas a aquel monstruo..., le había suplicado que aceptase tomar aquella copa conmigo. Incluso había reservado una habitación en el hotel, por si teníamos ganas de hacer el amor de inmediato, y en esto me levanté, al cabo de un cuarto de hora de conversación educada, y dije «bueno, pues... encantado, hasta pronto», sabiendo (como ella) que aquello significaba «hasta nunca, cardo». Le besé la mano regordeta y salí pitando. Desde entonces no contesto a sus e-mails dolidos. Sí, me da vergüenza ser un sucio racista, un facha fashion: un fashista. El cerebro angustiado y el humor cruel de la chica eran perfectos para comprenderme, poseía el espíritu ideal, seguro que su corazón podía hacerme feliz. Pero soy un fashista innoble, tanto más imperdonable porque yo mismo sufrí esa discriminación en mi juventud... He aquí la verdad: soy un ex feo que se venga en sus semejantes.

—Soy exactamente la mujer que necesitas.

—¡Si pesaras veinte kilos menos!

Lo que yo tendría que haberle dicho:

—Un cirujano plástico me pegó las orejas con anestesia general a los diez años. La técnica consiste en practicar una incisión detrás de las orejas de soplillo para volver a configurar el cartílago y recolocar los pabellones, y después coser muy prieto con hilo hipoalérgico. Llevé durante diez días un vendaje blanco alrededor de la cabeza y durante un mes una cinta Velpeau por la noche: mis compañeros de

clase dejaron de llamarme «Coliflor» y me pusieron el apodo de «Momia». Cuando el día vigésimo primero me retiraron las vendas ensangrentadas y arrancaron los hilos azules envueltos en una costra pegajosa, nadie se fijó en que mis orejas no me sobresalían ya del pelo. «Para presumir hay que sufrir»: créeme, conozco el sentido de este proverbio. Lloré de dolor para mejorar. Tranquilízate, la adaptación al molde social es inútil, nadie escuchará nuestras llamadas de socorro. Oye, yo no te odio, es a mí a quien detesto; mi odio a mí mismo altera mis relaciones con el resto de la especie humana. Adiós, adefesio de mi vida.

Y aquí me tienen: Octave Parango, cazatalentos francés, encallado en un país treinta veces más grande que el suyo. Trabajo para gente que considera obsoleta a una mujer de más de veinticuatro años. Mi actividad me pasa factura: no he celebrado mis cuarenta años. Envejezco en un mundo donde está prohibido envejecer. Me disfrazo de joven: camisas negras arrugadas con un vaquero agujereado en la rodilla, cachemira Zadig y Voltaire en V a ras de la piel, pelo revuelto como si me levantara de la cama a cualquier hora del día, barba de ocho días para parecer rebelde (imaginen un bolchevique con una maquinilla de peluquero entre los dientes), zapatillas de deporte que no practican ninguno, pequeños polos ceñidos para asemejarme a un cantante escuálido, incluso británico, pantalón slim de cintura baja para que no apriete la barriga creciente. No uso desodorante, porque apestar hace joven. Para mis cuarenta años no me compré una chupa de cuero: compré dos. Cada mañana lloro al arrancarme las canas que me salen en el cráneo, las orejas y los orificios nasales. Me embadurno de autobronceador las mejillas para estar anaranjado en lugar de verde. Me paso continuamente la mano por los pelos para comprobar que siguen en su sitio. De noche, en el baño, recojo los que flotan en el agua y los deposito en el reborde de la bañera, como un maniático aquejado de «trastornos obsesivo-compulsivos», antes de enterrarlos solemnemente en el cubo de la basura. Pruebo todas las nuevas cremas antiedad como un viejo travestido: la Dior Hombre Dermo System a la B-Ecdysone cicatrizante y al fosfato de vitamina E, el gel de limpieza al hinojo marino «Océalys», el gel desincrustante antifatiga facial Clarins, un dermopeeling exfoliante, con bolitas que ruedan por la piel como arena química, sin olvidar el concentrado «humidificador facial energizante para hombres» de la casa Kiehl. Me reservo el Botox y el cóctel DHEA-melatonina para el año que viene. Escucho Diam para seguir conectado con la generación no-no. Me opero la miopía con láser: me rebanaron la retina, como en el *Perro andaluz* de Buñuel, para no tener que llevar gafas (antes me parecía a Yves Saint Laurent, ahora me creo Jesucristo). Pienso comprarme dientes de porcelana para tener la misma sonrisa que Keith Richards (todo limpio en vez de todo beige). Lo único que me detiene es el presupuesto de mi dentista-técnico facial: 20.000 euros por cinco sesiones; salen caros los piños. También estoy en un tris de inscribirme en un club de gimnasia para vibrar sobre un power plate. Antes de llevar a una chica a casa, tomo siempre una viagra 100 a escondidas para asegurarme los tres o cuatro polvos, como si tuviese veinte años menos. Me gusta repetir que mi estupidez es la de mi época, pero en el fondo sé que mi época es un mero pretexto y que mi estupidez me pertenece. Con cuarenta tacos eres responsable de tu desdicha, aunque parezcas más fresco que ella. Ah, sí, olvidaba decir que abandoné a mi mujer porque tenía la misma edad que yo.

Total: soy un viejo involuntario. Sin bromas: sé que hay hombres felices de envejecer. Simplemente no están en el poder.

Para que entienda mejor cómo me convertí en un fashista, tengo que hablar de mi padre: creo que heredé un poco de él. En mi infancia, después del divorcio de mis padres, cuando mi padre volvía de Hong Kong, Singapur o Sidney, me hospedaba en su casa algunos fines de semana con mi hermano mayor. Mi padre vivía en un dúplex de vigas desnudas, en la rue Maître-Albert, donde dormíamos en el piso de arriba, cada uno en su habitación. Yo era ya insomne. Por la noche oía a mis pies el tintineo de los cubitos de hielo en los vasos de whisky de cristal, y corchos que saltaban. El timbre de la puerta sonaba a menudo. Risas de chicas estallaban en el piso de abajo. El sábado por la noche, mi padre organizaba recepciones a las que invitaba a algunos amigos, directores de empresa norteamericanos y pilares de Castel rodeados de modelos de la agencia Paris-Planning, y proveedores bronceados todo el año, con la camisa abierta sobre el torso velludo y falsas tarjetas de visita de fotógrafo de moda. Escuchaban el álbum naranja de Stevie Wonder: *Songs in the Key of Life*, que sigue siendo uno de mis discos favoritos de todos los tiempos. El doble de 30 cm acababa de salir, lo que quiere decir que estábamos en 1976 (la datación basada en Stevie Wonder es aún más fiable que la del carbono 14). Por lo tanto, tenía once años y un par de flamantes orejas nuevas. Como no lograba conciliar el sueño, solía bajar en bata y pijama azul, el pelo todo revuelto, frotándome los ojos, ¿y qué veía entonces? Chicas de veinte años que al verme soltaban alegres, con sus dientes blancos y sus faldas cortas: «That is your SON? He is so CUTE!» Por lo general, yo me precipitaba al cuarto de baño para que se me pasara el sonrojo. Cuando salía de mi refugio, mi padre me guiñaba el ojo mientras encendía un puro. «Acaban de pegarle las orejas.» Las chicas gigantes que se llamaban Nina, Kim o Elisabetta miraban mis cicatrices debajo del pelo y lanzaban gritos de espanto, y después me piropeaban por mis ojos verdes o se reían de mis zapatillas. ¿Empieza a comprender el problema? Descubrí un poco a las mujeres saltando sobre las rodillas de modelos suecas, danesas o neerlandesas que olían a pachulí y chasqueaban los dedos cantando «When you feel your life's too hard, just gotta have a talk with God». Eran rubias como mi madre, como la luz amarilla de las grandes pantallas de lámpara y como el champán que burbujeaba en su boca. Me acariciaban la cabeza, me leían las líneas de la mano, me vaticinaban un hermoso futuro de actor o piloto de avión, bromeaban pidiéndome en matrimonio, «look, he's blushing again, your son is so ROMANTIC!», me hacían preguntas indiscretas sobre la vida de mi padre a cambio de anacardos y chocolatinas Milka, me proponían raptarme y compartir el rescate y entonces mi padre intervenía: «Ya vale, es tarde, sube a acostarte, si tu madre te viera me mataba», y las beldades nórdicas me llevaban a mi cuarto, me besaban en la frente, la nariz, la muñeca o el cuello, pero evitaban cuidadosamente la boca que yo les ofrecía con los ojos cerrados

(porque, para ser sincero, yo sólo pedía una cosa: que aquellas diosas abusaran de mí sexualmente), y luego rodeaban la cama soplando el humo de los cigarros sobre la almohada y sonreían con suavidad cuando les pedía que me apretaran otro poco, y después yo oía el restallido de sus tacones de aguja en la escalera antes de dormirme en el país maravilloso de los brazos de las modelos-estrella, país donde sigo viviendo y donde, a ser posible, quisiera expirar cuanto antes.

Vivo en Moscú desde hace un año: la ciudad de las esperanzas fallidas. Aquí la belleza es un deporte nacional. Rusia es grande y sus habitantes son pobres: su única distracción consiste en recitar poemas paseando por bosques de abedules o en echar la siesta a la orilla de grandes ríos inmóviles. Sus iglesias se asemejan a espejos de oro. Son grandes pobres, como hay grandes burgueses. Es un país donde todos los hombres mueren a los cincuenta años; sus viudas venden gatitos a la salida del metro. De vez en cuando una vieja muere atravesada por una estalactita caída de un andamio. Es bastante espectacular, el invierno moscovita.

Los rusos están obligados a ser inmensos como las estepas de Asia central o la tundra siberiana: humildes pero líricos, sin blanca pero orgullosos. Se desviven por parecerse a los personajes de *La gaviota* de Chéjov. Dicen cosas profundas en cocinas donde fermenta el kvas y secan los champiñones. No tienen un céntimo pero sus mesas de madera desbordan de patatas con aceite, pasteles con semillas de amapola, pescados azucarados, pepinos aromatizados, garrafrones de vodka con pájaros grabados encima, mermeladas y té hirviendo en samovares de cobre. Hace unos minutos que les conoces y te hablan ya de la vanidad del amor, de la muerte de la felicidad, de la locura del mundo. Hablan largo y tendido mientras llenan los vasos y te atiborran de pirózhnoie. Se enorgullecen de su fatalismo: sí, Rusia está jodida desde siempre, no tiene remedio, ¿y todavía tienes sed? El «balanceo moral» tan caro a Dostoievski es la manera menos dolorosa de encarar la existencia: estás al abrigo de las buenas sorpresas.

A fin de cuentas, sólo habría visto los bosques de abedules a través del cristal del taxi entre el aeropuerto de Sheremetyevo y la ciudad. O en la carretera de la Rublovka, el Neuilly ruso: abedules iluminados de noche por los fuegos artificiales. Los troncos blancos alineados parecían pajas translúcidas que aspiraban la nieve hacia el cielo. Y los pequeños ingenuos, los poetas despeinados, los enamorados frustrados, los filósofos agriados, caros a Antón Pavlóvich, no pululan por aquí más que en París. Las cocinas son más modernas que en sus libros, es decir, más pequeñas, y comen en ellas Chicken McNugget's con salsa barbacoa, como todo el mundo. Es cierto que su conversación es enérgica, pero su estilo de vida es el mismo que en otras partes: el suicidio más agradable posible. ¿Quizás los moscovitas que frecuento no son representativos de esta gran nación? Sobre todo he visto a tíos que se rapan la cabeza, llevan camisetas Dior, son propietarios de nightclubs y conducen como locos coches alemanes; nuevos ricos que zigzaguean entre los siete rascacielos góticos de Stalin, monstruos de piedra iluminados de noche como las pirámides de Egipto. «¡Soy un cosaco! ¡Un puto jinete!» A menudo he visto encogerse las torres en

el retrovisor y oído la radio cantar en ruso a voz en grito mientras yo lloraba de miedo en francés, he visto a los BMW apuntar a los peatones, «¡Atención! ¡Ahí! ¡Una embarazada! El semáforo está en rojo, un niño en un cochecito que baja una escalera, ¡frena!» Y más que nada he visto chicas, lo juro, las chicas rusas... son la industria nacional.

La belleza rusa no es sólo literaria o silvestre: es ante todo femenina. Se habla mucho de los recursos naturales de este país en hidrocarburos; es desdeñar su riqueza principal. ¡Las americanas son demasiado sanas, las francesas demasiado caprichosas, las alemanas demasiado deportivas, las japonesas demasiado sumisas, las italianas demasiado celosas, las holandesas demasiado liberadas, las españolas demasiado cansadas! Quedan las rusas. Las chicas rusas tienen una forma de bajar los párpados como niños pillados en falta; se diría que contienen las lágrimas, como si sus ojos turquesa sofocasen sollozos procedentes del frío polar, de una desdicha eterna, de una violación paterna en la dacha familiar, de un plato vacío en pleno invierno, de una Navidad sin regalos en la que no tienes derecho a quejarte porque de lo contrario trasladarán al padre al campo de Krasnoiarsk, de un mentiroso que se fue sin decir «do svidania», y sus mejillas de zarinas atraen las caricias como pechos, y sin embargo ellas nunca tiemblan, ni siquiera a veinte grados bajo cero, se lamen los dientes y no apartan los ojos, a lo sumo se distingue un rocío calculado perlado sus labios, como una oración o un desafío. Son flores inclinadas sobre la flaqueza de los hombres, que las disculpan y las manipulan, se pasan los dedos por el pelo y hasta su sudor huele bien, y cualquier hombre se convierte en un pelele en sus manos pálidas que flotan en el aire como alas de cisne. Usted sabe de qué hablo, desde que el planeta es un solo país. El resto del mundo conoce el poder de las chicas rusas; por eso les deniegan el visado al extranjero. Las mujeres de todas las nacionalidades las odian porque la belleza es una injusticia y hay que combatir todas las injusticias. Las chicas rusas son el enemigo. No es la primera vez que unos ángeles tienen tantos enemigos: relea la Biblia, ese catálogo de ángeles quemados.

Así que yo había aceptado una misión especial: encontrar el nuevo rostro de Ideal, el líder mundial de la industria cosmética. Como ya le he explicado, en nuestro mundo hastiado sólo vende la inocencia. La división gran público de Ideal quería «modernizar» a su embajadora (traducir: «desprenderse de la piel vieja»). Sus planes de comunicación están clasificados por tramos de edad: las de 15-35 (problemas de piel acneica); las treintañeras (que creen que tienen todavía veinte años); las cuarentonas (que sueñan que tienen todavía treinta años); las cincuentonas (que esperan que el lifting no se les note demasiado). Yo tuve la suerte de ocuparme de las de 15-35, es decir, más de las de quince que de las de treinta y cinco. Me había nombrado cazatalentos la agencia de modelos Aristo. La delegación francesa la dirigía un amigo de mi padre: al salir del trullo, yo había abandonado un programa de televisión que se emitía en prime time, y estaba realmente quemado en Francia. Mi emigración a este puesto era un hermoso regalo. No creo que exista un medio mejor de conocer a mujeres espléndidas y de tumbarlas en su cama. Debo reconocer que ni siquiera en Francia, en mi época de fasto y lucro, había frecuentado a maravillas semejantes. Ya no son cañones ni aviones ni bombas atómicas; aquí hay que hablar de misiles nucleares, de armas de destrucción masiva, de cohetes interplanetarios. ¡La base de lanzamiento de las naves Soyuz no está en Baikonur, sino en Moscú! La mayoría de los franceses que se afincan en esta ciudad ya no pueden volver a su patria: saben a ciencia cierta que en Francia nunca tendrían acceso a chicas tan hermosas. Ellas, simplemente, no les dirigirían la palabra, ellos ni siquiera se las cruzarían. En Francia, las mujeres muy bellas viven en un gueto paralelo, protegidas del acoso de los plebeyos por barreras invisibles. Aquí te las llevas a tu casa a pares o en racimos. He conocido a un francés que ya no puede hacer el amor con una chica sólo. «¿Una sola mujer en mi cama? ¡He olvidado cómo se hace!» Las autóctonas más deslumbrantes únicamente tienen un deseo: que un rico se enamore de ellas o, en su defecto, que un extranjero las lleve de viaje. ¡Hasta sus rechazos son agradables! Siempre consiguen hacerte creer que lamentan infinitamente no poder acostarse contigo, como esos porteros de casino que te explican que esta noche está completo pero se las apañan para no ofenderte demasiado, es cuestión de que vuelvas a la carga al día siguiente, nunca se sabe, la vida es larga. ¡Y luego son sesiones infernales, perdón, sesiones de paraíso! El sexo es sólo una técnica, izvinitie, padre, que le hable con tanta crudeza, pero existe una serie de gestos que las mujeres rusas realizan con una naturalidad maravillosa y desde el primer día: sin ponerme escabroso, digamos que dan prueba de una paciencia muy generosa y una destreza muy... imaginativa. Oh, deje de refunfuñar, la naturaleza es creación de Dios, no tiene nada de malo disfrutar de sus beneficios. Las hembras moscovitas se tragan el sexo y lo menean en

alternancia y crescendo hasta la explosión bucal, y te introducen el índice en el recto en el momento en que el placer lo contrae; se lo han tragado todo pero no esperan mucho para volverte a chupar el frenillo de abajo arriba, para ponértela dura sin condón y empalarse sobre tus sex toys tocándose los pechos y después chupándote los testículos hasta que dices basta, vale, de acuerdo, no sigo enumerando, padre, perdón, pensaba entretenerle la tarde, oh, vamos, hablo en broma, no se haga el católico conmigo. No sé dónde aprenden sus mujeres estos rudimentos que la mayoría de las occidentales sólo practican al cabo de seis meses de cenas a solas. Nadie amasa los cojones tan bien como las rusas, nadie se ofrece tan espontáneamente, aparte, quizás, de una marroquí de la que estuve enamorado en una época, pero cuyo nombre he olvidado. Durante tres cuartas partes de un siglo, el sexo fue la única distracción de las rusas (junto con el vodka y la delación): el resultado es una pericia única en el mundo. Conozco a un francés que vive aquí porque ya no consigue empalmarse con las francesas. De acuerdo, me ha cazado: ¡ese francés soy yo! Pero el tiempo apremia, la fila de espera se alarga a nuestra espalda. Su método de confesión es un poco irritante, con todos esos feligreses esperando ahí detrás. ¡Hasta los dentistas ponen una sala de espera! Habría preferido un confesor dominico, pero no tengo ninguno a mano.

Las tentaciones eran incontables pero yo no debía demorarme: Ideal necesitaba emblemas nuevos, había que renovar las existencias de pómulos salientes y bocas rojas. La estandarización de los deseos no espera. La demanda era muy intensa, hacían falta modelos para los catálogos, los dossiers de prensa, los folletos, el escaparate de los quioscos y los teasing con muestra recortable. Natalia Vodianova no daba abasto; se necesitaban modelos nuevas, más baratas, menos famosas, más disponibles. ¡Yo tenía caras que machacar! Tenía que atraer la atención de la industria de los frascos de cremas hidratantes nutritivas glucoactivas. Por teléfono, mi jefe, Bertrand, me decía a menudo, como el ogro de *Pulgarcito*: «Tráeme carne fresca.» De eso se trataba: yo abastecía a comedores de lolitas que a su vez satisfacían la libido mundial.

Compréndame bien. La hembra diáfana es indispensable para el buen funcionamiento de la economía capitalista, y debe cambiar con frecuencia: la facturación de las apariciones románticas aumenta los beneficios netos. Desgraciadamente los modelos no conservan su pureza mucho tiempo. Tarde o temprano, nuestras tops acababan tirándose a un futbolista o a un actor alcohólico, o bien la cámara de un teléfono móvil las sorprendía en el momento de aspirar una raya de polvo en un trastero antes de zambullirse en una alcantarilla. Aparte de Kate Moss, nadie sobrevive a este tipo de imágenes. El vídeo circulaba en Internet, las amas de casa cambiaban de potingues o el potingue cancelaba su contrato en exclusiva, y a mí

me correspondía descubrir la nueva cara bonita internacional. El desgaste era cada vez más rápido: llamaban a este fenómeno las «modelos kleenex». Yo cobraba un porcentaje de los ingresos de mis chicas, pero la verdad es que, apenas lanzadas, ya eran sustituidas: por eso había pedido que me pagaran a tanto alzado en vez de participar en los beneficios (incluso un 10 % ya no era rentable, ¿y cómo comprobar las cifras?). En nuestra jerga, diría que me costaba más «desarrollar» a las chicas que «ponerlas en marcha». Antiguamente, una chica de éxito podía durar un decenio; ahora la belleza duraba tres años.

Buscaba las «green» (así llamamos a las principiantes, pero también se dice «new faces») en Moscú o San Petersburgo, a la salida de los institutos de Smolensk o Rostov, y hasta en las escuelas de teatro de Novosibirsk, Cheliabinsk, Kursk, y las charcuterías de Murmansk, Ekaterimburgo, y las universidades de Ufa, Samara, Nijni-Nóvgorod, en cualquier parte de la Federación Rusa, porque era en este país mutante donde los rostros más vírgenes cometían la imprudencia de nacer. Evidentemente, la más celestial era también la de al lado.

—¿Te gusta el aire felino de las uzbekas con el iris negro? Porque no conoces a las kirguizas de rasgados ojos ocre.

—Los labios carnosos de las kazakas, ¿estás de coña? Espera a sentir la boca orlada de las tártaras de Crimea.

—¿Admiras la sensualidad de las tadjiks de piel azul? Date prisa en acariciar a las turkmenas de bustos menudos y perfumados con canela.

Me pagaban para visitar reservas de mujeres. La más díscola era siempre la siguiente, y por desgracia en ciertas regiones atrasadas de la ex-Unión Soviética, la vecina muchas veces está muy lejos: hay que tomar trenes gélidos o aviones oxidados. Era como una búsqueda imposible cuyo Grial fuera una ninfa. ¿Cómo estar satisfecho un día? En cuanto fotografiaba a una pobre campesina de una perfección insoportable, oía hablar de un pueblo fantasma donde una pastelera había alumbrado a una princesa, y después de un valle perdido donde una rusalka hechizaba un río, o bien de un patio destartado de un inmueble, en lo más profundo de la glubinka, donde destellaba un hada en zapatillas de deporte en medio de mujiks etílicos. Y cuando subía a un viejo Tupolev 124 de la Siberian Airlines a punto de desintegrarse en pleno vuelo entre Dniepropetrovsk y Dnieprodzerzhinsk.

La azafata que me entregaba la tarjeta de embarque
Era una sosias de la Bella Durmiente.

Me acuerdo de que para desplazarme a Nijni-Nóvgorod dormí en un tren verde botella que dividía la tierra nevada en dos pedazos de un pastelón gigantesco. Los vagones rodaban entre dos hileras de álamos muertos que renacerían en primavera: los árboles resucitan cada año, como Cristo. Como usted sabe, padre, a orillas del Volga se alzan algunas de las más bellas catedrales características del barroco moscovita (la del Arcángel, la de la Natividad, la de la Transfiguración y el monasterio de la Anunciación); en invierno estos edificios periféricos se asemejan a huevos de nieve. Al franquear el anchuroso río los ves venir de lejos, como hermosos postres en el restaurante, en la bandeja del camarero, desde el otro extremo de la sala; de niño, en Pau, cuando me aburría en la mesa familiar, las islas flotantes me parecían destinos mágicos. Pero cuando rastreaba los bares locales en busca de la apoteosis de lo sexy en labios con brillo de lentejuelas, le aseguro que olvidaba enseguida mi juventud bearnesa. Al llegar a la estación de Nijni llovía sobre una estatua gigantesca de Lenin que el pueblo había tenido la flema de volcar porque «¡*Lenin vivió, Lenin vive, Lenin vivirá!*»; había un McDonald's rodeado de cines porno bajo la llovizna fría como a la salida de cualquier estación de tren francesa, y busqué inmediatamente el lugar donde se compraban los billetes para la vuelta. Estaba dispuesto a tomar un viejo Antonov soldado con soplete o un Tupolev con la nariz rota, el mismo que se estrelló en Tomsk dejando a ciento tres pasajeros bronceados en el suelo: me daba igual. Y después vi a Tania y me quedé. Por ella estaba dispuesto a subir a todos los Trabant minúsculos y podridos del este del Volga.

Quisiera contarle una anécdota que muestra que a fuerza de contenerse en el amor se puede perder la capacidad de amar. Es quizás lo peor que hay en la vida: no saber ya enamorarse. En el Siete Viernes (el restaurante más en boga de Nijni-Nóvgorod), yo había conocido a una candidata al título de Liana más Lánguica del Este del Mundo. Me la ponía dura sólo con sus cejas castañas, y al cabo de algunas consumiciones de frambuesa cualquier hombre quería morir en su fuero interno. Ella se llamaba Tania, era maravilloso ver cómo se inclinaba; yo me escondía detrás de mi vaso para observarla más largamente. Le aconsejaba que se mantuviera derecha porque, como todas las chicas que han crecido demasiado rápido, había sufrido escoliosis y adoptaba una postura encorvada, por pereza o simplemente por encogerse. Su pelo suelto, largo y castaño, le caía en ondas sobre los hombros, y las trenzas le habían impreso una sinusoide exasperante. Tras apurar varias copas, aceptó besarme sin que la vieran sus amigas, y luego accedió a acompañarme al hotel, a pesar de que era tarde. No quería quitarse el sujetador acolchado porque temía que sus pechos me pareciesen pequeñísimos. La tranquilicé:

—¡Pues, bueno, no te quites el push-up, yo detesto la realidad!

—Pashol na jui! («¡Que te den por el culo!»)

Era una bielorrusa con minifalda que no quería volver a Minsk: su país era la última dictadura comunista de la región (junto con Corea del Norte y Turkmenistán), donde las chicas se vendían mucho más barato y los opositores al régimen desaparecían en invierno ante la indiferencia mundial. Pasamos la noche hablando y rascándonos con suavidad la espalda mientras criticábamos el «Nijni fucking Nóvgorod». Catorce años antes, esta ciudad se llamaba Gorki porque el poeta Máximo había nacido en ella; el sabio Andréi Sájarov estaba en aquel entonces en la cárcel aquí; yo casi tenía ganas de imitarle para no abandonar nunca a Tania, pero me contenía demasiado. Ella me decía que mi piel era tan suave como la suya, me preguntaba si podía seguir chupándome los dedos, gentilezas así... Le pregunté por qué no era modelo y me respondió que era demasiado vieja (veintiún años) y que su madre la alimentaba demasiado. Yo no paraba de pensar en el cazatalentos que había descubierto a Natalia Vodianova, una pequeña florista de catorce años, arropada en piel sintética, en los mercados de su ciudad natal de Nijni-Nóvgorod: ¿quién se acuerda de esto? Fortuna garantizada, pájaro que vuela... (proverbio de reclutador). Tania me hace reír revelándome algo que Calvin Klein ignora sin duda: Natalia Vodianova no vendía flores sino patatas cerca de la estación de metro Felicidad, y el cazador de cabezas no la descubrió en el mercado sino en un curso de teatro donde ella repartía fotos suyas y su número de teléfono como una gran arribista. En Nijni, por supuesto, todas las chicas la odian; es humano: hija de padre alcohólico y de madre maltratada, Natalia se casó con la fortuna vigésima segunda de Gran Bretaña. Detestamos los cuentos de hadas ajenos.

La puesta del sol sobre el Volga era la señal del hambre. Vaya, me decía yo, como el cielo está rosa, una central nuclear acaba de explotar en las inmediaciones o bien es la hora de cenar. Mi niña grande olía a jabón, tenía los labios azucarados porque mascaba continuamente chicles con sabor a sandía. Tenía las manos increíblemente finas, de largos dedos interminables como sus piernas (pero más numerosos). Bebía vodka de un trago, sin pestañear. Sólo necesitaba un poco de zumo de naranja para amortiguar la quemazón. «I am cellulite free!» Le dije que sus piernas eran dos flechas clavadas en mi corazón. No me creyó e hizo bien. Lástima: si me hubiese creído, quizás yo habría empezado a creerlo. Insistí, pesadamente:

—Gracias a ese tren de literas durísimas que me ha traído hasta ti...

—Bla, bla, bla —ironizaba ella.

—Para conocerte vine a Ni-No en aquellas sábanas de papel de lija que me arañaban la espalda menos profundamente que tus uñas...

—Bla, bla, bla.

—Vine para raptarte a la orilla del Volga...

—Bla, bla.

—Vale, apura el vaso y dame un beso de tornillo.

—Bla.

—No es para presumir, pero en este momento estoy soltero. Una ocasión así no se presentará muchas veces en tu vida, baby.

—Bl.

Como ella tenía la mitad de años que yo, era más sincera. Yo la engatusaba para que me sucediese algo; trataba de imaginarme que hacía mi trabajo, mientras que para ella no era más que otro turista sexual. Esperaba que mi vulgaridad la desagradase y evitar así toda forma de dolor. Cuando Tania me dejó al amanecer, o más bien cuando yo la dejé partir sin apuntar su número de teléfono (porque la gente se despide así en estos tiempos: omitiendo apuntar unas cifras), la contemplé un último minuto como para grabar las huellas definitivas de su silueta de cerilla, una sombra recortada contra las cortinas iluminadas por el alba y me acuerdo de que yo tenía prisa por que se marchara, prisa por que saliera de mi vida para poder por fin añorarla a mis anchas. Odiaba la severidad de Tania, y le reprochaba que fuera como yo: pobre pequeño predador mitómano con el corazón reseco. Cuando ella me dijo fríamente, en francés: «Au revoir», sentí que me subía por dentro una ráfaga de nostalgia y de gratitud. Salí de mi habitación corriendo para ver la puerta del ascensor cerrarse sobre su fatiga triste, sus ojeras, su Chance de Chanel. Le pregunté:

—¿Por qué todas usáis Chance?

Ella sonrió:

—I gave you one chance, you've just missed it.

Entonces yo le dije «I hate you», en un lamentable acceso de lirismo. Debería estarle agradecido: Tania me hizo comprender que no sufrir sigue siendo sufrir. Después anoté lo siguiente:

Aborrezco los ascensores

Que te llevan a los pisos inferiores.

Oh, si yo le contara la cantidad de historias parecidas que he vivido. Ania, Yunna, Maria, Irina, Evguenia, Marta, Galina, todas las reinas descubiertas, diseccionadas, perdidas, evitadas, conservadas, olvidadas, etiquetadas, seleccionadas, preseleccionadas, comparadas, desairadas, seducidas, rechazadas, añoradas... Era mi trabajo: abordar la belleza para hundirla. Para ello siempre había que empezar convenciendo a la chica de mi probidad y luego pasar los rublos relucientes por delante de la mirada de sus padres; a continuación, la agencia se encargaría de vender la juventud como un saldo a la marca de cremas antiarrugas. Ideal era una de las empresas francesas más rentables (2.000 millones de euros de beneficios por 16.000 millones de facturación), fundada por un químico genial cuyos herederos habían hecho fructificar las patentes bajo la ocupación alemana. Había llegado a líder mundial de la industria cosmética a fuerza de machacar una frase clave en un centenar de lenguas: «Porque todas sois únicas.» ¿Sabe que la palabra «cosmética» viene del griego «cosmos», que significa orden, pero también universo? Etimológicamente, el maquillaje es el orden que rige el universo... La cosmética es cósmica. ¡Dios no es más que maquillaje, mi bátiushka! Pero la crisis se avecinaba: Greenpeace acababa de revelar que los productos Ideal contenían aditivos químicos de síntesis, a menudo a base de derivados petrolíferos, utilizados como ingredientes activos, fragancias o agentes conservantes, que poseían la lamentable particularidad de causar cáncer de ovarios y de mama. Un estudio confidencial de la AFSSAPS (Agencia Francesa de Seguridad Sanitaria de los Productos de Salud) mostraba que la aplicación de cremas solares o contra el envejecimiento habían ocasionado en 2005 ciento veintidós accidentes graves. Alergias a veces espectaculares que exigían una hospitalización urgente (edemas de contacto, eccemas gigantes, párpados que triplican su volumen, pérdidas de sensibilidad epidérmica). En conjunto, los productos de Ideal envenenaban a las consumidoras como el FSB a sus agentes refugiados en Londres. El peligro procedía de la aplicación cotidiana en la piel de sustancias tóxicas (naftalatos, almizcles artificiales, compuestos clorados, formaldehído y galaxolido). Al contrario que los laboratorios farmacéuticos, los fabricantes de cosméticos no están obligados a probar sus productos en animales o personas antes de comercializarlos. La ley francesa considera que las cremas no son tan tóxicas como los medicamentos. Un chollo que permite a los industriales untarnos en la jeta casi cualquier cosa.

En juego había, por tanto, intereses económicos cruciales: una nueva embajadora haría olvidar el veneno oculto en la crema. El grupo Ideal acababa de comprar The Nature Stores para relanzar su imagen ecologista. Coste de la operación: 940 millones

de euros. Ideal preparaba el lanzamiento de una nueva molécula antienvjecimiento producida por Oilneft, el grupo dirigido por mi colega Serguéi, el oligarca. El rostro que yo buscaba serviría también de máscara contra la contaminación. Por eso yo disponía de un ingente presupuesto en gastos de representación: Ideal gastaba 25 millones de euros anuales en publicidad sólo en Francia. Me venía de perlas: en París, cuando era creativo-copy en publicidad y luego (brevemente) animador de televisión, me acostumbré a gastar mucho. Entre dos flechazos no correspondidos, me emborrachaba de placer en el Oh la la, el Shandra, el Bordo y El Egoísta Gold. Perdone, reverendísimo, que le mencione estos bares de bailarinas. Pero cuando uno ha decidido confesarse, hay que enumerar todos los pecados, ¿no? Con lujo de detalles, ¿no? No tengo más remedio que confesar que lo único que me interesaba era la satisfacción de mi deseo de niño mimado. Los ansiolíticos me protegían hasta tal punto del romanticismo que me había vuelto incapaz de experimentar la menor emoción. Si le escandalizo, padre, interrúmpame, no quisiera agravar mi caso. El infierno está aquí y he venido a pedirle que me apadrine para obtener el carnet de socio del paraíso.

—Qué pasada, Tania: ¡no paras de comer y no engordas un gramo!

—Pues, Octave..., ¡depende!

Resoplaba demasiado para ser sincera. Sí, al final volví a ver a Tania de Nijni; sintió un halago exagerado porque no sabía que yo la llamaba para olvidarla. Bueno, de acuerdo, hace un rato me jactaba de no haber apuntado su número, pero sólo mentía a medias. Se lo arranqué a su mejor amiga Katia, que había salido con Jean-Michel, un amigo francés de paso por Nijni. En la cervecería, una gitana que vendía rosas nos importunó. Le compré el ramo entero.

—No, gracias, Octave, no quiero flores, son muy tristes: acabarán marchitas en la banqueta de un nightclub.

—¡Como tú!

Ver en pleno día a una mujer que nos gustó una noche de borrachera es el mejor modo de que nos repela. Pero ella era respondona:

—¡La última vez llevabas tal curda que tenías pinta de chino!

—Eso es porque, al contrario que tú, he dejado de meterme cocaína.

Comíamos coipo, un pequeño roedor carnoso que sabe a topo. No sé cómo habíamos pedido algo tan asqueroso, quizás porque era la única forma de cerciorarnos de que el contenido de nuestros platos fuese más espantoso que nosotros. Bien por amor propio o por esperanza profesional, mis reclutadas estaban siempre de buen humor cuando volvía a contactarlas, a pesar de que era precisamente el signo de que intentaba borrarlas de mi libido. La tercera llamada de teléfono no llegaba nunca. Ellas empezaban a sufrir después de la segunda cita: el segundo encuentro es el verdadero *cast*. Un control diurno. La confirmación de un adiós. Borré su número de mi móvil para no verme tentado de llamarla a horas intempestivas. Ella debió de adivinarlo porque al final de la comida dejó de burlarse de mí. Tanto nos emocionaba a los dos saber que no volveríamos a vernos nunca. A los veintiún años, ¿qué quiere que le diga?, te olvidas pronto del prójimo... Yo perdía el tiempo, pero a ella le quedaba toda la vida por delante.

—¿Sabes que he soñado contigo, adorable basura?

—You are in my heart. You in my dreams too.

Me pidió que le tomara el pulso para ver lo rápido que le latía el corazón. Le dije «poká» (adiós) mordiéndome el interior de las mejillas para no sollozar.

Tania era una señal pero lo comprendí más adelante, leyendo el Antiguo Testamento. Las miríadas, los ejércitos, las legiones de ángeles (diez mil millones en el Libro de Daniel) ya no podían salvarme. Por entonces yo ignoraba que Satanás ya me había cortado las alas.

Al principio yo estaba pálido como la nieve. Nunca he visto tantos muertos como en su ciudad. Te juegas la vida al atravesar Tverskaia: como no hay semáforos, los coches aceleran para aplastarte. Los polis me asaltaron una vez para robarme las tarjetas de crédito, el dinero y los papeles. Solté quinientos dólares para marcharme por el bulevar Gagarin. Muertos en las calles, en los bares, en peleas. Cada travesía de Moscú es un recorrido del combatiente: o te quedas atascado tres horas en un embotellamiento o te matas en un Lada conducido por un checheno borracho. Me gustaba esquiar en Moscú sobre la colina blanca que desciende hacia el Bolshói. Se podía zigzaguear delante de la antigua sede del KGB (la gente ya lo hacía en época de Brézhnev: cambiaba de acera en la plaza de la Lubianka, hundiendo la chapka sobre las orejas para no oír las protestas de los denunciados y los gritos de los torturados). ¿Ah, sí? ¿No les oían porque los sótanos de la cárcel subterránea son muy profundos? Me enseña algo nuevo, padre. Era un buen método el suyo. En realidad no sé por qué hablo en pasado: el KGB no se ha mudado, se ha limitado a cambiar dos consonantes de su nombre. Han derribado la estatua de Dzerzhinski delante del edificio del FSB antes de elegir presidente a uno de sus empleados modélicos. Todos los problemas de su país vienen de esta continuidad: no han cortado el cordón umbilical con los torturadores. Rusia es el país de los crímenes impunes y la amnesia voluntaria. ¿Cómo dice? ¿El perdón de los pecados? Pero usted debería saber, padre, que para que te perdonen hay que pedirlo, aquí nadie pide perdón a nadie, y la mitad de la administración no ha cambiado. Si de verdad hubieran querido destacar el hecho, el ayuntamiento habría aceptado instalar la piedra del gulag de Solovki en medio de la plaza, en lugar de colocarla en la plaza contigua. Habrían hecho como los sudafricanos: amnistiar a los responsables que confesaron sus crímenes. La confesión pública exige sangre fría, pero es la única solución después de los crímenes colectivos: la otra solución es la guerra civil. Ustedes han preferido hacer como si nada hubiera ocurrido. Y lo que ocurrió es fácil de resumir: lo que ocurrió, padre, son CINCO SHOAS. Sé lo que piensa: su interlocutor se ha pasado con el vodka. Es cierto. Pero sé muy bien lo que digo: en Francia practicamos la misma amnesia después de la colaboración, Madagascar, Indochina, Argelia. Siempre se dice que es mejor avanzar, que si se empieza a abrir los archivos todo el mundo se ensuciará, como hoy día con la política de «lustración» en Rumania, en Bulgaria o en Polonia. En Camboya hubo que esperar treinta años para que un tribunal empezara a juzgar el genocidio de los jemereros rojos, muertos desde hacía mucho los principales responsables. Y los turcos se niegan a reconocer la matanza de armenios. ¿Rusia estará preparada para esa confesión antes de 2030? En las épocas sombrías sólo los muertos están limpios. Esquiar en las ciudades es mucho más

divertido que en las montañas. Deslizarse es mejor que caminar. Hay que ocultar la suciedad bajo la mullida alfombra. Deslizarse es una manera de pensar y quizás de vivir. Esquiar sobre una existencia imperfecta, surfear entre los obstáculos, huir de la gravedad entrando en las tiendas de lujo de Mercury y del Gum delante del mausoleo de Lenin. Ahora sólo algunos metros separan el *Pravda* de Prada.

A veces yo también surfeaba sobre el hielo al salir del Hotel Ararat Park Hyatt del brazo de una sosia de Mischa Barton. Cuando me deslizaba hacia la calle del Teatro, veía a mi derecha a la multitud de rechazados en la entrada del club Osen y, justo enfrente, la estatua de Iván Fiódorov, el Gutenberg ruso, las orejas llenas de R&B, secuestrado entre el almacén Bentley, el concesionario Ferrari y la joyería Bulgari. El hombre que fundó la literatura rusa en el siglo XVI se encuentra hoy arrinconado entre un club de furcias y garajes de lujo, obligado a escuchar *Jenny from The Block* todo el santo día..., ¡triste sino! Cien metros más allá, la estatua de Karl Marx parece deprimida, forzada a mirar cómo el Bolshói se derrumba detrás de un toldo gigantesco para los relojes Rolex. Catorce años atrás, no había carteles publicitarios en su ciudad; en la actualidad hay más que en París. A los pies de Marx todavía puede leerse su consigna: «¡Proletarios de todos los países, unios!» (que sería un eslogan muy bueno para el relojero suizo). ¿Es el mismo Marx que escribió que «nada escapa a los efectos corrosivos del capitalismo»? Pues sí, es él... Cuando pienso que unas cuarenta personas poseen una cuarta parte de Rusia. Fatalidad total... ¿Sabe que en Polonia han construido una discoteca en un antiguo almacén del campo de exterminio de Auschwitz?: ostenta el bonito nombre de System. Un totalitarismo expulsa al otro: la democracia aquí es sólo aparente, hemos entrado en el sistema posdemocrático. Para describir el que domina ya el planeta, la palabra no debería ser ya «capitalismo» sino «plutocracia deseísta». Siglos de humanismo europeo han sido pulverizados por una utopía colectivista seguida de una utopía comercial. Si el deseo, según Bossuet (un cura como usted), es un movimiento alternativo que va del apetito a la inapetencia y de la inapetencia al apetito, entonces una sociedad deseísta alternará siempre estas dos ideologías: el «apetismo» y el «inapetismo». El apetismo (antaoño llamado ganas, glotonería, celos, voracidad, hiperconsumo) lleva inevitablemente al inapetismo (en otro tiempo llamado nihilismo, fascismo, odio, terrorismo, genocidio). ¿Le aburro? Quizás tenga razón: quiénes somos nosotros para hablar de política, es inútil remover la mierda, para qué admitir que decenas de millones de personas han muerto para nada. Me pregunto, sin embargo, si el nacionalismo ruso, el de la Iglesia de usted y sus gobernantes, no sirve para hacer olvidar el silencio ensordecedor de la descomunización. A falta de justicia es el miedo el que gobierna. Por este motivo Vladímir Bukovski reclamaba un proceso de Nuremberg del comunismo. Mientras este país se niegue a mirar su historia de frente su desdicha será posible, porque todos sus habitantes seguirán teniendo miedo. No escogemos nuestro pasado. Rusia desde

1991 es como Alemania en 1945, España después de Franco, Italia después de Mussolini, Francia después de Pétain y yo después de Francia. Perder la memoria no te ayuda a encontrar el camino. Pero deliro, izvinitie, seguro que es el incienso que se me sube a la cabeza... ¡Quizás me tomo por Rusia! Al fin y al cabo yo también detesto mi porvenir. Yo también tengo miedo de mi pasado; yo también me prohíbo soñar, incluso es la razón de mi presencia aquí. En el corazón del sistema.

Yo no llevaba espátulas, mis mocasines lisos bastaban para convertirme en el rey del surf sobre la nieve sucia de la calle Pokrovka, entre los tranvías traqueteantes y los grandes automóviles negros aparcados en doble fila delante de la Galleria. Yo sabía también colmar mi soledad amontonando a las chicas desnudas encima de mi edredón. Padre, nunca sabrá lo dulce que es ordenarles que se besen sacando la lengua, hasta que sólo les une un hilo de saliva. Ignoro por qué me gusta tanto la baba de las bailarinas. Me gusta beber el contenido de su boca: les pido continuamente que me escupan. Al menos su saliva nunca es simulada.

Sueño con una call-girl que tenga estalactitas colgadas del labio superior: una stripper congelada como un vampiro de los Cárpatos. Me siento dispuesto a enamorarme como un niño, sí, por qué no, una última vez... Cuando tiritó en la calle Arbat, a veces una música en la niebla me da ganas de morir de amor por una chica que no existe... Paseante desolado con un abrigo demasiado grande. Como en la canción más bella de Michael Jackson, el astro pedófilo: *Stranger in Moscow*. ¿Sabe, oh santo varón?: esta cita es un antidepresivo sumamente eficaz. No creí que usted me haría tanto bien: confesarme en la catedral de Cristo Salvador es casi más hedonista que una visita al Hungry Duck (sin embargo, «el bar más loco del hemisferio norte», según el *New York Times*). Traté de pedir ayuda en el hospital psiquiátrico de su ciudad, pero el médico de guardia se negó a internarme. Los manicomios de aquí están llenos. Tuve suerte: parece que sus instalaciones son aún menos hospitalarias que en la época en que hospedaron a Solzhenitsyn. Esta cúpula dorada alberga mejor mi culpabilidad. Bajo ella me siento minúsculo. La reconstrucción de su iglesia es reciente y los moscovitas la detestan porque el alcalde Luzhkov ha enterrado en su piedra el presupuesto entero de la ciudad. Se está tranquilo en la obscena capilla de los nuevos ricos, para pedir la absolución. Pero yo me extravié, y excesivos pacientes detrás de mí aguardan su turno de lamentaciones. Hasta pronto, padre; tengo un poco la impresión de que su silencio podría salvarme la vida.

«No sé qué decirle de él: me abordó en el Night Flight, accedí a acompañarle a su hotel y luego... Era agradable, un poco raro, muy romántico, excesivamente tierno para un cliente de esta clase de sitios... Los clientes amables dan siempre un poco de miedo, nos preguntamos por qué hacen grandes declaraciones de amor cuando les estás cobrando quinientos dólares por media hora ¡y nunca volverás a llamarles! (...) Repetía una y otra vez que buscaba una cara, yo pensé que aquello podría ser una oportunidad profesional: repetía continuamente que mis pechos postizos eran tan duros como mis pómulos. Por eso le dejé la tarjeta de visita con mi foto. Verá, la mayoría de las chicas del Night Flight posan para la foto de seducción, todas tenemos tarjetas de visita con nuestra foto en lencería. Las fotos que ha encontrado en su habitación deben de estar en la de muchos hombres en Moscú.»

Ksenia V.,
escort-girl

«Pasé varias noches con Octave pero no le conozco y no tengo nada que decir de él. Nunca me mencionó su proyecto y quiero decir que estoy muy sorprendido y escandalizado por los métodos que emplean. (...) Sí, reconozco que soy yo el de esta foto en el Golden Dolls, pero esto no quiere decir nada. Les repito que no tengo nada que ver con este asunto y que NO, NO TRABAJO PARA EL SERVICIO DE ESPIONAJE, ¿cuántas veces tendré que repetírselo? Me han engañado totalmente en este asunto. (...) Confirmando que pagué la cuenta de las tres chicas y también el champán y la nata. Quedo a disposición de la policía rusa para todas las preguntas que quiera formularme sobre la matanza.»

JMD,
importador de GPS antirradares

«He said he was looking for new faces. It was my dream to become a model so I accepted to take pictures at his studio. He was very professional so we had an affair together. It didn't last long. He said I was too young, he was nervous, always asking for my I.D. card. But Karolina Kurkova was 15 when she signed her first contract with Miuccia Prada! I dont see the problem.»

Yurgita P.,
modelo, Aristo Agency, Moscú

«No sé nada de él, pero me habló de su vínculo con el cura. La Iglesia ortodoxa está muy cerca del poder, es posible que haya querido hacerse pasar por un "boevik", un combatiente rebelde checheno, para que no sospecharan de él en caso

de huida. ¿Cómo saberlo?»

Irina V.,
agregada de prensa free-lance,
responsable de comunicación de eventos
del concurso Aristo Style of the Moment

«No sé si esta historia le será de utilidad para comprender lo que sucedió. Un día, durante una sesión de fotos en su estudio, el psicópata me dijo que podía hacerme llorar dos veces con sólo contarme una historia. Quería que mis ojos brillasen para añadir emoción a la imagen. Le dije que lo intentase.

—Imagínate —me dijo— a un bebé de oso polar que hace cabriolas alegres alrededor de su madre en el hielo. De repente, un cazador dispara contra ella. La mamá osa resbala y cae de costado, y un pequeño redondel rojo se agranda en su piel inmaculada. Gruñe de dolor. El osezo no se ha percatado de nada, sigue dando brincos hasta el momento en que advierte que su madre ya no se mueve. Al principio cree que está dormida. La empuja, le mordisquea el hocico, olisquea sus ojos cerrados. Trata de levantarle una pata, luego la otra, que caen pesadamente en la nieve roja y pegajosa. Pasa así diez, veinte, treinta minutos tratando de despertar a su mamá. Poco a poco acaba comprendiendo que ella acaba de morir en su presencia. Empieza a gemir, al principio es una queja ronca, discreta, que se parece a la de un niño herido, y luego grita, llora, aúlla a la luna. Intenta visualizar al osezo tan bonito cuando se da cuenta de que se ha quedado solo en el mundo y lanza gritos inhumanos o, mejor dicho, algo peor para un animal: humanos, en medio del charco de sangre creciente.

Cuando me describió esta escena me puse a llorar. Él también lloraba. Era muy emotivo. Él continuó:

—Ya ves, el osezo vierte lágrimas de duelo. Pide socorro, se siente abandonado, desesperado. Desgracia inmensa la muerte de un progenitor que nos obliga a crecer de golpe en el horror ensangrentado. Pero antes de alejarse definitivamente por el hielo, como asaltado por una duda, el osezo blanco se vuelve por última vez hacia su madre. Trata de levantarle un párpado, de lamerle el hocico. Insiste. Y de pronto sucede una cosa increíble: ¡la mamá osa entreabre un ojo y después el otro! ¡Se mueve, respira, empieza a bostezar y se estira! El osezo vuelve a gritar, pero de alegría. Baila alrededor de su madre, se echa encima de ella, que le rechaza con ternura... ¿Ves la escena? De hecho, la mamá osa sólo tiene un rasguño, la bala del cazador no la ha matado, se había desmayado mientras la herida cicatrizaba. Es un milagro. El hombre se ha ido, el osezo y su madre se estrechan para darse calor antes de desaparecer en la ventisca, felices como si acabaran de renacer.

Y Octave tenía razón, volví a llorar con lágrimas calientes, esta vez de alegría.

Era maravilloso. Él ametrallaba mis lágrimas, que me corrían el rímel. Mi tristeza era fotogénica: se habría dicho una publicidad Sisley.

—Ya ves —concluyó Octave—, tus segundas lágrimas son más hermosas porque son las de la resurrección. Acabo de contar la historia más bella del universo: el Evangelio.»

Irina K.,
modelo, Aristo Agency, Moscú

«¿Cómo ha averiguado mi teléfono? ¡Ah! Al francés que me tomó por una bielorrusa lo embauqué como a un idiota, yo sabía bien que no debería haber accedido a apuntarle mis señas. ¡Me suplicó toda la noche que le diese mi número! Buscaba droga, decía que la había dejado pero no paraba de hablar de ella, como todos los yonquis con mono. Decía que el problema con la coca era que o tomabas demasiado o no tomabas bastante. ¡Pobre hombre! Es una norma para mí: no doy nunca mi teléfono, trae demasiados problemas, ¡y esta llamada demuestra que tengo razón!»

Tania S.,
estudiante, Nijni-Nóvgorod

«No sé qué decirle de mi hijo. Estoy conmocionada. Las imágenes de los cuerpos... Perdona. ¿Puede darme un vaso de agua, por favor? (...) De niño era vivo, chispeante. Siempre intentaba llamar la atención, brincaba, hacía payasadas, hoy día se diría un «niño hiperactivo», pero entonces era «alumno distraído». Yo tomaba como un cumplido las críticas de sus profesores, le enseñé el valor de la impertinencia, válgame Dios, ¿creen que todo es culpa mía? (...) Les eduqué yo sola, a su hermano y a él, no todos los días era cosa fácil, supongo que él negaba su melancolía como yo también la ocultaba... Los niños sienten las vibraciones de la tristeza. No creo haber alentado el deseo que Octave sentía por mí ni la rivalidad con su hermano mayor. ¡Pero es verdad que me halagaba tener dos chicos locos por mí en casa! Es difícil de comprender su locura. Nunca le faltó cariño. ¿Quizás tuvo demasiado? ¡No le van a reprochar a una madre que ame demasiado a sus hijos! El divorcio, por desgracia, es banal, todos los niños lo sufren actualmente, el divorcio tiene anchas las espaldas, le echan la culpa de todo, pero si todos los hijos de divorciados se volvieran locos, el mundo estaría lleno de enfermos mentales sueltos, ¿no?»

Sophie de L., madre del sospechoso, París

(Testimonios recogidos en la comisaría central de Moscú después de la catástrofe.)

Segunda parte

Primavera («Viesna»)

El 29 de abril, una tormenta de agua lavó las calles de Moscú, el aire se hizo más ligero y más suave y, aplacada un poco el alma, sentí un deseo renovado de vivir.

MIIAÍL BULGÁKOV, *Novela teatral*, 1966

1

Zdrávstvuitie, papacha! ¿Las modelos tienen alma? Concebí una metafísica del top-model al entrar de puntillas en este champiñón atómico. El taxista que me depositó delante de su casa fue muy cordial cuando le dije que se quedara con el cambio.

—¡Te deseo que tengas tanto dinero como Román Abrámovich, que se ha comprado la mitad de Inglaterra, y que vivas ciento siete años como mi bábushka!

La propina desarrolla la amistad. Gracias por recibirme de nuevo, mi querido paternóster. Esta tarde, el agua que envuelve el bulbo dorado refleja el cielo púrpura arañado por las grúas amarillas que mugen bajo el viento del Moscova, o sea, quiero decir que es bonito, alrededor de su casa, siempre que te guste el fin del mundo. Qué alegría atravesar el puente Luzhkov viniendo de la isla donde fabrican chocolate y residencias para ricos, después de subir la escalera gris y rosa como las nubes y de rodear las farolas que salpican su «tintero loco»^[1]. Al otro lado del río gris, la casa en la orilla sigue siendo tan hospitalaria como en el relato de Rybakov. En los suntuosos apartamentos de Moscú, la oligarquía ha reemplazado a la nomenklatura: alguien tendrá que explicarme la diferencia, personalmente no veo la utilidad de sus revoluciones que nunca cambian nada. Sí: en otro tiempo los colaboracionistas tenían vistas a una piscina y ahora pueden contemplar su iglesia. Sin duda es un progreso. En cambio, permítame que le diga que los bajorrelieves de falso bronce que adornan su fachada son absolutamente inmundos, como sus losas de mármol falso. ¿Por qué no haber pegado los restos de la antigua iglesia de Cristo Salvador que yacen en el cementerio del monasterio Donskoy? Esta catedral totalmente nueva habría adquirido una pátina. Los frescos apenas se han secado, las paredes están impolutas, da la impresión de que visitas un decorado de cine, a esta atmósfera le falta un toque sagrado: hasta las oraciones parecen de cartón piedra. Izvinitie, siempre lo critico todo: es el defecto de los franceses, parlotear en vez de construir. Mire, como he llegado a las recriminaciones, es un poco cansado confesarse de pie. Acabo de llegar y ya me duele la espalda. ¿Por qué los ortodoxos no instalan confesonarios como en las iglesias católicas? Por culpa de este rito masoquista nos vemos obligados a conversar de pie en medio de esta multitud de abuelas con pañuelo que espían todo lo que decimos. Menos mal que no hablan francés con la fluidez de usted después de su exilio parisino, en los años noventa. Antiguamente todos los rusos hablaban mi lengua: Dostoievski con sus hijos, Turguéniev con Flaubert, Nabokov con Pivot y Gabriel Matzneff conmigo. Hoy se ha perdido este hábito, en todas partes lo ha suplantado el inglés. De los cosacos parisinos sólo queda en mi idioma la palabra «bistro» (que quiere decir «aprisa»), pero es un término que yo empleo muy a menudo, no es desdeñable. Hablar una lengua muerta nos protege de los odios

indiscretos. ¡Pero estar de pie, francamente, no incita a pedir perdón por los pecados! ¡Y sus misas que duran cuatro horas (seis dentro de poco, en Pascua) no son recomendables al día siguiente de una fiesta! La última vez que nos vimos yo le comparé con un psicoanalista, pero en casa de Freud por lo menos uno podía tumbarse...

Me arrepiento enormemente de no haberle dado noticias desde hace meses: me lo impidió mi trabajo. Tuve que volver a París para asistir a unas reuniones de clientela. Debo decir que el ambiente allí es aún más sombrío que en la época en que usted decía misa en la catedral Alexandre-Nevski de la rue Daru: por mucho que el invierno sea menos inclemente que aquí, los franceses se deprimen más que los rusos. ¿Qué quiere usted?: no han renunciado todavía a sus ilusiones, siguen buscando la luz al final del túnel, son enternecedores. ¿Cómo? Sí, algunos incluso conservan la fe en el Señor, es cierto. Pero en las agencias de modelos son minoritarios. Para paliar la falta de esperanza, la mayoría se emborracha de placer, como yo. ¿Puedo hacerle una confidencia? En definitiva, para eso estoy aquí. Pienso que la mayor parte de sus fieles rusos se refugian en Dios sin creer en Él realmente, sólo porque Dios es preferible al capitalismo. Este retorno a las fuentes proporciona una respuesta hecha para no atormentarse desde la caída del régimen soviético. El hedonismo globalizado apunta al mismo principio que el poder estalinista: mentirosos que se dirigen a cretinos. Pero el hedonismo es más vacío que el capitalismo: es la primera religión pesimista. Entonces, Dios... es mejor que el gulag y más barato que un Bentley. Qué siglo más extraño... Valía la pena hacer la revolución setenta años para acabar transformando Moscú en Las Vegas y volver a la iglesia a confesar nuestras bajezas.

Le aseguro que la mayoría de los ateos con los que tropiezo tienen la misma preocupación que sus ovejas recién liberadas: evitar reflexionar. Es un trabajo a tiempo completo huir de las preguntas molestas (¿Soy feliz, soy una mierda, estoy enamorado? ¿Soy un muerto viviente abandonado en una tierra árida? ¿Tengo una razón para vivir y pagar tantos impuestos? ¿Qué hay que hacer para seguir siendo viril en un mundo matriarcal? ¿Por quién vamos a sustituir a Dios esta vez: una webcam, un martinete o un perro faldero?). Para amueblar su soledad y engañar al silencio, los descreídos compran coches a crédito o descargan canciones, soplan alcohol desde la comida, toman excitantes por la mañana y somníferos por la noche (a veces a la inversa), hacen desfilar nombres en el móvil, dicen «te quiero» sucesivamente en varios buzones, se abonan a todas las cadenas por cable para adultos, llenan su agenda de citas que anulan en el último minuto por temor a no ser capaces de hablar en público sin deshacerse en lágrimas, van por la calle leyendo sms sin mirar a su alrededor (y así se encuentran la mierda de labrador en la suela del zapato derecho), se masturban leyendo *Playboy* o *In Style*, lanzan un grito de alegría cuando el capitán del equipo de fútbol asesta un cabezazo a un jugador del equipo

contrario, atraviesan centros comerciales subterráneos que parecen parques temáticos pasando por encima de los mendigos tendidos en el suelo, se pelean por tener la consola de juegos Nintendo Wii antes que el vecino, llaman al alba a SOS Médicos para oír una voz humana, se compran el estuche de la segunda temporada de *A dos metros bajo tierra* en DVD, que quedará sellado con celofán porque prefieren tocarse delante de dibujos animados sadomasoquistas y el resto del tiempo corren en sentido inverso sobre una cinta rodante para olvidar que la capa de ozono se reduce de hora en hora. La industria del hedonismo prevé una cantidad aterradora de distracciones para ocuparse de nuestro ánimo. Pero ¿no será más bien para impedir que las usemos? No es una novedad (hace mucho tiempo que Platón y Pascal señalaron que el ser humano huye de la realidad), pero el fenómeno se ha acelerado. El hombre sólo tiene una idea: cambiar las que tiene. En el placer huye de algo, pero a mi entender huir es como buscar al revés. ¿Qué buscamos, entonces? ¿El amor, cree usted? Oh, piedad, ahórreme su rollo de ortodoxo poscomunista. ¿Dios? Otra utopía. Soñamos un sueño. Lo que quiere decir que dormimos de pie, como usted escuchándome.

2

—Señores, nuestro objetivo es simple: que tres mil millones de mujeres quieran parecerse a la misma mujer. Y mi problema es encontrarla.

No está mal como entrada en materia, ¿eh? En París presenté las polaroids del casting Aristo Moscú en la sede de Ideal, ya sabe, esa fábrica de cremas cancerígenas para mejillas de la que le hablé la última vez. Por desgracia, después de mi frase introductoria, mi fracaso fue total: no les gustó ninguna chica, se impacientaron, querían realmente rejuvenecer el rostro de su marca para los años siguientes y era un invite tan importante que mis clientes fueron incapaces de tomar una decisión. Todas las chicas que les propuse tenían algo que no encajaba: Yurgita era demasiado joven, Katarina demasiado vulgar, Tania era grandísima, Irina sonreía demasiado, Olesya era demasiado delgada, Ksenia demasiado calentorra, Dana se pasaba de maja... Hice babear de envidia a unos jefes de producto que en toda su vida nunca encontrarían una chica semejante (excepto durante los diez minutos de rodaje, en que ella les tendería la mano sin mirarles, con los bigudíes en la cabeza y el móvil en la oreja, sonriendo cortésmente antes de contarle su vida sexual al maquillador). Andarse con tiquismiquis era para el equipo de Ideal la única forma de desquitarse de su frustración sexual: por primera vez en su existencia tenían poder sobre las beldades.

—Ésta tiene demasiado marcados los rasgos eslavos.

—La otra estaba bien, pero el lunar recuerda mucho a Cindy Crawford.

—¿No tiene la misma en más occidental? ¿En menos eighties? ¿En más glowy? ¿En menos pulpy?

—Necesitaríamos una que hable francés para los anuncios de televisión.

—Sus chicas son demasiado girly y no lo bastante wild.

—Sí, es verdad, no queremos juvenilizar la marca.

—Hace falta rock'n'roll, glam, que haya swing —(Tos molesta)—... quiero decir, que haya trash.

—Cuidado, somos una marca mainstream.

—¡Sí, pero ahora el trash es mainstream!

El tío que dijo esto se enjugó la frente con una servilleta de papel en la que estaba impreso el logo: «Ideal: because you are all unique».

—Hay que estar en el futuro, en el movimiento, en el riesgo.

—¿Por qué no organizamos una sesión de paparazzi en la que sus chicas esnifen una buena raya? Eso relanzó la carrera de la Kate.

—Me desappointa, es demasiado previsible.

—Tal como están, no se puede dar el ok.

—Están aletargadas. Les falta presencia. Son desechables.

Un transexual de Corea del Sur que llegó con retraso hizo una señal con su abanico que significaba «Sigan, yo no estoy», prueba de que debía de ser la única mujer importante de la reunión. Muy gran diva mutante (sosas de Grichka Bogdanoff), con los pómulos grises rehechos, una chaqueta escotada y muy prieta y pelo largo ceñido por una cinta, la «macho» se acarició la coleta, que pesaba 25 millones de euros de compra de espacio anuales.

—Yo me decía: puestos a contratar a una rusa, ¿por qué no a una chechena?

—¡Me encanta la idea!

—Lee, you're so bright!

—Una chechena suscitaría masivas repercusiones anexas.

—¡Eso está bien! Hace humanitaria, charity, la imagen de Ideal, es superrentable comercialmente.

—Una musulmana no encaja con nuestras best-practices, pero podemos puentear los códigos. De todos modos, habrá que rechequear con los directores de zona.

—¡Si está rechequeado, compro al ochocientos por ciento!

—Espera, ¿quieres una chechena que esnife o una chechena normal?

—Muy gracioso. Shut the fuck up. Too many jokes.

El ex director general se había convertido en la directora general de Ideal París al cambiar de sexo como uno de los dos hermanos Wachowski. Aquella mujer reciente (acababan de implantarle un par de 90C) era una de las personas más poderosas del mundo: el gusto de Lee Chang-Yong determinaba la apariencia de miles de millones de consumidoras. Cuando él abría la boca, todos los demás directores la cerraban: los responsables de eje, los directores de división, los jefes de grupo y los jefes de producto se tragaban la lengua de repente. Un hombre capaz de cambiar de sexo por fuerza tenía que conocer la feminidad. Su palabra tenía más peso que la de cualquier hombre o mujer, puesto que él era ambas cosas. Lee Chan-Yong había ido más lejos que todos sus colegas para comprender mejor a sus clientes: la ablación definitiva de su pene era, al fin y al cabo, una contundente garantía de su conciencia profesional. Comprendí enseguida que aquella vez yo no vendería carne fresca. Ya podía recoger mi cargamento de «miaso». Tuve ganas de decir a mis clientes:

—¿Cómo se atreven a criticar este casting? ¡Miren a mis beldades y luego miren a sus mujeres!

Pero me contuve, no conociendo a la esposa de la drag queen que dirigía el cotarro. Aristo tiene mucho miedo de que Ideal nos obligue a competir con otra agencia o nos abandone sin aviso previo, y hasta algo peor: que contrate a una actriz de cine. Siento una presión infernal, si oso emplear un epíteto semejante en la casa de Dios. Pero ¿«qué hacer»? como decía el camarada Lenin. No voy a ir a pescar a una chechena a Grozny bajo las bombas... Puedo decir realmente que he networkizado en todas partes: me he convertido en el obrero Stajánov frecuentando nightclubs, en el

Goy errante. He recabado información de todos los playboys heterosexuales de Moscú, he pedido a todos los folladores frenéticos de la juventud dorada rusa que me señalen a las chicas guapas que conozcan, apuntado centenares de números de teléfono, concertado otras tantas citas y sufrido casi tantos plantones, frecuentado el Turandot, el Gazgolder, el Kricha, el Podval y el Luba todas las noches en busca de culitos y tetazas (que a su vez buscan oligarcas hambrientos), he salido incluso de este imperio y he ido a Kiev, Riga, Vilnius, Sofía, Varsovia, Belgrado, Zagreb, Bucarest, Budapest (en Europa del Este hasta los nombres se parecen: crees que estás en Rumania, ¿eh?, ¡pues no, estás en Hungría, listo!), he rastrillado todas las Fashion Lounge en que las chicas que desfilan sobre el plasma son enanas comparadas con las que sirven en el bar, tengo la tarjeta de fidelidad de todos los Private Gentlemen's Club de Europa oriental. Incluso he simpatizado con Gulliver (el patrono del Diaghilev) y Sasha Sorkin (el del Cabaret del GQ), y todo para volver a París con el zurrón vacío. Empiezo a dudar de mis conocimientos técnicos.

3

No tiene importancia: en el peor de los casos, me habría divertido. Verá, he vivido bastantes experiencias desde que nos perdimos de vista en París: por entonces yo trabajaba en una agencia de publicidad, di la vuelta al mundo, después escribí un libro para que me despidieran, incluso estuve un tiempo en Chirón por complicidad en un asesinato, una sórdida historia que me ocurrió en Florida, una noche de borrachera... Después trabajé en la tele en Francia durante noventa y nueve días, no valía nada, me buscaba a mí mismo... Desde que vivo aquí tengo la impresión de haberme encontrado. Es sospechoso: nunca me he deprimido en Moscú. Creí que estaba protegido, rodeado de jóvenes con push-ups y el pelo ondulado que yo llevaba a cenar al Pushkin o al Prado, antes de que saltaran sobre mis rodillas en el First, cerca del río lento... Les decía:

—Bésame el reloj, es lo más caro que llevo encima.

Algunas lo lamían, lo mordisqueaban, lo absorbían. Yo no les mentía lo suficiente para enamorarlas. Las llevaba siempre a su casa antes de rastrear los burdeles en solitario. Había también un restaurante genial: la Cigüeña (Aist), donde te disparaban periódicamente unos gánsters. Evitar las balas en un tiroteo es un deporte moscovita muy apreciado: el equivalente del slalom gigante en nuestros Alpes. Los días de resaca, iba a los baños Sandunov a que me azotaran con ramas de boj, en un hamán sobrecalentado, gruesos luchadores con la espalda peluda. Cuando ya tenía el cuerpo morado, me zambullían en una cuba de madera y me tiraban a la cara cubos de agua hirviendo, y entonces yo tenía que reírme a carcajadas mientras me flagelaba con ramas de abedul para demostrar que era un hombre. La resaca desaparecía de mi organismo gradualmente, suplantada por el dolor puro y simple. En Rusia, el sufrimiento físico sirve para olvidar el sufrimiento moral.

Para las chicas más coriáceas, las que se niegan en serio a considerar mi existencia, tenía una artimaña secreta: después de mi operación de miopía, el cirujano me había recetado unas gotas para hidratar la córnea. Iba a los baños y me las aplicaba hasta que desbordaban de mis ojos. Mis falsas lágrimas enternecían hasta a las más recalcitrantes; algunas incluso se enamoraban al instante (los chicos rusos no lloran nunca, salvo en el servicio militar). No vacilaba en citar a Turguénev: «¿Dónde estáis, sentimientos tímidos, dulce melodía, franqueza y bondad de un alma que se encariña, alegría lánguida de los primeros enternecimientos del amor?» No conocían este truco. Un francés que gimotea declamando un párrafo de *Primer amor*: picaban todas. En Moscú los tíos no adornan el lígüe. Son más bien directos: beben como esponjas y se perforan los tabiques nasales porque tienen miedo, son mozos embutidos en un traje ajustado Roberto Cavalli de color antracita que se cagan de

miedo como gallinas delante de las hadas gráciles a las que no se atreven a abordar. Cuando por fin se deciden están borrachos, se vuelven brutales y las agreden tirándoles del brazo con su aliento fermentado; a veces les dejan morados. A algunas les gusta; se han acostumbrado. Lo único que puedo decirle es que mi método representaba un contraste. Era el llorón endeble que cita a poetas muertos al tiempo que propone un contrato fabuloso con el líder mundial de la industria cosmética. Causaba estragos, le digo. Nunca podría habituarme a una vida distinta. No sé cómo se las arreglan los tíos normales, esos que se conforman con una única mujer durante decenios. ¿Quedan todavía, padre?

Mi romanticismo profesional no me impedía considerar ganado a las jóvenes modelos; era incapaz de sentir algo por aquellas chicas cuando las llevaba en mi coche al son de la *Danza de los adolescentes* de Stravinsky (al cabo de cinco horas de tecno en el Diaghilev, ¡las gacelas no sabían siquiera que el club llevaba el nombre del inventor de los ballets rusos!). Las veía como a cervatillas que capturar en mi zoo humano. ¡Perdón, mi metropolitano! Me aliviaba encontrar niñas más obedientes que en mi país natal, bellezas que no me iban a castrar enseguida. ¿Es un azar que en inglés esclava se diga slave?^[2]

A decir verdad, me había olvidado de que existían mujeres que podían ser magníficas sin emascular a los hombres. Descubría la condición masculina de antes de la condición femenina. Probablemente existió una época en que todas las mujeres bajaban los ojos como pequeñas rusas: muñecas idílicas que ponían cara de abnegadas para dirigir mejor las operaciones. No soy misógino, pero compruebo que el feminismo ha suprimido el humor que permitía que mujeres y hombres no combatieran entre sí. Alguien ha señalado el final del recreo. Ahora que somos iguales ya no nos divertimos. En adelante somos competidores en una carrera solitaria.

Me gustaba también su pobreza, la excesiva rapidez con que se entregaban a cambio de un room Service en el Marriott, sus vestidos de imitación, sus pieles falsas, sus baratijas, su colonia barata que apestaba a rosa sintética..., todo lo que me recordaba su miseria me excitaba hasta el grado más extremo. Una vez, una de ellas me pidió un billete de metro para volver a su casa. ¡Risa tonta por dentro! Una llamada telefónica a Serguéi y ella sólo se desplazará a bordo de un Hummer: los industriales saben recompensar un trabajo bien hecho.

—Octave, ¿seguro que no tienes una bombita chechena a mano?

—¡WOWOWOOO! Puto boss, ¿quieres suicidarnos o qué? ¡No decir NUNCA cosas así en voz alta en un aeropuerto ruso! Perdón, él bromeaba, no es nada, señor aduanero, tiene los papeles en regla, es un frantsuski, ya conoce nuestra torpeza... Acepte este billete de cien dólares a modo de desagravio, pozháluista, diplomático, dokumenti, ¿podemos saltarnos la cola? Embajada, gobierno amigo del presidente Putin, da, da, spasibo.

Bertrand, mi bienamado jefe en Aristo, se mordía las uñas de impaciencia al salir de la sede de Ideal, y desde su llegada a Moscú pidió visionar a todas las chechenas que habían pasado por el casting desde 1991. Creo que inconscientemente estaba un poco enamorado de Lee Chang-Yong, el director hermafrodita de Ideal. Sólo tenía una obsesión: no decepcionarle. Pero yo ya lo había comprobado, por supuesto: no había existencias vendibles. Nuestras modelos chechenas debían de ser madres de familia o estar sepultadas en osarios. Llevé a Bertrand a visitar la casa del Idiota en el pueblo de Zhukovka, con el piso discoteca-armería-puesto de tiro para pistola-ametralladora, el piso piscina caldeada, el piso boudoir oriental de almohadones y narguile, el piso sala de cine climatizada, el piso loft design de intercambios y el piso terraza de teca con jardín de invierno, palmeras, solárium y helipuerto. Prefirió tumbarse en el piso oriental delante de un DVD de *Lassie*. Milana, la ayudante personal de Serguéi, y dos uzbekas pubescentes le sirvieron el plov^[3] en el vientre y creo poder decir que fue borderline. No habré vendido un rostro en París, pero con el vídeo que Serguéi filmó a hurtadillas, Bertrand ya no puede despedirme.

¿No es el mismo hombre que, al contratarme hace un año con un sueldo exiguo, argumentó que lo más maravilloso en este oficio eran los beneficios en especie? Nunca hay que olvidar que todas las agencias de modelos las han creado tíos muy feos que querían acostarse con mujeres muy hermosas, y que lo han conseguido más allá de toda decencia.

Chort! Se esconde forzosamente en alguna parte, la mujer a la que todas las terrícolas quisieran copiar. Para localizarla voy a tener que volver a organizar lo que más detesto en el mundo: un concurso de belleza Aristo Style, con desfile de vírgenes y contrato cosmético incluido. Es la solución milagrosa: se colocan letreros en las ciudades de provincias y se imprimen anuncios en la prensa local. «¿Eres una chechena sexy y lozana? Atrévete a vivir la aventura excepcional de nuestro gran casting. Inscríbete hoy mismo en www.aristostyle.com y conviértete en la nueva egeria mundial de la prestigiosa marca Ideal. Atención: para participar tienes que

enviarnos dos fotos en color (un retrato de cara y otro de cuerpo entero) y poseer un pasaporte vigente. La agencia se encargará de tramitar los visados para la o las ganadoras.» Basta con ofrecerle una sesión de rodaje en un cuarto trastero para que ella se crea consagrada (en la parte inferior del impreso de inscripción figura una nota que estipula que la sociedad Ideal sólo se compromete respecto a las consecuencias locales del evento, y que las fotografías del desfile son explotables en todo el mundo sin contrapartida, tampoco se trata de que nos tomen por bobos). Estoy orgulloso de mi hallazgo para el título del folleto: «PRONTO SERÉIS TODAS ÚNICAS». Siempre es agradable burlarse del poder de quienes te mantienen. El boca a oreja se pone en marcha, ya que, aparte de las excursiones del hijo de Philippe Tesson, no suceden muchas cosas glamourosas al este del Volga. Cada vez que volvemos con las manos vacías, Bertrand me sugiere que montemos una de esas finales, y no falla: alquilamos un viejo teatro, trescientas desconocidas se presentan y sólo tienes que escoger en la baraja. Bueno, no es tan sencillo: a veces hay que pagarles el viaje, el alojamiento en un hotel infecto y una comida no demasiado asquerosa para que no les salgan granos en la jeta. Se les enseña a caminar por una pasarela y aprenden el porte de la cabeza, se las numera, hacen dos pases diferentes (uno con ropa y otro en bañador), se les pone una nota de uno a diez delante de su familia, que las filma con viejos camascopios de manivela, se las hace bailar en braguitas bajo los proyectores y al final se mortifica a doscientas noventa y nueve. Pobrecitas mías. Para divertirnos les tendemos trampas: por ejemplo, depositar un montón de bonitos pareos en los camerinos. Las que desfilan con un pareo alrededor de la cintura son eliminadas ipso facto (según el axioma de la playa de Bidart: «Quien dice pareo alrededor de la cintura dice culo gordo debajo»). Un concurso de este estilo en Paide, Estonia, dio a conocer a Carmen Kass. Era Miss Järva-Jaani a los catorce años cuando Eric Dubois la descubrió en las playas del Báltico. Similar fue el caso de Gisele Bündchen, ganadora del concurso Elite Model Look en Brasil. Claro que funciona, yo no lo critico, lo único que digo es que este método tiene menos clase que el otro. La búsqueda de talentos a la antigua, a la que salta, en las calles y bares, exige agallas, audacia, sentido de la improvisación, gusto por el riesgo, hay que seducirlas, hacerlas reír, tranquilizarlas, metértelas en el bolsillo. La partida nunca está ganada de antemano. ¿Alguna vez ha intentado evangelizar a chicas de trece o catorce años, padre? ¡No es fácil, eh! Hay tíos que se han hecho legendarios en este arte, porque sí, es un arte, lo sostengo. Iban al abordaje, la flor en el fusil y sin red. Arrostraban el viento, los disparos. Jugaban con armas iguales. Si bien los cazadores de chicas no practicaban nunca el amor cortés (en el género trovador los hay mejores), al menos se exponían a la humillación, encajaban rechazos, se ponían en ridículo todas las noches de la semana. Todo eso se ha acabado: con Internet, el ligue se ha racionalizado, basta con poner un pequeño anuncio y vienen a miles a humillarse en público por tres

rublos con cincuenta en un espectáculo vendido de antemano en todo el planeta. Se enumeran criterios y los nombres caen con sus retratos y direcciones de e-mail; la tecnología ha despojado de toda poesía a la caza de chicas. El mundo ha cambiado: en otro tiempo éramos nosotros los que estábamos a sus pies; ahora son las chicas las que nos suplican. ¡Mañana se rebelarán, saquearán nuestras salas de congreso, incendiarán los locales de nuestras agencias, tomarán como rehenes a nuestros bookers! La primera Glam-revolución, retransmitida en directo en la Fashion TV, estallará aquí, en Rusia, puesto que aquí, al igual que en Francia, las revoluciones son una afición nacional. Y voy a hacerle una confidencia, padre. Ardo en deseos de que una de esas diosas pasee mi cabeza clavada en la punta de una pica.

¿Cómo, qué dice usted, mi guía espiritual? ¿Conoce a una beldad? Espere un momento, pozháluista, déjeme sacar mi libreta, le escucho, gracias por su prueba de confianza, le juro que voy a cambiar, no quiero seguir siendo el mismo, usted es mi salvador, quiero vivir de otro modo. ¿Apellido, nombre? Doicheva, Lena. ¿Cómo se deletrea? Da. ¿Es guapa? Muy bien, un ángel más, ya tiene llena su iglesia. ¿Es chechena? Da igual, mentiremos. No, no, en absoluto, padre, no dudo de su buen juicio, pero confiese que la situación es un poco estrafalaria: ¡nunca me habría imaginado que usted me presentaría a la hija de una feligresa! ¿Sueña con ejercer este oficio pero usted no la ha visto nunca? Bien sé que las chicas que sueñan con ganar millones sin dar golpe son numerosas, pero eso no basta para convertirlas en Doutzen Kroes. ¡Espero que sea menos barbuda que usted! Bromeo, padre. ¿La criatura tiene un número de móvil o una dirección? ¿Está en el instituto de San Petersburgo? Perfecto, es precisamente donde yo pensaba organizar mi model search contest, viene de perillas, spasibo infinitas. En San Pet, el movimiento «resistencia cívica» nos echará una mano, los jóvenes son más valientes fuera de Moscú. ¡Ni hablar de un viaje a Chechenia, demasiado peligroso! Las bombas las prefiero sexuales, y de los atentados, los que van contra el pudor. No he elegido ser cazatalentos para hacer marchas forzadas en un país en guerra, entre una mina antipersonas y una granada de fragmentación. La llamaré de su parte para el casting y se la presentarán a Bertrand como finalista de Miss Chechenia. Es surrealista, ¿no? No es seguro que la policía lo autorice: en este país, los espacios publicitarios se negocian con una agencia controlada por la administración presidencial, y Putin nunca nos dejará elegir a una chechena, ¡aunque sea falsa! Pero no importa, es divertido intentarlo, y cuando ella sea una estrella ya no se atreverán a matarnos. No pensaba reclutar en su catedral. Me dirá: si no sucediera nada irracional en una iglesia, no sé dónde se produciría lo sobrenatural. ¿Tiene los pómulos prominentes, por lo menos? ¿Y los dientes parejos como las teclas de un piano? ¿Y los ojos almendrados, una boca carnosa, una mirada de cierva asustada? Perdone este cuestionario de maníaco, pero si esta confesión debe desembocar en una cita de trabajo más vale ser preciso. ¿Tiene una mirada brumosa, los labios carmesíes, la tez diáfana, la cara oval como un huevo de Fabergé? «Por lo que parece» es realmente una respuesta de jesuita. ¿Se puede ser jesuita y ortodoxo a la vez? Del mismo modo que se puede ser checheno y vivir en San Petersburgo... El otro día, un colega me anunciaba la llegada de unas chechenas lascivas: no eran más que anoréxicas traumatizadas por las violaciones de soldados rusos, y las únicas comestibles estaban ya embarazadas. «Lo siento», les dije, señalándome la frente, «¡aquí no llevo escrito Amnesty International!» No estamos aquí para ayudar a la reinsertión de las huérfanas oprimidas. Pero convocaré a su pequeña cristiana. Tengo

confianza en su juicio, padre. Un hombre que frecuenta a la Santa Virgen tiene que ser un entendido en adolescentes puras.

Sepa que su confianza me honra, y sabré mostrarme digno. He venido a verle porque quiero convertirme en otro hombre. Estoy harto de mí mismo. Me detesto infinitamente. La búsqueda de la identidad, la búsqueda de uno mismo, blablabla, durante mucho tiempo lo consideré palabrería. Sin embargo me fatigo... ¿Sabe usted que fue en París, el año pasado, donde nació mi manía de dar vueltas alrededor de las iglesias? ¡Así nos conocimos, acuérdesese, el invierno anterior! En París, cada vez que estaba abatido, vagaba hacia Notre-Dame, Saint-Sulpice o Saint-Thomas-d'Aquin en busca de una dosis de agua bendita. Pero mi refugio predilecto era la basílica de Sainte-Clotilde, en el chaflán de la rue Las-Casas con la rue Casimir-Périer, en el distrito VII: ¿no conoce esa iglesia? Vaya a dar una vuelta por allí cuando vuelva a Francia, es uno de los lugares de peregrinación más bonitos del país: una doble flecha neogótica del siglo XIX en una plazuela frente a un square donde corretean niños con abrigo Bonpoint cuidados por niñeras filipinas. Le puedo garantizar que en ese barrio la religión es el opio de la élite. Me arrodillaba cada cierto tiempo bajo sus ojivas no nucleares, afrontando la mirada recelosa de los creyentes ricachones, y cuando la puerta estaba cerrada porque eran las cinco de la mañana, me tumbaba de bruces sobre la losa de piedra desierta, con el culo polvoriento iluminado por algunas farolas compasivas, y gritaba:

—¡Bajar a los cagaderos del Mathis es como bajar a los infiernos!

Jesús estaba luminoso toda la noche en el pórtico, me abría los brazos y era el único habitante de aquella ciudad muerta. No sé si se sacrificó por nosotros, pero sé que uno se siente claramente mejor cuando le visita regularmente. Me gusta su mirada de Dios que se hizo hombre y que se percató, aunque un poco tarde, de su error. Nos contempla amablemente, sin desprecio (pero aun así un poco consternado), y parece decir lo mismo que a Tomás en el Evangelio de San Juan: «Dichosos los que creen sin haber visto.» Es un tío legal, este barbudo modesto. Viene a salvarnos y nosotros, para agradecérselo, le torturamos y lo asesinamos, y él nos perdona nuestra ingratitud. Jesucristo: somos nosotros los que le pedimos socorro y es él quien nos pide perdón. No se da ínfulas, para ser Hijo de Dios. He conocido «hijos de» que se lo tenían mucho más creído que Él. ¡Cuando pienso que nos abrió los brazos y que aprovechamos para clavárselos, como Nabokov con sus mariposas!

¿Por qué las iglesias están cerradas por la noche, cuando más falta hacen? A veces me dormía en el suelo, delante de la puerta. Mis ronquidos informaban a las palomas de que no rezaba. El resto del tiempo me parecía a una crep. Una crep con un traje Hedi Slimane. Con los brazos en cruz en el suelo, envidiaba a los árboles: ellos, por lo menos, tenían raíces. Hasta entonces había olvidado por completo mi formación

católica y hete aquí que de pronto pedía perdón al cielo so pretexto de sufrir una depresión nerviosa. Divertido, ¿no? A veces dejaba rodar algunas lágrimas intempestivas sobre mis ojeras negras y mi barba reciente. Si usted supiera cuánto me aliviaba dejar de sonreír. El rictus antidesespero es una gimnasia agotadora. No, no tenía visiones como Santa Teresa de Avila: si quiere referencias, prefiero citar a Durtal, el escritor que se encierra en el convento trapense de Notre-Dame-de-l'Atre en *En camino* de Huysmans... En el bolsillo tenía también *El hombre de deseo*, de Louis Claude de Saint-Martin (1790): «En todos los instantes de nuestra existencia tenemos que resucitarnos de entre los muertos...» Mantengamos la elegancia.

Acababa de comprender que en vez de amar a mujeres inaccesibles haría mejor adorando al Eterno Ausente. ¡So pena de prendarse de alguien que no existe! Yo no veía por qué me negaba a amar a Dios, el que más plantones da. Al «Credo quia absurdum est», del viejo Tertuliano («Creo porque es absurdo»), yo quería oponer un nuevo credo: «Creo porque no es más absurdo que el resto.» Así es: quería torcer a Tertuliano para volverlo camusiano. El absurdo universal puede englobar la existencia de Dios; el absurdo es muy hospitalario. Dios es tan absurdo como yo y no comprendo por qué Camus no tenía fe. Creo que creía sin saberlo. Gracias por su benevolencia, padre, sabía que mi canción de gesta le enternecería. Mi cuerpo se fundía con el asfalto. Pero ¿cómo convertirte en la sal de la tierra cuando la tierra es de hormigón armado? Nos acercamos al objetivo, ya verá.

¿De qué me quejaba yo, en definitiva? De nimiedades: mi matrimonio se derrumbaba una vez más; era incapaz de ocuparme de una mujer; volvía a mi casa cada vez más tarde, tan tarde que era cada vez más temprano; a los cuarenta años empezaba a cansarme de seguir comportándome como el mismo muchachito inmaduro con su cortejo de vodeviles y de puertas que se cierran de un portazo. Mi vida amorosa repetía siempre el mismo ciclo: iba a una fiesta, conocía a una mujer maravillosa, extraordinaria, deslumbrante, le declaraba mi ardor hasta que ella se enamoraba de mí, nos íbamos a vivir juntos y sobre mí caían prohibiciones de salir y broncas de una paranoica que se tragaba antidepresivos y somníferos. Y el ciclo se reanudaba: yo mentía cada vez peor, iba a una fiesta, conocía a una mujer maravillosa, extraordinaria, deslumbrante, a la que a su vez yo transformaría en una arpía agresiva, en una bruja posesiva, en una víbora odiosa. Es increíble el don que tengo para volver feas a las mujeres más guapas; un talento incomparable. Una noche, mi mujer me había dicho: «¡Eres tan chungo que para gozar tengo que pensar en mi vibrador!» No se ría, mi stárets, que no son cosas agradables de oír. Cuando yo le preguntaba qué hacía para que le gustase *El animal moribundo*, de Philip Roth, al tiempo que me registraba los bolsillos buscando condones, ella respondía inteligentemente: «¡Me gusta leer a Roth, pero nunca me habría casado con él!» Así que yo no sólo no era libre, no sólo debía sacrificar mis deseos, reprimir mi libido de hombre genéticamente programado para multiplicar las conquistas, contener mi virilidad; en una palabra, matar al animal que me constituía, sino que además era un rompecorazones múltiple que destruía a las mujeres sensibles y mi apartamento se parecía cada vez más a un anexo de Guantánamo. ¿Por qué deberíamos disculparnos continuamente de ser lo que somos? ¿Por qué nuestras mujeres nos piden que nos suicidemos todos los días? ¿Por qué ningún marido tiene la valentía de decir lisa y llanamente la verdad a su mujer? «Querida, te amaré siempre, realmente estás hecha para mí, pero tengo ganas de hacer el amor con otras mujeres. Esto te parece insoportable, pero eres tú la inaguantable: simplemente te opones a la esencia misma de mi hombría. No es tan grave que me acueste con otras mujeres si tú no investigas todos los detalles y no lees mis e-mails. Tú puedes hacer lo mismo, no te lo prohíbo, al contrario, me excita saber que te desean otros hombres, porque soy, como todos los tíos, un marica rechazado. Tus celos son tan reaccionarios que tú sola eres la prueba del fracaso de la revolución sexual. Quieres disfrutar de las conquistas de la revolución feminista pero también quieres la restauración de la pareja a la antigua. Tú no me quieres: quieres poseerme, que no es lo mismo. Si me quisieras como pretendes, te gustaría que yo gozara a todas horas, contigo o sin ti, como yo también te lo deseo, conmigo o sin mí. Voy a verme obligado a dejarte por esta razón estúpida

y, sin embargo —mi decisión lo demuestra—, extremadamente importante: necesitaba tocar otros cuerpos distintos para verificar que era el tuyo el que prefería. Adiós, dragón de mi vida, incapaz de comprender lo que es un marido. Te sugiero el suicidio o el lesbianismo como salida para tu ignorancia de los fundamentos de la masculinidad. Mírame bien: no me volverás a ver. Al querer poseerme acabas de perderme.» Una mañana recité una carta de Chéjov a una psiquiatra, en la avenida de la Grande-Armée (dirección lógica, puesto que acababa de declarar la guerra a las mujeres): «No soportaría la felicidad que continúa de un día a otro, de una mañana a la siguiente. Prometo ser un marido excelente, pero deme una mujer que, como la luna, no aparece a diario en mi horizonte.» Al término de una hora a ciento veinte euros, cerré mi monólogo con una pregunta: «Pues ya ve, doctora, bebo todos los días para seducir a todas las chicas que no viven en mi casa. En fin, soy un tío normal, no soy un enfermo, ¿verdad?» Ella me miró con calma antes de abrir su libreta y soltarme: «Habrá que aumentar la frecuencia de nuestras citas.» No volví nunca: en cambio, me compré una camiseta que decía: «I'M MARRIED. PLEASE SHOOT ME».

Lo único que yo quería (pero entonces lo ignoraba) eran cuidados maternos el mayor tiempo posible. En la adolescencia nuestra madre deja de tocarnos. Nos deja sueltos en la naturaleza y a partir de la pubertad ya no nos aprietan, acunan, trituran, lamen, miman, palpan, amasan. Es una certeza: la piel del ser humano necesita un gran número de besos todos los días, al igual que su estómago necesita alimento; ahora bien, sólo los recibe en los primeros años de su vida (si tiene suerte); a partir de los trece o catorce años, nos rozan cada vez menos. La paranoia antipedófila ha agravado la situación: quien se atreva a tocar a un adolescente se arriesga a tres años de prisión preventiva antes de que el juez decida si el púber es un mitómano o está traumatizado. Occidente está jodido. Nuestros 2.000 cm² de piel tienen hambre de dedos, a nuestra epidermis le faltan labios. De ahí el éxito de los balnearios: la gente está dispuesta a pagar fortunas para que alguien les palpe media hora (algunas palmas son preferibles a una penuria de bocas). Nos drogan de placer. Nos hace falta una dosis de cuerpos frescos y nuevos, la sociedad nos ha formateado para que nos besen como a niños eternamente mimados, egocéntricos y amnésicos. En lo que a mí respecta, calculo mi ración mínima cotidiana en alrededor de unos mil besos. Si mi cuello no está en contacto con unos labios mojados mil veces al día, como mínimo, pongo una expresión horrible. Mire, ¡me parezco al primer ministro ucraniano! Habría que corregir el padrenuestro: «¡Danos hoy nuestros besos de cada día!»

Sí, besos, más bien besos suaves que amor duro, ah, las rusas entre ellas, padre, ¡PADRE, SI USTED SUPIERA! Siempre me ha encantado mirar a las chicas que se chupan mutuamente la lengua, sobre todo si llevan collares. Es muy bonito; no te cansas de verlo; peor para usted si prefiere mirar el cielo en vez de a una chica que desabrocha la blusa de otra para endurecerle la punta de los pechos con un cubito de hielo. Me encanta cuando se retuercen para soltarse el sujetador: se dirían crótalos que ondulan. Yo creo que soy normal. Céline decía: «Siempre me ha gustado que las mujeres fueran bellas y lesbianas.» Se equivocó en muchas cosas, pero no en ésta. Sí, ya sé, yo puedo, voy a cambiar, ser otro, con la ayuda de Dios voy a deshacerme del antiguo Octave, el que corría detrás del becerro de oro, el que esnifaba rayas sobre espejos para mirarse más de cerca. Harto de las chicas de Valentino que mascan chicle con sabor a canela en el yate de Stalin (el *Máximo Gorki*), con el cuerpo untado de aceite perfumado y salpicado de lentejuelas, sí, por supuesto, la cruz que les cuelga entre los pechos es una señal, harto de los novi ruskis que rezan todo el año a ese satánico BECERRO DE ORO, SOCORRO, PADRE, calma, ¿por dónde iba?

Al parecer, me las arreglaba para estar separado de todos aquellos a los que amaba, no hacía más que reproducir mi infancia. ¡Todos estos remilgos para no envejecer! Un buen modo de conservarse joven es ser pueril. Para ello basta con amar a las mujeres que no tienes y desprenderte de las que tienes. Quizás yo no era capaz de amar. Cuando no eres capaz te sientes culpable. Me drogaba para experimentar emociones que no sentía. Pero ¿qué podía hacer si deseaba a todas las mujeres? Que Tennessee Williams diga lo que quiera: el deseo no es un tranvía, sino un tobillo, el perfil de una cadera o una garganta con carne de gallina, un párpado entornado, una caída de riñones, una arista vellosa de omoplato inclinado, el arqueado de un pie en una sandalia charolada o una marca de bronceado advertida en un escote que te destruyen el día. Detestaba mi banalidad, pero lo cierto es que tenía miedo de las mujeres y de su poder creciente. Temía que me rehuyeran o, peor todavía, que me aceptasen. Tenía miedo de mis mentiras. De que ellas las creyeran o, peor aún, de que no las creyeran. De que me amaran o no me amasen. Las quería a todas y las odiaba por cruzarse conmigo y no volverse. En cuanto me decían sí, trataba de quitármelas de encima, y si me decían no, me encaprichaba. Las mujeres me asfixiaban tanto con su presencia como con su ausencia. ¿Las detestaba, quizás? Las mujeres tenían buenos motivos para odiar a los hombres desde hacía milenios. Para vengarse de siglos de dominación masculina querían nuestra desdicha, querían domarnos, domesticarnos, negarnos, secuestrarnos. ¡Empezaban por castrarnos y después se quejaban de que no las follábamos! Nos daban la vida y después no paraban de hacérsela imposible. Quizás a la larga su odio se convirtió en recíproco: los hombres guardaban rencor a las mujeres por no perdonarles nada. Ya se lo he dicho: era la guerra. La próxima no enfrentará ya a países o religiones: serán los hombres contra las mujeres, un enfrentamiento tanto más violento. Entretanto, todos los hombres van a volverse misóginos y luego gays. Quizás yo ya lo era, pero entonces, ¿por qué deseaba a todas horas acariciar senos esféricos y cabellos sedosos? Cuando eres mariquita, nunca deberías forzarte a acostarte con mujeres. No creo que yo sea un homosexual rechazado, pero una cosa es cierta: cuando estaba con una mujer miraba siempre a las demás y esto les dolía, pero a mí también, y este dolor, el segundo, el de un hombre que no puede refrenar su ardor, su curiosidad, su embeleso, nadie lo respeta. El sufrimiento de *El amante del amor* de Truffaut no es ridículo, merece consideración. Nadie respeta su apetito insaciable y su estupefacción ante toda belleza nueva. Don Juan es siempre un vil traidor, un hortera que babea, un libidinoso lamentable. El innoble retorno de la moral (en particular el orquestado por la «prensa rosa», muy puritana, a veces lectura única de mujeres de menos de veinticuatro años), señala con el dedo, culpabiliza, estigmatiza al pobre «deseísta» que osa posar la mirada en otra

mujer que no sea la suya. Es la obsesión más negada y vilipendiada, no obstante ser la de los más grandes poetas, pintores, escritores y cineastas, la de todos los seres que se chutan con éxtasis y rinden un homenaje permanente a los regalos del cielo, sobre todo si llevan una camiseta transparente y un collar de perlas falsas enrolladas.

Decidí aceptar la oferta de Aristo y partir a Moscú una de aquellas noches en que, una vez más, había acabado tumbado en el pórtico de Sainte-Clotilde. La idea consistía en sustituir la droga por la gracia y el hospital Sainte-Anne por la Plaza Roja. Sí, da, su santidad: su país me cayó como un cielo sobre la cabeza.

No soy ateo ni creyente: no estoy en ninguna parte y espero a que lluevan chicas. En medio del caos que es mi vida, la religión se me aparecía como un hermoso recuerdo de infancia, una regresión agradable, una boya de salvamento. Me he dado cuenta de que tener un Dios es un poco como tener una patria, una frontera, una casa, un padre. La religión es el buen escondrijo. Habría podido comprender antes que no se podía suprimir todo al mismo tiempo: la fe, la familia, las naciones, el pasado. Creer nos arropa, tranquiliza más que ser un individuo mundial aislado en la ventisca, en un parking de hipermercado, entre dos hileras de carritos vacíos, de bolsas de plástico que vuelan y algunos neones chirriantes en los que está escrito: «Escojan bien, escojan But». Así me convertí en un cuarentón que reza por la noche. Rezar es para mí como ver una película antigua: ¿qué hay más reconfortante que esos gestos automáticos, esa ropa anticuada, esos textos que te sabes de memoria? La iglesia grabada en el mármol me servía a la vez de referencia y refugio. Como usted habla francés de corrido, padre Ierojpromandrita, entenderá esta pequeña homofonía intraducible y cirílica^[4].

Aceptar la pequeñez humana es el comienzo de la inteligencia. Algunas frases en el ritual católico me ayudaron a mejorar. Perdón, no conozco tan bien el catecismo ortodoxo, discúlpeme por no percibir la gran diferencia que justificaría mil años de cisma bizantino. Sé que el rito de ustedes es más meditativo, basta con contar los cirios que nos rodean. Les gustan los oscuros iconos iluminados por una llama vacilante, y su sacerdocio consiste en salmodiar, de ser posible polifónicamente, cerrando los ojos como su santidad, el patriarca Alexis II, el cual, dicho sea entre nosotros, no tiene aspecto de alegre compañía. No, no se moleste, estoy de acuerdo con usted, ¡el papa Benedicto XVI tampoco es la alegría de la huerta! Los católicos apostólicos romanos repiten sin cesar: «Ten piedad de nosotros», estribillo que entristece pero, si se piensa bien, idea sumamente saludable. Inventarse un Creador en alguna parte para poder pedirle que se apiade de ti. ¡Acción descabellada, pero cuán eficaz! Cuando sales de una orgía con chicas de alquiler y ni siquiera los somníferos de tu mujer que encuentras debajo del colchón actúan sobre tu córtex, nada más sano que imaginar a alguien inmanente que nos contemple, alguien ante quien puedes disculparte, aunque no exista. Sienta bien apiadarse de otros. También me encanta: «Líbranos del mal.» Es una chaladura. ¡Los que redactaron estos textos eran unos enfermos geniales! Crearon el Prozac universal gratuito. «No nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal, amén.» ¡Lema demente! El mundo actual vive totalmente al contrario: a casi toda la gente con la que trabajo le pagan toda la jornada para someter a los demás a la tentación. Es nuestro oficio. Tentadores.

¡Tentadores remunerados! Somos militantes antiataraxia. La ataraxia es el enemigo del capitalismo. La ausencia de deseos vanos, la tranquilidad de espíritu, la sabiduría estoica entorpecen el funcionamiento del mercado. El mundo está en manos de un centenar de ejecutivos cuyo único objetivo es volver imposible cualquier forma de ataraxia en este planeta. En las business schools de todo el mundo se enseña a los mejores estudiantes cómo someternos a la tentación. Deberían rebautizar lo que llamamos la sociedad de consumo: sociedad de tentación. ¡«No nos dejes caer en la tentación» podría ser la consigna inscrita en una banderola altermundialista! Aplausos a quienes escribieron esto. ¿Por qué las oraciones no llevan firma? Se desconoce el nombre del tío que parió el padrenuestro y el avemaria. ¿Se imagina los derechos de autor que le caerían todos los años en la faltriquera? Un maná divino, sí, por supuesto, joroshó, los textos son de Él. ¿Dios no percibe derechos de autor? Qué gracioso es usted, cuando se pone. Por supuesto, Dios saldría carísimo en mensualidades.

En resumen, tengo cuarenta años: no sé quién soy ni soy el que fui. La angustia del cuádragenario al acercarse su cumpleaños procede de la suma de estas dos catástrofes, un poco como la mezcla de Bailey's con Schweppes o como echar un Mentos en una botella de Coca-Cola. La pérdida de identidad y la huida del tiempo se conjugan en una reacción química, un precipitado nauseabundo, un géiser de un marrón sucio. NO SÉ QUIÉN NO SOY YA. Algunos no sobreviven a esto y se ahorcan, como mi amigo Thierry Le Vallois en febrero de 2006, o mezclan medicinas como Guillaume Dustan en octubre de 2005. «¡Pero la cosa es, chicos, que no estoy en absoluto preparado para tener cuarenta años!» Mire cómo aprietan los dientes, los cuarentones rugientes; en su entierro, sus amigos se frotan los ojos buscando un sentido a su gesto, y lo que habrían podido hacer para salvar al náufrago. Es inútil buscar un sentido a lo que no lo tiene: no saber quién no has sido basta para convertirte en asesino de ti mismo. Sólo se siente el vértigo de la muerte en el momento de pulsar la tecla «borrar» sobre el nombre de un amigo en el móvil.

¿Vendrá a San Petersburgo para ver a futuras portadas de *Muteen* caminar descalzas sobre linóleo? Ande, le invito al mercado de los saltamontes. ¡Habrá gente a la que bendecir, almas perdidas que salvar, material de trabajo para un pope que busca desarrollo! Sí, ya veo lo que quiere decir, un concurso de bellezas menores no es en absoluto el lugar más propicio para la meditación teórica. Lástima, yo le habría incluido con mucho gusto en mi jurado. Con un cura ortodoxo en el Aristo Style Contest se habría triplicado el volumen del dossier de prensa. ¡Lo siento por las candidatas, que escaparán al dictamen del enviado especial de Dios! Prométame, por lo menos, que rezará por su salvación durante mi ausencia. No sé cómo hace para resistir a mi invitación; tiene usted una fuerza que yo no poseo. ¿Cómo se puede vivir en la sociedad de la tentación sin caer nunca en ella? Si alguien hubiera decidido un día que había que hacer que todos los hombres fueran depresivos y frustrados, nuestra época ha encontrado y aplicado el mejor método posible. Compréndame, padre: estoy harto de que no cesen de pedirme que me disculpe por ser un muchachito. Estoy harto de ser incapaz de ser usted.

Muy bien, dobri vecher, a mí también me duele el cráneo, yo también salmodio, doy cabezadas. Vamos, tengo sed, voy a dejarle, tiene otras ratas de sacristía a las que atender. Pero se lo he prometido, vendré a verle en cuanto vuelva de San Petersburgo. Su calma me purifica. Sin duda es la primera vez en mi vida que alguien me escucha. No es en Zima o en el Frist, los nightclubs de la cultura R&B, donde me escucharían: allí la música silencia mis lamentaciones. Las chicas llevan el ritmo moviendo la cabeza en lugar de leer a Víktor Pelevin, Andréi Guelasimov y Vladímir Sorokin. Esos lugares sirven para otra cosa: para gritar sin que nadie se dé cuenta. Para

ahogarse en el mar de soledades agolpadas. Cada uno a lo suyo, el ruido acallará tus sollozos y en la oscuridad nadie advertirá tus muecas. ¡Claro que salgo esta noche, su oído me galvaniza, padre! ¿Sabe lo que significan las siglas R&B para la juventud de Moscú? ¡No «Rythm & Blues», sino «Rich & Beautiful»! ¡Do svidania, querido salvador de la cortesía auricular! ¡Davai, joroshó y dobri! He aprendido a repetir estas palabras rusas a todas horas sin saber muy bien lo que significan: bueno, venga, vamos, OK, de acuerdo, vale, ya; basta con intercambiarlas y la corriente pasa, no sirve para nada buscar el sentido de las palabras que reducen la separación entre los humanos. Me propongo acercar el ruido que amuebla mi vida inmóvil. Como dice Joyce: «El silencio, el exilio y la astucia.» No he llegado a ello pero avanzo cada trimestre, gracias a usted. ¡Adiós, amén!

Mi marido era un puñado de agua, nunca pude asirle. No tenía ninguna consistencia; vivir con él era como habitar con el hombre invisible. Octave huía todo el tiempo, era como un grifo viejo. Y a mí me tomaba por un fontanero. Incluso el día en que nos casamos él tenía la cabeza en otro sitio, no sé dónde. Debía de estar ya planificando el divorcio. No sé por qué me casé con él, sin duda por masoquismo. Creo que nos quisimos, aunque prefiero olvidarlo: es un embrollo demasiado penoso. Es indudable que me deseaba mucho y confundió deseo con amor. Era muy apasionado, eyaculaba a todas horas, en todas partes, a toda velocidad. No creo que haya sabido lo que significa amar. La curiosidad, la humanidad, la generosidad que entraña (y no sólo en pensiones alimenticias). Creí que me amaba porque me lo repetía continuamente, pero lo único que quería era que yo dependiera de él económicamente, quería reducirme a la esclavitud y al principio me gustaba esta situación, porque yo también creí que le amaba, ¿comprende? Era un sentimental peligroso, «enamorado del amor», como suele decirse, lo que equivale a decir: no enamorado de una persona sino de una pose, de un gesto, de un principio. Son los peores perversos: los que se creen puros pero prefieren una idea de sentimiento a una persona. Este amor, perfectamente pueril y bonito como en el cine, sólo engendra dolor y decepción, nadie le sobrevive. Es encantador durante dos semanas, un mes, un trimestre, pero el despertar es espantoso. Lo más terrible es que millones de personas se intoxican de esta estética de agua de rosas, y yo desde luego también sucumbí a ella, porque si no, ¿cómo habría podido aceptar pamplinas semejantes? (...) Cuando hacíamos el amor tampoco estaba presente. Seguro que pensaba en una de sus amantes. ¡Cuando estaba con una de sus amantes me asegura que pensaba en mí! Acostarse con un esquizofrénico como él era una experiencia original: a la larga, yo también durante el amor pensaba en otros tíos, con lo cual nadie en nuestra cama tenía el pensamiento en lo que hacía. Me enseñó la indiferencia conyugal, la vida asentimental. Hoy ni siquiera le odio ni le echo de menos: la verdad es que apenas le recuerdo. Vivir con Octave era vivir a su lado. Iba a decir «a su sombra», pero sería inexacto: no podía tener sombra porque era transparente. No era un ser humano: era un androide desencarnado, una forma vagamente humanoide, un abonado ausente. Te pasabas el tiempo esperándole, tratando de que te hiciera caso, pero nada ocurría, aquel tipo era una jaboneta, pero una jaboneta que te ensuciaba. Viví en aquella frustración permanente: no respetaba a las mujeres y sobre todo no respetaba a la suya, y creo que esto procedía de su infancia. Educado por una madre sola, idolatraba a las mujeres pero las veía como a cómitres, carceleras, capos. Yo le decía a menudo: «¡Crees que buscas a tu padre, pobre imbécil, pero huyes de tu madre!» En aquel momento se puso furibundo, pero más tarde me confesó que era la cosa más inteligente que le había dicho nunca una mujer. La proliferación de madres solteras ha hecho mucho daño, paradójicamente, a la imagen femenina: para sus

retoños, una mujer es sinónimo de Ley, hay que acatarla, es a la vez un absoluto imposible y una cerrazón rompecojones. Y, por supuesto, ninguna estará nunca a la altura de la primera mujer de su vida. Un escritor francés de origen ruso llamó a este complejo «la promesa del alba». Pero cuando Romain Gary contó su infancia era un relato original, conmovedor y poético; actualmente la norma es que te eduque una madre sola. Esto produce hombres que tienen terror a la soledad. Prefieren instalarse en un piso amueblado de tres habitaciones con la primera que encuentran que despertarse solos en la cama. Y en cuanto conviven con ella le reprochan que les robe la libertad. Estos hombres incapaces de convertirse en adultos son los daños colaterales de la liberación sexual. ¿Qué hacer con los individuos que no pueden quedarse solos ni vivir con alguien? Son «bombas humanas» en potencia. El terrorismo, los asesinatos en masa, los asesinos múltiples son seguramente una consecuencia indirecta de la evolución de la virilidad en Occidente. A mí también me crió una mujer sola, sé de qué desastre hablo. Es bastante extraño crecer con una adulta soltera como modelo, la hija tiene tendencia a confundir la soledad de su madre con la vida normal, se habitúa a eso y después es incapaz de soportar a nadie. Para un chico es peor: crecer sin un hombre en casa condena a vivir sin saber nunca quién eres ni lo que quieres, aparte de conquistar incesantemente a mujeres a las que nunca consigues soportar. Nicolas Sarkozy se crió con una madre sola plantada por un marido playboy: ¡miren el resultado! Octave es un perverso porque se fusionó demasiado con su madre en la temprana infancia. No ha digerido su Edipo, que le produce una angustia de muerte: si no las seduzco a todas, moriré abandonado. ¿Cómo se llama a un niño mimado que ha crecido? Un adulto mimado (...) No conozco a esa Lena, bueno, he oído hablar de ella, como todo el mundo, en la prensa después del drama, ¿es la chechena que le presentó el padre ortodoxo? Después de mí, comprendo que tuviera ganas de una jovencita que le dejara en paz, el pobre... Le envenené de tal manera la vida que a veces me remuerde la conciencia, pero me equivoco, ¡el chiflado era él, no yo! No sé qué puede aportarles mi testimonio en este asunto. Me gustaría ser útil, intento responder a su cuestionario por orden pero no es fácil, ¡por desgracia creo que es demasiado tarde y que revolver nuestro fracaso conyugal no les revelará gran cosa sobre las ramificaciones del terrorismo internacional! (...) No, ignoro si tenía cómplices, perdimos totalmente el contacto después del divorcio. Supongo que es técnicamente complicado organizar una sola operación así. No, nunca me habló de sus relaciones con los medios industriales rusos ni el independentismo checheno, y le ruego que no me mezcle con este asunto, ¡gracias por no citar mi nombre, tengo apego a la vida! (...) Tengo suerte de haber sobrevivido a ese psicópata. Disculpe, no lo decía con respecto a lo ocurrido..., ha sido una torpeza. He tenido más suerte que algunos. Sabía que se había afincado en Moscú, pensé que era para cepillarse putas, pero nunca habría pensado que pudiese

incurrir en la violencia. Como todos los sádicos, era muy blando, se jactaba siempre de su cobardía física. No creí que fuese capaz de hacer daño, excepto a mí. Estoy sinceramente afligida por todas las víctimas, me siento responsable, si hubiera sabido que podía causar una catástrofe semejante... No paraba de repetir que estaba loco, pero yo no le creía. No veía cómo alguien que no existe podía estar loco.

(Extractos de la carta dirigida por la ex mujer del sospechoso a los oficiales de la Oubop —servicio de lucha contra la delincuencia organizada—, adjuntada al expediente en el asunto de la catedral de Cristo Salvador.)

Tercera parte

Verano

(«Lieta»)

¿Quién podría aún hallar en Rusia
pies bonitos de mujer?
Tardé mucho en olvidar
dos pies... Estoy cansado, estoy triste;
pero me acuerdo de ellos; y en sueños
vienen a torturar mi corazón.

ALEXANDR PUSHKIN, *Eugenio Onegin*, 1833

1

La primavera ha durado una semana, la nieve ha desaparecido y ha empezado a hacer mucho calor: el comienzo del verano es parecido en todas partes. Los casinos parpadeaban sobre las avenidas mojadas, inmensas pantallas publicitarias digitales destellaban entre dos viejas iglesias que milagrosamente habían sobrevivido al siglo xx. El sol se ha adelantado. El otoño servirá sobre todo para aguardar la blancura. En Moscú, la estación que lleva a San Petersburgo se sigue llamando Leningrado (le comprendo: los rusos no pueden cambiar todos los letreros de tren cada vez que cambian de totalitarismo). Podría ser que San Petersburgo, antiguamente llamada Petrogrado, pronto pase a llamarse Putingrado, y así habrá que cambiar menos letras en la fachada de la plaza Komsomólskaia. De noche mi tren se ha parado muchas veces, cada vez que aplastaba a un oso, un lobo o a un campesino tocado con un sombrero de astracán. Al llegar, al fondo del andén, unas ancianas vendían guantes, flores, calcetines, pepinillos, mermeladas y gatos. Me he dicho que las jóvenes debían de estar más lejos y hacía bien en pensarlo: las jóvenes siempre están más lejos.

Dobri dien, padre. Le he traído una tarrina de foiegras: pruebe esta maravilla, hago que FedEx me envíe los mejores productos de Bearne. No es que tenga nostalgia de mis Pirineos natales, pero estoy empachado de caviar rojo. Ya no aguanto más la comida tan salada de aquí. En Rusia tienes sed todo el tiempo, a fuerza de ingerir huevas de pescado, arenques, anguila y fletán ahumado en todas las comidas. ¡Sus zakuski convierten a todos en alcohólicos! En mi terruño, en Pau, es distinto: vertemos vino sobre nuestras llagas y empapuzamos a los patos hasta que su hígado nos implosiona en el gaznate. A continuación hundimos todos esos órganos en Armagnac y nos dormimos en la mesa, con la nariz dentro de los restos de grasa de oca o del corsé de una tía, lo que viene a ser lo mismo.

Me alegro de encontrarle en plena forma. El mes pasado parecía extenuado: se parecía a las últimas fotos del conde Tolstói, en 1910, cuando abandonó a su mujer para ir a morir en la estación de tren de Astapovo. Hoy su barba blanca resplandece sobre su sotana negra, bátiushka: se parece a un chocolate de Lieja. Su larga barba

fosforescente es mi faro en la noche. ¡Alabada sea! Si me permite decirlo, sería una buena idea lavarla de vez en cuando, porque apesta como mi alma. Todavía no le he hablado de Lena Doicheva. Hace dos meses que no le hablo a nadie de Lena Doicheva. Me gustaría seguir no hablando de Lena Doicheva. No sé si debo agradecerle, monseñor, que me haya presentado a la insoportablemente luminosa Lena Doicheva. Pero para hablarle de ella tengo que recapitular los acontecimientos por orden: mi llegada a la palidez sospechosa de la primavera petersburguesa, nuestro encuentro en el Caviar Bar del Hotel Europa, antiguamente infestado de espías del KGB, hoy lleno de pasma de paisano (¿alguien me puede decir la diferencia?), y los días sublimes que siguieron, y después la velada en la dacha del oligarca. Allí sucumbí a la infante Lena Doicheva, a su venustez venenosa, su garganta de alabastro y el aplomo de sus catorce años. Todo es culpa suya, padre.

Tome un bocado de foiegras mientras le cuento mi decadencia. Falta, claro está, el pan caliente de brioche con pasas, pero aun así es un lujo, el hígado de un pobre pato. Está a medio cocer, como todos los habitantes de la ciudad de mi infancia. No es pecado saborear las mercedes que el Altísimo nos concede. Me gusta oírle masticar, el ruido regular de su masticación me permite concentrarme. Con esa barba me recuerda a mi abuela tejana en el jardín de la Villa Navarre, avenida de Trespoey, poco antes de su cáncer. Ella rumiaba como usted, acunada por el chapoteo de la piscina a través de las ramas de rosal, y el tintineo de los cubitos de hielo en el vaso de cristal. ¿Pensaría en la infancia arruinada de su hijo (mi padre), internado en los curas de Sorèze? Quizás le echase de menos, a su hijo segundo, después de todo. Quizás incluso tenía corazón, ¿quién sabe? Mi padre estuvo en el internado de 1948 a 1955 y después se vio casado y con dos hijos a principios de los años sesenta: ¿se puede exigir a un hombre que no sea nunca libre? Su infancia no lo fue bastante, la mía excesivamente. Sin embargo, me asemejo a él a medida que envejezco, y tanto más cuanto que ejercemos el mismo oficio (él es cazador de patrones, yo modelhunter). Sorèze es una abadía benedictina muy antigua, situada al pie de la Montaña Negra, en un lugar cenagoso, cerca del río Sor (para usted, que no ha pisado nunca la región, es un lugar perdido en alguna parte entre Toulouse y Carcassonne). En los años cincuenta, la disciplina de los curas dominicos era muy estricta. Encerraban a niños de diez años por la noche en celdas individuales de dos metros por un metro cincuenta, con un pestillo exterior metálico. (A partir de los doce años no era mucho mejor; compartían dormitorios colectivos, con olor a pies y murmullo de pajas, pollas en el dentífrico, novatadas más o menos continuas.) Todas las mañanas, a los niños les despertaba la campana a las cinco y media. Se izaban las banderas, pasaban lista en el frío, en uniforme almidonado. La misa empezaba a las siete. Iban a la capilla en fila india. Después estudiaban hasta las ocho de la tarde. Las luces se apagaban en los dormitorios a las nueve y media. A menudo el frío y el

hambre desvelaban a los niños en mitad de la noche. En invierno, los internos calentaban ladrillos en una caldera de carbón para utilizarlos como si fueran bolsas de agua. Para los alumnos insolentes existía un castigo denominado el «secuestro»: encerraban al niño en un calabozo glacial, con una ventana inaccesible abierta y una mesa empotrada en la pared, obligado a copiar páginas en un cuaderno, y por todo alimento durante un día entero le daban pan seco y agua. A veces los internos de más edad se amotinaban: un día hicieron subir por la escalera a una vaca y unos cerdos hasta el primer piso, y los metieron en el dormitorio de los celadores. Una leyenda refiere también que algunos robaron una momia en la capilla de Sorèze (trofeo traído por Napoleón de su campaña en Egipto) para deslizaría en la cama de un cura especialmente severo. Con frecuencia el director de estudios encontraba zurullos en su escritorio. Los castigos entonces eran colectivos: los alumnos que no se delataban pasaban a ser enemigos de sus propios camaradas de dormitorio. Las palizas podían degenerar en violaciones, con introducción anal de objetos diversos (estilográficas, reglas, tizas). El internado de Sorèze no fue clausurado hasta 1991, ¡el mismo año que el último gulag! Le cuento todo esto porque existe un vínculo evidente entre la educación de nuestros padres y nuestra locura actual: nosotros recuperamos su retraso. No sólo se hereda un apellido y un poco de pasta, sino también neurosis, privaciones, depresiones no tratadas, frustraciones no vengadas. Como los rusos después de Gorbachov, hace quince años, cuando hubo que hacer como si los millones de muertos estuviesen aún vivos. Todos tenemos un gulag íntimo, en el fondo de nosotros una injusticia que nunca será asimilada. Todos somos rusos amnésicos. A propósito de mi casa familiar, fue en la Villa Navarre donde Paul-Jean Toulet escribió, el 27 de octubre de 1901: «¿No creéis que lo que más he amado en el mundo han sido las mujeres, el alcohol y los paisajes?» Me gusta mucho este trío ganador. Vehículos para enajenarse.

Permítame que haga mía
la trinidad de Toulet,
así como siento propio
el desespero paterno.

2

Me acuerdo también en Pau de Gabriel Marcel tomando el té en la biblioteca de mi abuelo, con un concierto de Brandeburgo al fondo. Un viejo sabio de pelo blanco que hacía cuchichear a mi padre: «¡Octave! No molestes al señor, es un gran filósofo, conoció a Henri Bergson, reflexiona sobre el Dasein...» A los siete años yo espiaba sus más mínimos actos y gestos para intentar comprender qué era aquello de Dasein (durante mucho tiempo pensé que era una canción rusa, del tipo «kalín kakalín kamayá»). Con su grueso bigote blanco, Gabriel Marcel se parecía al mariscal Pétain en más ceñudo, pero por encima del bigote en sus ojos chispeaba la benevolencia. Yo corría por el jardín en pantalón tirolés con mis primos Édouard y Géraldine y él nos contemplaba con una sonrisa divertida, como se mira una foto amarillenta. Ahora le comprendo mejor: veía la muerte en nuestra infancia, él era nuestro Aschenbach y nosotros hacíamos de pequeños Tadzio a la salsa bearnesa. Pienso en este momento con la misma nostalgia que él entonces. Supe después que se bautizó a los cuarenta años. A mi abuelo le gustaba recibir a escritores en su hermosa casa: Jean Cocteau, René Benjamin... Su visita era anunciada con mucha antelación: era el gran acontecimiento de la semana. Les enseñaba sus cartas autógrafas de Paul-Jean Toulet. Sin duda prefería su compañía a la de sus hijos: seguramente fue su biblioteca la que me despertó el deseo de escribir. Actualmente la Villa Navarre se ha convertido en un hotel, uno puede dormir en la habitación de Gabriel Marcel si quiere, con vistas a la montaña profunda y azul, rodeada de cipreses, carpes, tuliperos de Virginia y secoyas gigantes.

Me aburría mortalmente en aquel silencio provinciano, ¿cómo es posible que hoy me inspire una melancolía tan deliciosa? Después de todo un día jugando al escondite en el bosque de Irati, cenábamos en la capilla que se ha convertido en un bar (todas las iglesias acaban siendo discotecas, como el Limelight de Nueva York y Londres, y quizás, algún día, también la catedral de usted..., ¿quién sabe?). Viejos inteligentes que aspiran el aire de los Pirineos, con una sonrisa irónica, mujeres americanas que abroncan a cocineras españolas, niños en pensión completa y las paredes llenas de libros y delante de la escalinata el chófer que lustra el capó del Daimler: ahí está, mi paraíso verde, intuyo que la llave de mi locura se oculta en esa casa solariega inglesa.

¿Sabe que la casa perteneció a Madeleine de Montebello, cuyo marido Gustave fue embajador en San Petersburgo? Bajo su mandato se firmó la alianza franco-rusa de 1893. Ya ve, padre, la villa de los veranos de mi infancia no está tan lejos de su Rusia... De Bearne al Neva sólo hay un paso... Mi Rosebud es una utopía, en el sentido del país imaginario de Tomás Moro. Es también una pesadilla que me persigue. Cuando yo era pequeño mi padre me decía siempre: «Si te duele la tripa, dímelo enseguida», porque se acordaba de un compañero de internado que no se había atrevido a quejarse de dolores de barriga a los curas de Sorèze. Varios días después lo encontraron muerto de una hemorragia interna en su dormitorio helado. ¿Por qué recordar esto hoy? Es curioso cómo la memoria selecciona los residuos: ¿sería partidaria del reciclaje de las basuras? Nabokov dice que «la imaginación es una forma de la memoria». Si alguna vez mi historia es inventada, ¿sería entonces una manera de torcer mis recuerdos?

Si la memoria es ecológica, no veo por qué la mía se niega a borrar la imagen de Lena Doicheva. Lena no contamina a nadie (aunque... me habría gustado...). Lo admito: comprendo que uno se vuelva un ligón incurable cuando ha pasado la infancia detrás de unos barrotes. Es más extraño serlo cuando has vivido la infancia más libre de la historia del mundo. Quizás por eso soy tan sexualmente correcto. Quisiera casarme con una chica que fingiera ser chechena para poder exhibirse en las paredes del mundo entero. Cuanto más trato de recordarlos, más se me escapan sus rasgos. Para recobrar la cara de Lena tengo que mirar sus fotos en mi móvil. Mire cómo irradia este cliché, mire este halo de bruma que nimba sus hombros relucientes: la explicación es que quizás sea radiactiva, al fin y al cabo no nació tan lejos de Chernóbil. Me hace pensar en lo que escribió Gabriel Marcel: «Amar a alguien, ¿no es decirle implícitamente: tú no morirás?» Desde Adriana Lima, la brasileña de Elite descubierta a los trece años por un cazatalentos de la agencia Ford en un supermercado de Bahía, nada tan inmaculado fue nunca tan sexy. ¿Aparte de la Virgen María? Izvinitie, padre, perdóneme, incurro en la blasfemia pero si hubiera visto a Lena ya no tendría respeto por nada, ni siquiera por las nubes sombrías suspendidas encima del monasterio Danilovski. El infierno consiste en estar separado de ella después de haberla encontrado. Hoy conozco el modo de ser feliz: no conocer nunca a Lena Doicheva. Ahora sé que sólo la muerte me curará, porque Lena es inmortal. «Amar a alguien es confiar en él para siempre.» Gabriel Marcel, encorbatado bajo la veranda de Pau, definía el amor y yo vuelvo a verme de niño, con un pantalón de franela gris, contemplando a aquel anciano que moriría al año siguiente (en 1973), aquel cristiano del que leería treinta años más tarde su *Diario metafísico* y que deambulaba en el parque con mi abuelo a modo de bastón, sin sospechar que Dios le confiscaría la existencia unos meses después. Pues bien, de acuerdo, quiero confiar en la pequeña Lena por los siglos de los siglos, con una

condición: que pueda suicidarme a sus pies.

3

Debería detestarle, su grandeza... ¿Cómo sabía usted que ella me gustaría tanto? Dios mío. ¡Seré animal! Todos los días vienen hombres a confesarse con usted y a todos los envía con Lena Doicheva como al matadero, no me extraña. Soy un cretino por haberme imaginado que yo era la única víctima deslumbrada. Pero en esta iglesia de cristal, esa hada es probablemente uno de los temas de confesión más cálidos. ¿Cuántos clientes vienen aquí cada semana a describirle su llameante pelo rubio, sus pechos en proceso de formación y sus pupilas transparentes? Tiene que haber compensaciones para su castidad: oír hablar de Lena, la devoradora de corazones, durante todo el año, constituye quizás su solaz favorito. Por eso menciona usted su nombre a todos los extraviados ansiosos de inocencia... ¡Qué dulce debe de ser amurallarse en un mutismo velludo y menear periódicamente la cabeza al escuchar las mismas jeremiadas, todas ellas engendradas por la crueldad de la misma niña! Hay lujo en la vida eclesiástica: su voto le protege de esas diablasas, pero sus oídos le permiten gozar vicariamente de ellas. ¡Qué disciplina más hermosa la suya! Envidio su fuerza porque soy débil. De todas formas, usted sabe bien que no consigo guardarle rencor por haberme llevado donde Lena Doicheva. Y el secreto de la confesión nos protege a todos de la policía.

Al día siguiente de mi última visita, llamé a su madre por teléfono y le dejé un mensaje breve: «Querida señora Doicheva, dígame a su hija Lena que está convocada para el casting del concurso Aristo Style of the Moment, en el Hotel Europa de San Petersburgo, el 23 de mayo a las 15 horas. Me ha dado su número el padre Ierojpromandrita, de la catedral de Cristo Salvador.» Después olvidé el número. Ahora no consigo recordarlo.

Cuando ella entró en el Caviar Bar me pareció vulgar, torpe, zopenca, los pies hacia dentro, tímida; en una palabra: irresistible. «Clumsy» es una de mis palabras predilectas en inglés. Lena es un oxímoron ambulante: su cuerpo contradice su cara. Es curioso, me dije que se me parecía. Su rostro me resultaba familiar, debía de ser su mentón voluntarioso, pronunciado como el mío. Aborrezco conocer a chicas a las que tengo la impresión de haber visto antes, sobre todo cuando he comido patatas con cebolla, arenques con cebolla y berenjenas con cebolla. Al verla abrí la boca y luego la cerré debido al olor. Puf, veo que no lograré hablar de ella. Mis adjetivos son patosos, tiemblan de emoción. ¿Por dónde empezar? La gracia no tiene aspereza. Quizás por sus uñas. Sus uñas coleccionaban los dedos, estaban posadas como gotas de rocío en la punta de las manos. Roídas, pero sin nerviosismo; comisqueadas. Las muñecas huesudas de fragilidad cruda: ¿dos lichis? Desde los antebrazos a los codos, sólo una pulsera lisa de metal plateado cortaba la ruta de la seda. Se notaba que la

pulsera pesaba demasiado, era casi difícil llevarla en aquella muñeca minúscula. Cada una de sus palmas merecía un salmo. Tonos diferentes de blanco pálido, de rosa claro, de beige empolvado formaban un arco iris daltoniano cuando te tendía la mano y por tanto el brazo y por tanto el hombro cruzado por un tirante de lencería barata. Los hombros a manera de abscisa, el sujetador actuando de ordenada: la belleza de la adolescente adorada parecía un gráfico sobre papel milimetrado. Los encajes revelaban ropa interior de niña formal que ha pasado la noche fuera y se viste a toda prisa para volver a casa de su mamá. Era la Venus de Milo añadiéndole brazos: los pezones pequeños pero tan duros como los de una estatua, el pecho de mármol, pero los cabellos volando; el mismo aire inclinado y el mismo color de inmortalidad, pero cuya blancura de lis hubiese sido traspasada de azul, irrigada de vasos traslúcidos en el cuello como el delta de un río. Bajo el flequillo rubio, dos cejas como paréntesis adormilados coronaban el azul de las pupilas, el blanco de los pómulos, el rojo de los labios. ¡Su cara portaba los colores de la bandera francesa! Los dientes eran sanos como almendras acabadas de pelar. Lamenté que no tuviera pegada en el incisivo una brizna de perejil que me habría permitido escapar a su influencia. Uno imaginaba que sólo se alimentaba de pomelos rosas para tener un color tan lozano. Daba ganas de respirar más fuerte o de ser el aire para entrar en sus pulmones y salir por su nariz en forma de gas carbónico, o de volar delante del sol pero no como una gaviota, sino más bien como un hombre que de repente pudiera volar agitando los brazos muy rápido, por amor. Tenía el pelo amarillo, como la araña bajo la cual yo me había tendido. Las mejillas sonrosadas por el viento de la perspectiva Nevski le daban aspecto de una niña radiante, con una boca de bebé y una salud de granjera que vuelve de una siesta sobre una gavilla de heno, con o sin palafrenero. Lena era como el rey Midas: cuando la mirabas todo se doraba, la hora, su cuello, sus piernas y sus pies diminutos en pendiente sobre sus sandalias baratas, todo, el aire que la envolvía, hasta su lengua, si alcanzabas a verla, se transformaba en oro. Al verla te sentías provisional, fugitivo, viejo, inconsolable. Querías ser un comprimido efervescente para disolverte en un vaso de agua que ella bebiese cuando tuviera migraña. Formar parte de las gotas que le cosquillearían la lengua antes de eliminar su dolor de cabeza. Te entraban ganas de mirarla dormir durante trescientos años, sabiendo que ese espectáculo no te cansaría nunca. Sus ojos brillantes eran demasiado pálidos para mirarlos fijamente. Sin embargo sus ojos reventaban los ajenos. Horadaban todos los blindajes. Imposible adivinar si iba a soltar una carcajada o echarse a llorar. Su boca era una mariposa libando entre su nariz y su barbilla. Me dirá: las mariposas no liban, liban las abejas. Y yo le diré: cierra el pico, subpatriarca, veo que no la conoces, porque con Lena las mariposas liban y los corderos bufan y las águilas rugen y las ortigas ululan, un punto lo es todo. Ceñido por un fular anticuado, su cuello era una ramita que a Stendhal le habría gustado empapar de escarcha para ornarla con un

collar de cristal. Las orejas: dos aspiradoras de besos donde bailaba una perla merecida. A través de la muselina se adivinaban los pechos duros y blandos, blandos y duros (total: blandur), que retoñaban, palpitaban, se estremecían, crecían dentro del vestidito túnica. Reservada como un gato que desconfía de intrusos, Lena era ya consciente de su poder sin haber tenido aún tiempo de abusar de él. Mirarla era la actividad más placentera posible; ver a Lena era una droga pero sobre todo una tortura, porque no podías evitar pensar en el dolor de la separación. La añorabas de antemano: una joya tan preciosa que pronto sería expoliada. Me repetía en mi fuero interno: «¡Vamos, que has visto a otras! ¡No irás a enamorarte de una rubiales de catorce años, es penoso! ¡Reponete, muchacho!» Pero cuanto más cosas así te dices más te encaprichas. El método Coué no puede nada contra los flechazos. ¿Estaba yo deslumbrado por narcisismo, a causa de su barbilla? Al inclinarme ante ella, ¿me contemplaba a mí mismo? Es inútil tratar de descifrar los milagros. Al menos, si hubiera sido Narciso, habría tenido la oportunidad de ahogarme en ella... Lo que Lena me enseñó es que, la mayoría de las veces, cuando te dices «Creo que me vuelvo loco», es que ya lo estás.

La idea de que debería, en un momento u otro, dentro de unos minutos o de varias horas, mirar otra cosa, hablar a otra persona, volver a la vida normal, retornar a la vida de hace cinco minutos, la vida antes de ella, la vida sin Lena Doicheva, la idea me resultaba insoportable. Lena es un sueño del que no quieres despertar. Usted sabía todo esto, ¿verdad, hieromonje maléfico? Sabía que mi búsqueda había terminado. Sabía que me arriesgaba a revivir.

Lo fastidioso de la resurrección es que hay que morir antes.

Sin embargo, muchas veces he logrado resistir a las beldades rusas. Sabía protegerme, en todos los sentidos del término: me había calzado un preservativo mental. No siempre las tocaba: les pedía que adoptasen posturas arqueadas, tensas, dolorosas y sensuales, y me satisfacía discretamente como delante de una foto muy pulida. La penetración me aburría: hay que tragar un Cialis para la erección una hora antes, estar limpio debajo de los brazos (y hasta depilarse a la cera entre las tetas), enfundarse un caucho hermético a toda sensación (además del que te envuelve el corazón), chingar jadeando como un corredor, lanzar al final un educado estertor ronco. No se pierde gran cosa, padre, si cumple su voto de castidad, perdone que insista en esto. El amor físico te da la impresión de que pasas un examen o haces flexiones. Yo era como cualquier otro hombre después de dos matrimonios fracasados: prefería organizar mi placer sin sacrificarle mi independencia, me parecía más económico y menos coercitivo. Daba a las candidatas instrucciones muy precisas: debían pellizcarse las tetas a cuatro patas, sacar la lengua y lamer el suelo, abrir la mandíbula de par en par bajando los ojos, poner carmín en los labios de una congénere, afeitarse el pubis con mi maquinilla, babear encima de los pechos, humillarse suavemente. Nada extraordinario: el hombre es una máquina previsible, y somos de lo más vulgares cuando gozamos. Adelantamos el labio inferior, emitimos ruidos entrecortados, sudamos y enrojecemos, como cuando mentimos. En el fondo, yo tenía la sexualidad de un cura: un placer fugaz y vergonzoso que mancha el interior del pantalón. ¡No se escandalice, monseñor, el cura de los ricos! Acompañaba a las niñas a la puerta del estudio, conservaba sus polaroids como tantos otros trofeos que, en caso necesario, sabían prolongar mi ensueño. Las fotografías son encantadoras, se dirían golosinas de colores tornasolados que dejás derretirse lentamente o que masticas... Estas imágenes constituían mi sexualidad principal. Anja, dieciséis años, los muslos separados, guiñando un ojo, la lengua en la mejilla, mi mano izquierda alborotando su pelo mojado cuando murmuraba «Voliiiijjiii meniaaaa» («chúpame»)... Nastia, quince años, llena de energía vital, levantándose la falda, de pie contra la pared, sin más ropa encima que un leotardo transparente y un collar muy largo entre los pechos... Vesna, diecinueve años, haciendo morritos para imitar los de Angelina Jolie, acurrucada como si mease, para que la planta de los pies esté más torcida y la pantorrilla más musculosa... Yunna, diecisiete años, a caballo sobre su hermana gemela Nina con el torso desnudo, imitando a un jugador de polo sobre nieve del Club de Moscú... Evguenia, catorce años, pitillo en los labios, tocando una guitarra imaginaria con las manos en los abdominales y el ombligo perforado por una cruz de diamantes... Svetlana, dieciocho años, el torso satinado y sembrado de lentejuelas con Hottest Body, la nueva crema de Victoria's Secret traída

de Nueva York, orgullosa de sus dientes, bebiendo una Coca-Cola con una pajita delante del ventilador que le pone la carne de gallina alrededor de las areolas... Y la sublime Snezhana, dieciséis años, con los ojos color de miel y de mostaza como los lunares espolvoreados entre sus pezones largos como tetinas, Snezhana, la más pobre de todas, que no tenía siquiera con qué pagarse un bocadillo y a la que yo fotografiaba comiendo *pirozki* para hacerle sufrir el suplicio de Tántalo... El hambre que le hundía las mejillas la volvía más erótica cuando suplicaba:

—Finger me, Octave...

En *El maestro y Margarita*, el personaje de Woland (el diablo) viste a mujeres en un teatro con vestidos que desaparecen en cuanto ellas salen a la calle. Espero que Bulgákov se alegre de comprobar que hoy día muchas mujeres moscovitas siguen sus recomendaciones al pie de la letra. Cuando visité a su gato Begemoth, en la casa de Bolshaia Sadóvaia, me crucé con más jovencitas que en casa de Gorki, donde viejas guardianas desabridas me ordenaron que me pusiera unas fundas encima de los zapatos. La posteridad es una especie de jurisdicción de recurso, puede decirse que al fin se ha hecho justicia: ¡rodean al censurado estudiantes en flor cuando el estaliniano, circundado de cuadros ramplones a su gloria, tiene que vérselas con brujas horrendas! Lamento que el diablo no haya desvestido a Dasha, la periodista de «Good Morning Russia», que me hizo visitar sus recuerdos de la casa de los escritores muertos... Otro ángel perdido, acabaré yo también dándole a la morfina.

No soy yo el que ha creado estos prodigios: ¡es el Señor de usted! Me he acostado bastante con mis fotos. A veces me pesaba haber perdido a mi amigo Jean-François Jonvelle en 2002. Las habría celebrado tanto... Con él se podía hablar de la lozanía de las mujeres, del misterio de esos animales salvajes. Me había enseñado algunos trucos: decirles que se muerdan los labios, que se toquen la nuca, que levanten los brazos para que el pecho sea más redondo y el vientre más tirante, prohibirles que sonrían porque sólo la seriedad es sexy, y que cierren la boca porque así encogen los labios, inmortalizarlas de espaldas, con la cara vuelta hacia abajo en señal de sumisión, o vistas desde debajo para alargarles el cuello. Los hombros siempre hacia delante para endurecer el cuerpo y «eye contact» imprescindible. O bien, si no miran al objetivo, tienen que tener los ojos bajos y un aire culpable de chiquilla a la que acaban de pillar robando caramelos Dragibus en una panadería. Si es posible con el pelo mojado, durmiendo, o en el cuarto de baño, como si las sorprendieras en su intimidad arqueada, con el piecico posado en el reborde de la bañera. El ventilador siempre a tope y la música también: los dos ingredientes que mueven el pelo. A continuación enviaba las fotocopias por mensajero a mis amigos de la Nueva Nomenklatura para que eligieran. La cosecha de chicas nuevas salpimentaba las comidas gubernamentales en Rublovka, en el antiguo sovjós Gorki-2 (la granja

cerrada que se ha convertido en el Southampton ruso). Me sentía útil y redondeaba así el fin de mes. Si la próxima vez le traigo mi catálogo, padre, ¿seré excomulgado? ¡Oh, cálmese, gospodín! ¡Bromeaba, por supuesto!

5

Me había convertido en un controlador de querubines. Durante un año, a cada nueva jovencita linda que veía en Zima («Invierno»), en Lieta («Verano»), en Osien («Otoño») —en Moscú los clubs llevan los nombres de las cuatro estaciones, salvo la «Primavera», Viesna, que es un restaurante de «fusion food»—, en Titanic, en Cabaret, en Jet Set, en Seven, en Shambala, en Zeppelin, en Circus, en First o en Roof, me hacía las mismas preguntas en el mismo orden mirando a las mismas chicas: ¿sus pechos mantienen la perpendicular en el eje vertical? Si es que sí, ¿sus nalgas anulan la ley de la gravitación universal de Newton (Isaac, no Helmut)? Si es que sí, ¿tiene las pantorrillas finas como barras de pan? Si es que sí, ¿tiene los dedos largos como lápices? Si es que sí, ¿tiene la cintura fina como si llevase corsé (pero sin llevarlo)? Si es que sí, ¿tiene la boca entreabierta sobre el oxígeno enrarecido del local y el porvenir de mi pensamiento? Y si es que sí, ¿cómo hace para ocultar las alas en la espalda? En cada rostro nuevo fijaba mi clave de lectura. No conocía mujeres: las verificaba. Nunca las miraba de otra manera que de arriba abajo, desdeñando su sonrisa y sin saludarlas. Siempre tenía que someter a las mujeres a una batería de tests, una auténtica lista de chequeo, como un piloto de avión que inspecciona su aparato punteando en su libreta con un aire altanero, sabiendo que el día en que ya no encuentre nada defectuoso será el día en que el avión se estrelle, porque la perfección no existe.

Aquel día una bruma ligera envolvía los inmuebles, como un vapor de agua que flota, una gasa que tapa la luz. El olor era incomparable: una mezcla de pescado podrido, perfume de puta, vodka vertido, de petróleo, algas y cebolla. El olor era tan heterogéneo como el informe anual de actividades del grupo Gazprom. En el Caviar Bar del el Hotel Europa yo extendía pequeñas huevas negras sobre creps calientes mientras hacía llamadas telefónicas a París para organizar el gran concurso de modelos Aristo Style of the Moment. El verano se acercaba. En la mesa de al lado, Jean-Paul Gaultier no salía de su asombro. «Qué lugar tan mágico...» Todos los que llegan a San Petersburgo repiten sin cesar la palabra magia. Yo no creo en la magia, sólo creo en la imaginación de los locos. El modisto peroxidado formaba parte de mi jurado, al igual que Jean-Luc Brunel, Étienne Folly, Tim Jeffries, Omar Harfouch y Serguéi Orlov, llamado el Idiota. Antes de cenar yo había deambulado solo por el jardín de verano del zar, entre las estatuas y los tilos, y recorrido la alameda donde Pedro el Grande organizaba fiestas con fuegos artificiales y banquetes nocturnos. Después he vuelto allí tantas veces con el pensamiento... Este oquedal es mi Edén perdido. Cada vez que lo evoco tengo ganas de callarme para degustar mejor aquella imagen de nosotros dos, Lena y yo, juntos... Allí iba Pushkin a leer en un banco, en batín, como una patata. Allí también fue donde, al día siguiente de conocernos, Lera me aseguró que yo era más cool que Emmanuel Kant (ustedes, los rusos, leen desde más jóvenes que nosotros porque no siempre tienen los medios de poseer Playstation Portable). Hacía azul, el cielo estaba caluroso, íbamos cogidos de la mano y entonces yo le dije: «You are my utopia.» Yo no sabía hasta qué punto esta palabra estaba desprestigiada en estas comarcas. En mi país sigue teniendo buena reputación. Me explicó que en Rusia era un insulto que te llamasen utopía. La besé para que se callara. Cuando le pregunté: «¿Me quieres?», me respondió: «Sí, mucho.» Me habría gustado soltarle la réplica de Jean Marais a Catherine Deneuve en *Piel de asno*, de Jacques Demy: «Mucho no es suficiente», pero hablábamos en inglés, lo que daba: «Do you love me?», «Yes, I like you.» «Like is not love». En suma, era mucho menos idílico que si ella simplemente me hubiera susurrado: «Ia liubliú tibiá» («Te quiero»). Compramos Coca-Colas en el quiosco del parque. Después empecé a seducirla con cosas:

—¿De verdad podrías hacerte pasar por una chechena?

—¿Me lo pregunta porque soy rubia con los ojos claros? Hay tantas en Chechenia como en el resto de la Federación.

—No, esto..., lo preguntaba sin más, Ideal quiere sostener la lucha valiente de un pueblo por su libertad...

—Nunca conocí a mi padre. ¡Quizás él lo fuera! Mi madre dice que era francés.

—Pues ya está, es perfecto: una chechena francesa; éxito garantizado.

Pasó un ángel, pero por supuesto era ella, que balanceaba los brazos al caminar... Preferí cambiar de tema.

—Si te acuestas conmigo te prometo enormes consecuencias mediáticas.

—Shut up!

—Sin coña, mi check-list está completa. Estás lista para el despegue. Es absolutamente necesario que te lleve a broncear tu barriguita al Club 55 de Saint-Tropez.

—Why?

—Para presentarte al maestro de la foto de las muchachas en flor: David Hamilton. Come allí todos los días, se volverá loco al verte. Relanzará su carrera al lanzar la tuya.

—Na Zdorovie! —dijo ella, levantando su botellín de cerveza.

—A tu salud. De cuerpo y alma.

Los palacios azules, rosas y rojos me daba la sensación de caminar dentro de una pastelería gigantesca, una ciudad recubierta de *coulis* de frambuesa. Respiraba con prudencia y evitaba los gestos bruscos desde que mi cardiólogo me había diagnosticado hipertensión arterial. Pero allí —¿qué hacer, si no?— era víctima de una crisis de asma. Comprendía lo que había sentido Ulises al oír el canto de las sirenas, el peligro de la belleza pura cuando posees un electrocardiograma de una tonicidad excesiva. Hasta un pestañeo era todo un acontecimiento en ella. El ojo se cerraba lentamente, al ralentí, como una persiana eléctrica, y luego las pestañas de arriba se juntaban con las de abajo, enredaban su longitud inmensa y comparaban su curvatura negra, luego se embrollaban, se enfadaban, se abandonaban ofendidas y el ojo volvía a abrirse despacio a la luz, y el mundo renacía: cada uno de sus guiños era una mañana nueva. Era increíble, yo debía de tener un aire de sátiro ridículo, pero no me importaba. Sus pies pequeños, con los dedos pintados en forma de trompetas, su perfume ligero aunque indeleble (imitación de L'Heure Bleue), sus hoyuelos en las mejillas cuando sonreía: proporcionaba en todo momento razones para amarla, y aunque eludieras las tres mencionadas, sucumbías por fuerza ante su abrigo marrón demasiado holgado, su timidez de señorita formal (que se podía tomar por desdén), su manera de ruborizarse por nada, de roerse el pulgar desviando los ojos, de sacudir un pie con un escaquin suspendido en la punta, de inclinar la cabeza para retorcerse un mechón o para dejar que sobresaliera su diente de vampiro (el canino izquierdo de arriba). ¡Y su voz! Un poco demasiado serena, lenta para su edad, como si la princesa ya estuviera acostumbrada a que no la interrumpieran nunca. Todos los animales se callaban cuando ella hablaba, la naturaleza quería disfrutar de la melodía, las balalaicas ya podían retirarse y hasta el viento se empequeñecía para dejarle encender su cigarrillo.

Teníamos, no obstante, puntos de desacuerdo:

—I love Pete Doherty! Es el nuevo Jim Morrison. Estoy loca por él.

—No aguantarías ni cinco minutos con ese colgado.

—Es un poeta.

—Te largarías al primer vómito en tu falda.

—Estás celoso. Se droga porque sufre.

—¿Celoso de un pringado como él? Pisdiets!

—¿Quién te ha enseñado esas palabras? Eres un grosero. Tengo mariposas en el estómago cuando escucho a Pete Doherty.

—A mí es al verte cuando me duele la barriga.

—Doherty puede que sea un colgado, ¡pero por lo menos no es un cazador de modelos!

—¡Eh! Dos palabras: Kate, Moss.

—Vale, pero Doherty, ¡ÉL!, no se pasa el día mirando a todas las demás chicas para encontrar pechos grandes y culos pequeños.

—Miro a las demás sólo para comprobar lo que ya sé: que eres la chica más guapa de todo el universo vivo. Que tus ojos son los más grandes de toda la galaxia, y en ella no sólo incluyo la constelación de Sagitario, sino también la nebulosa de Andrómeda.

Cuando reñíamos así, veía que ella se ofendía más que yo porque era más joven, o sea, menos blindada. Yo me contenía para no violarla, ella para no llorar. Era lo que se llama un amor naciente. Cuando aprendes a conocer a una chica, el mejor momento es ese tipo de discrepancias nimias, de pequeños conflictos cuya finalidad única es sellar la reconciliación y darse una gota de miedo mutuo para percatarse mejor de la suerte que tenemos de poder por fin emocionarnos en otro sitio que en el cine o delante de la tele. Cuando una cara te hace subir las lágrimas a los ojos, es normal que se lo reproches un poco. Caminamos hasta la calle Herzen para pasar por delante de la casa roja Liberty de Vladimir Nabokov. La visita me parecía obligada...

Me sentía vivo enviándole textos de muy primer grado. Mire, pope último, los tengo todos archivados en mi móvil.

«¿Me has olvidado o duermes o estás muerta o me plantas o me quieres?»

«Te quiero sin parar.»

«El tiempo pasa sin ti demasiado lento. Mañana es dentro de un año.»

«Te busco desde hace cuarenta años.»

«Agradezco al Señor que te haya dado la vida, a tu madre que te haya criado y al padre Ierojpromandrita que nos haya presentado.»

«Cuando cierro los ojos veo los tuyos.»

«No debería escribirte esto. Todo hombre sinceramente enamorado es un perdedor.»

«Nuestra existencia juntos va a ser enorme.»

«Tus ojos color curaçao son mi dictadura. Te amo hasta la asfixia.»

«Soy a la vez tu doble y tu mitad.»

«No paro de sonreír como un bendito al pensar en tu existencia.»

«Sin ti soy un inválido, un tetraplégico, un mongol, un comatoso, un paranoico, un neurótico y un maníaco-depresivo. Cierra los ojos, poso mis manos en tu rostro y cuchicheo en tus oídos que te querré siempre. ¿Oyes mis lágrimas correr en tus oídos?»

«Tengo mucho trabajo esta noche, pero me gustaría comprobar tu depilación bikini.»

«Estoy en un autobús en vez de estar en tu boca.»

«Eres el aire que me llena los pulmones y rejuvenece mi alma devastada.»

«Me aburro tanto sin ti... porque te añoro.»

«Detesto muchas cosas pero amo algunas y tú eres una de ellas.»

Sólo releerlas me dan ganas de llorar, porque en un momento de crispación borré todas las respuestas.

De los sesenta días de sol al año, yo habré conocido cuatro, y ya es mucho. A partir de mayo ya no hay noche en San Petersburgo, lo que dificulta el sueño. A medianoche la luz es un poco más malva, luego azul Klein. A las tres de la mañana el sol se acuesta durante una hora, uno no debería dormir más que él. Lena me llevó a visitar los canales en unas barquichuelas, pero ojo, San Petersburgo no es la Venecia del norte (dejemos ese apodo idiota a Amsterdam o Brujas, creo que usted estará de acuerdo, padre). De sus trescientos puentes no todos están iluminados, pero el rostro de Lena brillaba lo suficiente para evitar el naufragio. Los pescadores ponían mala cara cuando espantábamos a los peces con nuestra barquita a motor. Algunos puentes se levantaban, se abrían sobre el Neva para dejar pasar a barcos que remontaban el curso del río hacia el lago Ladoga. Existe una técnica clásica de ligue en San Petersburgo: llevar a una chica a la otra orilla del río, se quedará atrapada contigo hasta que el puente se cierre, hacia las cinco de la mañana. En San Petersburgo yo me perdía continuamente: Lena consideraba que yo sufría de «cretinismo topográfico». Qué le vamos a hacer, me gustaba extraviarme en aquel laberinto jaspeado como una silueta en la niebla, una sombra entre la piedra y el agua que desbordaba. Parece que en otoño el viento empuja el agua del golfo de Finlandia hasta los sótanos de la Academia de Bellas Artes, destruyendo los viejos grimorios y los cuadros de maestros. Los tejados eran dorados como los hombros de las strippers del Golden Dolls. El cielo estaba rosa como un pecho. Los puentes se separaban como piernas. Demasiadas comparaciones sexuales, ya sé, perdone su santidad, pero son las únicas que no me aburren. ¿Cómo tener sueño cuando nunca es de noche? Las callejuelas oscuras se parecían y la cara de las transeúntes me daba la impresión de estar hojeando el book de la agencia Elite. Nabokov escogió bien su lugar de nacimiento, igual que el presidente Putin. En San Petersburgo el físico normal es ser portada de *Vogue*. Algunas diosas iban a los nightclubs en moto acuática sobre el Fontanka. Por suerte estaba la perspectiva Nevski para servirme de brújula, con sus neones imitando a Broadway y las arpas turísticas como fondo sonoro, tras un final de no-noche en Zabava Bar (el club de striptease situado en una gabarra en el Neva). Encontraba mi hotel orillando su fachada rococó, pintada de amarillo para hacer creer que hace bueno todo el año. Con la pequeña Elena Doicheva visité el apartamento donde Dostoievski escribió *Los hermanos Karamazov*: no muy interesante, salvo el sombrero flexible que se había olvidado en París. Un reloj de pared parado indica la hora exacta de su muerte: las ocho y treinta y seis del 28 de enero de 1881. Comprendo cómo se escriben las obras maestras: basta con vivir en un apartamento sórdido con un sombrero flexible en la cabeza, y de repente algo se abre en la hoja de papel. ¡Y entonces, hala!, sólo tienes que zambullirte y si lo consigues conservarán tu

piso tal como está. También dimos una vuelta por la casa de Pushkin: su biblioteca está muy bien provista para un tío que murió a los treinta y siete años. Nos pidieron que nos descalzáramos y nos pusiéramos unas fundas para no estropear el suelo. Lena y yo nos deslizamos como patinadores artísticos, bromeando con los brazos en alto, bajo la mirada consternada de la anciana que vigilaba el museo. Allí también había un reloj de pared parado a la hora de su muerte: las tres menos cuarto del 10 de febrero de 1837. Guardaron las pistolas de duelo que le costaron la vida. Las dos armas están a buen recaudo dentro de una vitrina. Contemplé largamente la pistola con la que el francés D'Anthès disparó a la panza de Pushkin al borde del río Negro. Era una época en que no se bromeaba con el amor. Presa de un impulso incontrolable, le dije a Lena:

—Me gustaría morir en tus brazos.

—Oh, no, please! I will have to remove the body! ¿Conoces la historia del viejo cuando murió Pushkin?

—Niet.

—Pushkin estaba agonizando y de pronto anuncian su muerte. Al oír la noticia, un viejo que esperaba delante de la casa se echa a llorar a lágrima viva. Entonces le preguntan: «¿Es pariente suyo?» «No», responde el viejo, «pero soy ruso.»

Por eso prefiero Petersburgo a Moscú: allí el orgullo cultural e histórico atenúa los deseos de dinero fácil y prostitutas gráciles. Es la ciudad de los relojes parados, los pisos intactos, el pan negro que incluso se come duro. El pasado vuelve a todas horas y pesa mucho sobre el presente. En Moscú quieren olvidar el pasado porque piensan que ralentiza el futuro. En San Petersburgo el pasado garantiza un porvenir: aquí se rompió los dientes Hitler. Durante los novecientos días del sitio de Leningrado los habitantes comían pegamento y yogur rancio, ratas, niños y tierra. Hubo ochocientos mil muertos de una población de tres millones. ¡Ya son «bodies» que «remove»! Los rusos hacen lo mismo que mi cerebro: sólo guardan sus recuerdos favoritos. La lista de colaboradores del KGB: borrada. Los restos de Maria Fiódorovna (esposa del zar): trasladada con gran pompa a la fortaleza de Pedro y Pablo. El gulag: archivado en un sótano. La resistencia al nazismo: celebrada. Los muertos del estalinismo: mal gusto. Los héroes del ejército ruso: autorizados (salvo los que murieron asfixiados en el submarino *Kursk*). La vejez confiere a los inmuebles una grandeza que no se aprende. Hay teatros rococó y bares literarios en cada esquina. Padre, usted sabía que yo corría el riesgo de enamorarme en esa ciudad imaginaria. Hasta el nightclub de moda se llama Onegin, como el dandy romántico imaginado por Pushkin. Si algún día abro un club en San Petersburgo lo llamaré Gruchenka, como la hija autodestructiva, la devoradora de hombres de *Los hermanos Karamazov*. Tengamos bien presente que San Petersburgo es la ciudad donde erigen estatuas a niños mimados beodos, juerguistas, mujeriegos frívolos y muertos. Pushkin, aquel escritor falsamente fútil, compara San Petersburgo con «una ventana

abierta sobre Europa». Windows on Europe? Hay también un Litteratur Café, donde el poeta tomó su última copa antes de que lo matara en duelo el amante de su mujer. Lena me llevó a visitarlo todo: sigo ignorando por qué me paseó en la noche como una niña que lleva a mear a su perro. Sin duda era cortés con el amigo del cura de su madre. Por desgracia, yo confundí su buena educación con un principio de debilidad... Yo no sabía ya a quién mirar: ¿a Lena o a Petersburgo? Competencia desleal. La mayoría de las veces ella eclipsaba a la ciudad; la vida prevalece sobre el mármol, la juventud temblorosa aplasta a las cariátides minerales. Todo tiene tres siglos allí. Hasta la pianista de mi hotel, que había posado un candelabro y una rosa en su piano blanco y negro.

Lena era la única que no tenía tres siglos. Caminaba discretamente, con su book en la mano y su pelo largo en cascada sobre los hombros, revuelto por la alegría de vivir y la salud. Puedo recitar de memoria su primera frase en el Caviar Bar: «Hi, I am visiting you on behalf of father Ierojpromandrita. My name is Elena but everybody calis me Lena.» Yo nunca había visto nada tan enloquecedor. Es engorroso tener unas ganas inmediatas de aullar a la luna delante de una rubita fina de catorce años, de meterle la lengua en la boca joven como una cereza y tumbarse en el suelo para que ella te pisotee repitiendo «spokoinoi nochi». Había amigos en el vestíbulo que me contaron que me puse violeta al apretarle la mano sin soltársela durante un minuto. No olvidaré nunca mis primeras palabras. «My name is Octave Parango, I work for Aristo Agency and I have been looking for you since I arrived in Russia.» Frédéric Cerceaux, de la agencia Madison, debía de tener los ojos tan desorbitados como yo cuando descubrió a Laetitia Casta a los quince años en la playa de Calvi. Me apresuré a prometer a la chiquilla lechosa que ganaría el concurso, que la competición ya no tenía sentido, que ella la había ganado sin gran esfuerzo simplemente naciendo, que iba a a enviar su foto por fax a Ellen von Unwerth y Mario Sorrenti, que *Bazaar* se la arrancarían mundialmente pero que ellos no la merecían, que tendría que aprender a ocultar toda aquella magnificencia, a no exhibirse más, que la fuerza la sacaría de su rareza y de la disciplina, como las bailarinas del Kirov, que caviar y vodka para todo el mundo, que la vida era bella gracias a ella y por ella, que Dios existía porque la había creado. Creí que ella se reía; en realidad enseñaba los dientes... Debería haber desconfiado de su primera broma, cuando le dije que sus ojos tenían el mismo color que la piscina del hotel: «La conozco, el agua está sucia.» Fue entonces cuando debería haber comprendido que en aquella historia el cándido era yo. Ella había subido a mi suite mientras yo escaneaba sus fotos para enviarlas por mail a los bookers de la red mundial. Aunque de pésima calidad, sus fotos (en blanco y negro, sin duda tomadas por un amigo estudiante de la Academia de Bellas Artes de San Petersburgo, a cambio de desflorarla) destilaban una asombrosa ingenuidad perversa. Posaba en ellas con el torso desnudo y le vi el

alma. El alma: hasta entonces no sabía lo que significaba tal cosa. Ningún adjetivo podrá describir nunca lo que ocurre en esta imagen que me recuerda a un dibujo a lápiz de Degas que se conserva en el Museo d'Orsay (*Mujer semidesnuda, tendida de espaldas*, 1865). Por supuesto, yo había oído hablar del alma rusa. Creer en Dios es un pleonismo en este país. Lo que aprendí en aquel instante fue que Dios es una chica rusa con los pechos nuevos y la mirada imperial, que brinca como un fauno de León Bakst en el palacio de Catalina la Grande. Provisionalmente, algo superior había emigrado de aquel cuerpo, se había alojado en aquella envoltura terrenal durante el plazo de una existencia. Cuando se ha esperado tanto la gracia, la gratitud se desmultiplica. Yo había sufrido noches en literas exiguas, comidas a base de cordero hervido mucho tiempo en cafeterías de plástico anaranjado, rondas de vodka-formica en familias coloradotas, y todo para vivir por fin aquel momento milagroso. ¡Aleluya! Lena condensó mi pensamiento en un proverbio: «No pain, no gain.» Yo preveía ya que el efecto de mi networking en Internet podía hacer que el jurado se inclinara a su favor. Cuando la fotografié, hasta mi cámara estaba intimidada. Yo había vaciado el minibar sacando la lengua como un cocker. ¡Acumulaba todos los errores de un principiante! No sabía ya si me cegaba el amor o los flashes. ¡Cuántas veces me habían repetido que no mezclase nunca los sentimientos con el trabajo! Trampa clásica: la aprendiz de modelo te lo saca todo, porcentajes no negociados en veladas con Karl Lagerfeld. Más me habría valido colgarme de la araña de falso cristal. Pero qué quiere: mi padre también amaba a las jóvenes, no veo por qué yo iba a ser una excepción.

A la mañana siguiente, en vista de mi insistencia lastimera, Lena accedió a acompañarme al castillo de Peterhof, al borde del mar. Yo debería haber desconfiado: ella simpatizaba demasiado rápido para ser sincera. ¿Qué habría hecho en mi lugar Pedro el Grande? Desfiguración directa. El calabozo o el descuartizamiento. O bien habría hecho exactamente lo que yo: llevarla hasta el fondo de un camino sombreado, orillado de abedules y coníferas, a su pequeño pabellón llamado «Mi placer», que ofrece una vista de los rompehielos cruzando hacia Kronstadt entre los pétalos del verano naciente. Yo veía claro que la indolente Lena se reía de mí: lo único que quería era que la enchufara para que ganase la final. Pero la vista del golfo de Finlandia bajo el cielo infinito, el sol blanco, las nubes amigas y sus andares de niña en aquel pequeño Trianón de ladrillos rojos... Yo tenía la sensación de oír música. Sucumbí por una imagen, qué le vamos a hacer, cura mío, soy un esteta: deformación profesional. Y además había invertido un montón de pasta en aquella prospección. No me quedaba más remedio que prendarme como un loco de una pequeña gerontófila de torso abombado y elevada estatura. Lena jugaba a que la rociase una fuente mágica. Llovió y ella me gustó^[5]. Me llenaba los pulmones de aire puro y salado. Hace poco he leído dos versos de Pasternak que me recordaron aquel instante:

¡Entrega tus pechos a mis besos, como el agua que brota!

¡Zarandea mi alma! ¡Que desborde y que bulla toda entera en el instante!

El surtidor de una flor gigante la inundaba, su blusa mojada se le pegaba a las tetas que se adivinaban en la transparencia, el color de sus areolas casaba con sus labios rosas, su cabellera le ahogaba la frente antes de serpentear anárquica entre sus pezones como un río negro, la tierra se volvía blanda bajo sus pies y yo sentía deseos de ahogarme en su barro lustral. ¿Se define la armonía? Era como si, en aquel decorado primaveral de postal báltica, por fin me hubiesen aceptado. Como si por fin me hubiesen perdonado mi fealdad y mi flaqueza: ya no era un intruso. Su belleza me daba acceso a un mundo immaculado, su candor simplificaba mi vida; yo paladeaba aquella calma provisional como un subidón de somnífero. Basta una segundo; crees tocar el objetivo. ¿Nunca ha sentido esto? ¿No atreverte ya a moverte, por miedo a romper algo? Dios me tendía los brazos y yo me sentía dispuesto. La gracia es un obsequio porque, en esos instantes, no tienes pasado ni futuro. Te vuelves un paisaje.

Brr... Hace calor fuera y frío dentro. Bravo: la altura de este techo ha inventado la climatización no contaminante. Esta catedral gélida me pone la gota en la nariz en pleno verano. Fuera los transeúntes se pasean en pantalón corto o se tumban desnudos en la hierba para broncearse a la orilla del río. Aquí, míreme: sale vaho de mi boca, con él podría hacer aros, como si fumase un puro. Mientras las iglesias estén frías, la religión estará en crisis. ¡Y sin embargo le digo que me encantaba rezar! Me arrodillo a menudo en Moscú, igual que hacía en París. Poso las rodillas en charcos, delante de iglesias en las que no entro, y pido perdón al cielo por mis pecados. Me gusta apostrofar al Gran Ausente. Vuelto hacia el firmamento, también pido a las estrellas que me absuelvan de antemano por los pecados que me dispongo a cometer. Después vengo a verle para confesarme. Así mis delitos quedan bien enmarcados. Iván el Terrible actuaba del mismo modo en la catedral Basilio-el-Bienaventurado, ¿no? La genuflexión permite respirar entre dos sesiones de torturas. He pecado mucho, lo digo sin jactancia. Me digo con frecuencia que si la violación fuese legal simplificaría la vida de los hombres modernos. Por desgracia, hay que pedir permiso antes de utilizar un cuerpo esbelto. Llego finalmente a la meta de esta confesión: al cabo de algunos trimestres moscovitas, mis castas sesiones de fotos empezaron a desbarrar. El deseo mutó en avidez, la avidez en envidia (uno de los siete pecados capitales) y la envidia en odio. Si le hubiera contado esto la última vez, usted no me habría presentado nunca a Lena, y habría hecho bien. (¡Cuando pienso que en inglés presentar se dice *introducir!*) Me acuerdo precisamente del día en que caí. Una tal Sasha chupaba un chupa-chups en mi estudio. Con su trenza y sus pecas, aguardaba pacientemente mi veredicto. Noté que podía pedirle de todo y lo hice: «Ponte derecha para que se te engorden las peras.» «Ahora levántate la falda e inclínate hacia delante.» «Tengo ganas de meterte la lengua en el chocho.» «Bájate los leotardos y las bragas. Separa las piernas. Abrete bien. ¿Puedo llamarte Sésamo?» Guardé los primeros planos de su coño asalmonado y una grabación de sus pequeños balidos bajo mi férula. Es exquisito: no hay sonido que me ponga tan cachondo como estas protestas. Ella no me puso una denuncia porque mi «tejado», Serguéi el oligarca, me protege. Ya ve usted, oh profeta inmaculado, el problema con el poder es que siempre acabas utilizándolo. La depravación sexual es una tradición en la Rusia autoritaria desde Lavrenti Beria. Si una nínfula quiere triunfar como modelo no debe enfadarse conmigo. Soy una especie de paso obligado hacia la luz del sol. ¡El San Pedro del papel satinado! ¡El cancerbero de la fashion!

¿Tose? Al menos es la prueba de que no se ha dormido. Debo llegar a la confesión que me fastidia y que postergo desde hace meses. Aquí está: antes de

conocer a Lena, violé a doce jovencitas en un año. No ponga esa cara: sólo es una por mes... Ya sabe, en nuestros oficios artísticos, se adquieren enseguida determinadas costumbres... Además, cuando digo «violación» fanfarroneo un poco, a veces sólo les deslizaba un dedo o las obligaba a cosquillearse el botoncito hasta el placer. Permítame nada más que le exponga mi método. Les pedía que se exhibieran para «captar su sensualidad en el objetivo». Les hablaba de «cinegenia», «professionnal sex appeal», «porn chic attitude», «trashy style». Citaba a los fotógrafos underground del momento: Terry Richardson, Rankin, Larry Clark, Juergen Teller, Richard Kern, Roy Stuart, Grigori Galitsin, todos clasificados X. A las más intelectuales les recordaba la injusticia cometida con el gran cineasta Jean-Claude Brisseau, y cómo el caballeresco Louis Skorecki había salido en su defensa en un asunto de casting «hot» en que la justicia francesa había condenado al realizador francés. Una frase de la sentencia me había asustado especialmente: «Brisseau sólo buscaba la satisfacción de su placer personal. Lo cual es exclusivo de toda actividad artística o cinematográfica.» ¡Innoble! ¿Para qué serviría un artista que buscase algo distinto que «la satisfacción de su placer personal»? ¡Me niego a abrir la novela de un escritor que piense en otra cosa que su propio placer! ¡Rodin se la cascaba delante de sus modelos! ¡Klimt también! Pero dejémoslo, noto que me voy a cabrear, después me salen placas rojas en las mejillas, es repugnante. El look porno estaba en el aire de los tiempos, jugar la carta de lo sexy no equivalía a prostituirse, todas las estrellas han pasado por eso (y es la verdad: la mayoría de las modelos empezaron por la foto de seducción, más o menos hardcore). Además, el sexo no era un problema sino un tema de investigación, y hasta una forma de expresión. Ellas se lamían, se ofrecían, se empapaban, gemían, chupaban, tragaban, gozaban, orinaban en mi presencia si se lo pedía. La justificación artística autorizaba todas las experiencias. Les encantaba sentirse rehabilitadas. Yo les ofrecía el aval cultural, ellas me prestaban su fisura: estábamos más cerca del trueque que del hostigamiento.

¿Cómo, excelencia? Es evidente que ninguna me denunció. De todas formas, la policía está de nuestra parte. Las pequeñas saben que sus denuncias no surtirán efecto y que nuestras represalias serán implacables. Una vez, una de mis presas quiso llevarme a juicio. Unas llamadas telefónicas la disuadieron. Antes de verlas, yo me las apañaba para que ellas supieran que tenía su dirección y la de su familia. Nuestros «bandidos» saben asustarlas: son muy grandes, llaman a tu puerta, te levantan por el cuello, abren la ventana y te cuelgan en el vacío mientras te preguntan si hay algún problema. La respuesta que oyen, por lo general, es: «No, ¿qué problema? No hay problema. Nunca ha habido ninguno.» En Rusia los problemas se resuelven así desde Pedro el Grande. Las carrozas de oro macizo han sido sustituidas por Mercedes blindados, pero la intimidación sigue siendo el nervio (de buey) de la sociedad rusa. No sé qué habrá sido de aquella arisca: seguramente se esconde en una isba de la

taiga o bajo una yurta mongola, en lo más remoto de las provincias de algodón y olvido rusas, no lejos del frigorífico donde se pudre Jodorkovski, el multimillonario que quiso vender Yukos a la americana Exxon. A Putin y a mí nos gusta dar un escarmiento de vez en cuando, para aplacar los motines. Confieso que yo llevaba bien mi business. Aportaba beldades para las orgías de la nueva nomenklatura y a cambio mis amigos de las altas esferas me ofrecían seguridad e impunidad. A veces me avergüenzo de haberme vendido a los petrorrublos, pero no estoy tan seguro de que lo lamente. Es facilísimo convertirse en un animal inmundo cuando vampirizas el candor. Destruía a aquellas remilgadas porque no me encontraba bien y no estaba bien porque era varón. ¿Qué problema? ¿Hay algún problema?

Gradualmente abandoné mi trabajo: Ideal me producía menos que la Oligorgía. Que se aguantaran los vendedores de cremas cancerígenas. Las escalas son diferentes: los vendedores de aluminio y de gas hacen que la industria de cosmética se parezca a una puesta en marcha de estudiantes becarios. Me gustaba la idea de añadir dos o tres ceros a mi cuenta bancaria sin más que volverme un crápula. Aristo me hostigaba telefónicamente, pero aprendí enseguida a ser ilocalizable: si no descuelgas nunca cuando llaman, de repente te vuelves muy importante. Es increíble lo que impresiona un buzón lleno al que ha marcado tu número. Los multimillonarios moscovitas me alojaban gratis en palacios recién restaurados donde los sofás se hundían en la moqueta de cachemira y las almohadas en las butacas de cibelina. Para hacer las compras dudábamos entre el helicóptero y el jet, antes de enviar a alguien que nos supliera. Las chicas estaban encantadas de no tener que pasar más castings; y luego, dicho sea entre nosotros, que te rocíen encima de sábanas de seda es menos cansado que estar horas de pie delante de un objetivo en plena corriente de aire. La avenida Montaigne y Courchevel (apodada por Serguéi «los Alpes rusos») eran lo único que me unían a mi antiguo país. Te alejas rápido de ti mismo; era tan agradable que casi resultaba aterrador. Me gustaba ver a las putas de flequillo revolcarse en el fango. Si no te aprovechas de tu poder, ¿para qué sirve?

Es Lena la que me trae hacia usted, como usted me condujo hasta ella. No, no se preocupe, no la violé, apenas la he rozado. Lena tiene los pies estrechos, le chupé los dedos de los pies a través de las medias, debe de ser lo más cachondo que he hecho con ella. La única vez en que dormimos juntos, fue cara contra cara, y mientras ella dormía yo reduje mi respiración hasta adaptarla a la suya. Su sueño era un cuadro de Picasso: «la mujer dormida», en menos cubista. No podía tocarla... Las mujeres de porcelana nos hacen sentir como un elefante en un almacén de Limoges. Yo estaba orgulloso de entrar en un club con ella, y enrojecía de contento cuando el «face controler» (controlador de caras) le pedía su documento de identidad para comprobar que era mayor de edad. Serguéi soltaba entonces unos cuantos billetes para que la

mala bestia hiciera como que Lena no tenía catorce años. No fui yo quien la ahuyentó, sino Serguéi. Alardeaba de organizar fiestas raras en las que las chicas tenían que llevar una insignia con su precio de venta. Posee una fábrica de leche humana y una factoría de lágrimas de sumisas. En la primera, chicas que acaban de dar a luz se hacen ordeñar por máquinas y él vende la leche materna a Ideal. Me lo confesó cuando estaba borracho: ¡su misterioso secreto de juventud es simplemente la leche de mujer! Legalizó una patente que permite conservar la Human Milk. Parece ser que extendiéndola por las mejillas rejuveneces diez años. ¡Nunca debería haberle presentado a Lena, ahora quiere dejarla preñada para poder ordeñarla! Su otra fábrica es todavía más original: allí atan a una chicas cabeza abajo y las golpean en todo el cuerpo con ortigas encima de barreños que recogen sus lágrimas. Vende por hectolitros los llantos de vírgenes, ¡una fortuna! Hablo en serio, vende incluso los DVD de esas torturas en fila. Las pobres esclavas producen una gran cantidad de lágrimas diarias. Es espantosamente hermoso, la cantidad de dolor que puede grabar una cámara de vigilancia en un hangar checheno. En una grabación incluso he reconocido a Serguéi en persona; inclinado sobre una encantadora víctima desnuda y colgada, le murmura al oído:

—No te preocupes, pequeña, pronto te mataremos. Cuando me lo hayas pedido suficientes veces.

Luego se le ve clavándole agujas en los pechos y recogiendo las lágrimas de su cara con una pipeta. Los lloros aspirados de las mejillas son más puros (en el barreño se mezclan con los escupitajos, el sudor, la saliva y el flujo vaginal; todos los aficionados concuerdan en que el gusto de la lágrima facial es muy superior). La rareza del producto procede de la complejidad de su recogida. El cuerpo de la llorona tiene que estar sólida y estrechamente atado para evitar toda pérdida. ¡El frasco de lágrimas se vende en la red a 150.000 euros los 10 ml, mil veces más caro que el caviar! Se degusta con cuentagotas, one drop is enough! Es un agua tibia y salada que posee propiedades afrodisíacas, algunas incluso se vierten directamente sobre los genitales como agua bendita, antes de una orgía es muy vitalizante. También pueden emplearse para sazonar platos sencillos (blinis, huevos pasados por agua, patatas al horno...) o perfumar algunos cócteles. El erotismo de las lágrimas está muy extendido y hasta tiene un nombre catalogado en el *Diccionario de las perversiones*: la dacrifilia.

Abofeteé a Lena, la pisoteé, y en el instante en que la perdía comprendí que ella era mi última oportunidad. Lena es mi castigo; me enamoré de ella como quien escacha una sentencia. El amor empieza siempre por el miedo. Inmediatamente quise deshacerme de él. Yo no lo sabía aún, pero arrastrar a Lena a la fiesta en casa de Serguéi el dacrífilo era un test para conocer el grado de mi enfermedad. Quería saber si me había encariñado de Lena, y bien que lo supe: en el momento en que la asqueé,

la traicioné, la entregué, supe que yo le pertenecía pero era demasiado tarde, ella ya me guardaba un rencor mortal. ¡Déjeme terminar, padre Ierojpromandrita! No había comprendido enseguida que estaba loco por ella, o más bien quise resistirme; pensaba que era como las demás, que podría reemplazarla, olvidarla rápido, o que me gustaría que se me escapara, que verla follar con sádicos me excitaría como René en *Historia de O* (ya sabe, ese remake del Evangelio en que a Jesús lo sustituye una mujer masoquista). Pero fui yo el que empezó a sentirse mal, muy mal, espantosamente mal. Los celos no son un afrodisíaco; los que intercambian parejas no están realmente enamorados, pues de lo contrario las orgías terminarían en un baño de sangre. Si le confieso mis infamias es para recuperar a Lena. Ya se imaginará que le hablé mucho de usted, y sé que ella se esconde por aquí desde la noche de la dacha. ¡Si no lo hace por mí, hágalo por ella, por su familia, por su porvenir! Profesionalmente está a punto de echarlo todo a perder. ¡Mi contestador desborda de propuestas! Espero que ella no piense sacrificar su carrera por defender su honor de adolescente. Ideal quiere contratarla para doce campañas en París, la agencia Aristo se ha comprometido a tres sesiones de rodaje en agosto, a todo el pequeño círculo de la moda le tiene encandilado con su aura, su porte, su look prerrafaelita, y la condenada se esconde seguramente en Moscú, donde he perdido su rastro. ¡Hay que evitar por todos los medios que se quede en casa de Serguéi! Si usted no lo quiere hacer por mí, hágalo para salvarla a ella. Sé todo lo que ocurrirá si no la protegemos. En el mejor de los casos se convertirá en una cocainómana venal, una noctámbula que habla de shopping, una starlet que lee revistas rosas para ver si aparece en ellas, una esposa de rico impotente, una cornuda desamparada, una prostituta maníaco-depresiva con la epidermis picada, será una corrompida, vieja, vulgar. Llevará una camiseta proclamando «DON'T TELL MY BOOKER» o «FUCK ME I'M FAMOUS». Pronto el Jack Daniels le espesará las facciones. Tendrá el bolso lleno de billetes enrollados como un tubo. La boca le olerá a cenicero viejo. En el peor de los casos, el Idiota la encerrará en su fábrica de lágrimas. La leche de mujeres encintas no se vende tan bien como las lágrimas de jóvenes. ¡Y su producción es menos complicada! Sólo se puede ordeñar unos meses a las embarazadas. En cambio, basta con raptar a adolescentes en Chechenia —un telefonazo a los amigos de Kadyrov y Serguéi podrá abastecerse a su gusto en los pueblos—, atarlas en un hangar, azotarlas todo el día y recoger sus lágrimas en cubos. La nueva crema de Ideal contendrá este ingrediente revolucionario. Los amigos de Serguéi secuestran a gente en este momento, para aumentar la producción. El Idiota tiene incluso previsto lanzar «Virgin Tears» con Richard Branson, presentadas en forma de un cuentagotas con una pipeta, como Rivotril. Me lo contó todo una noche, después de un speedball. En el estado en que estaba, ni siquiera debe de acordarse de que me reveló todos sus secretos...

¿Quiere que Lena acabe así, colgada de los pies en una máquina que absorba sus

sollozos? PADRE, SALVÉMOSLA JUNTOS. Estoy más o menos seguro de que ella vendrá a verle, si no lo ha hecho ya. Le aseguro que he estado a punto de convertirme en un buen tío. No creo en su Dios pero le juro que tuve fe en Lena (la palabra fe viene del latín *fides*, confianza). ¿Se acuerda de que la última vez me dijo que el amor es precioso? Yo le respondí: el amor es un juego. Usted me replicó que no, que el amor es un misterio frágil, un milagro, una voluntad. Yo sabía que ése era el fondo del problema, que un día u otro iba a sustituir mi búsqueda de la modelo definitiva por la del ser supremo. Un Dios que hubiera comprendido mi angustia. Un Dios para los obsesionados, los epicúreos, los depresivos, los gozadores y los cobardes. Un Dios nuevo que no sería ni el dinero ni el sexo, un Dios que encontrar, un Dios que crear, un Dios al que yo estaba harto de esperar. Sabía que la respuesta estaba en alguna parte del país más grande del mundo. Violación tras violación, pensaba buscar la más grande estrella de belleza, pero acaso buscaba al Mesías. Platón lo dice en *Fedro*: la sed de belleza es un deseo de Dios. Sí, esto es lo que he venido a decirle, padre: ¡Lena Doicheva quizás no sea la Santa Virgen, sino el Cristo! ¡Jesús es una mujer chechena! ¿Cómo que «lárgate»? ¿Vengo aquí a hacer un acto de penitencia y así me recompensa? Bueno, si insiste concédale por lo menos a Lena la Inmaculada Concepción: ¡la niña inocente no lleva consigo el pecado original! Vale, vale, ya sé que a ustedes los ortodoxos les tiene sin cuidado esta invención de los católicos que data de 1854, da, me voy. ¡Ay! ¡Me hace daño en el brazo, padre! Suélteme, mushchina, conozco el camino a la salida. Volveré a su parroquia, como dice Terminator. I'll be back! ¡Aleluya, Su Excelencia! Sólo tengo que atravesar la calle Voljonka para ir a recogerme en el Museo Pushkin, donde las jovencitas de Renoir tienen más misericordia que usted. ¡Y devuélvame mi tarrina de foiegras!

Lástima que tenga que mascullar la frase más importante de esta confesión.
Lástima que usted no la oiga nunca:

Amé y he sido amado, pero nunca las dos cosas al mismo tiempo.

EXTRACTOS DEL BLOG DE LENA DOICHEVA

(Prueba adjunta al expediente de la catedral de Cristo Salvador)

«Domingo. Un único deseo: largarme de este país. Mi vida es aburrida como un domingo eterno. Si no me suicido es porque con frecuencia ya estoy muerta. He visto demasiadas veces a mamá recibiendo una paliza de cabrones mamados y no he sobrevivido. Cuando se marchaban, mamá me abofeteaba para que dejase de llorar. Por lo general acabábamos llorando juntas, yo pedía auxilio y ella perdón, acariciándome el pelo hasta que por fin yo me dormía, ahogada en sus lágrimas culpables. Fuera nevaba sin parar. Apenas exagero, venga a mi casa y verá.

Lunes. La palabra tabú en casa era: papá. Nací justo después de la caída de la URSS. Es extraño decirse que no he conocido nada de lo que mamá me cuenta: el apartamento comunitario que compartíamos con otras dos familias, los turnos para las duchas, la cocina con armarios separados, todo eso... Me imagino la vida colectiva como algo divertido, una convivencia a lo Friends, pero parece que no era tan guay cuando era obligatorio. No elegías con quién te topabas y tenías que tener cuidado con todo lo que decías. Por eso mamá se fue a trabajar de camarera en Francia. Debido a lo que le había ocurrido a su padre, los demás desconfiaban de ella, como si fuera culpa suya. Y cuando volvió la detestaban aún más. Nadie comprendía por qué había optado por volver a Leningrado para dar a luz después de la caída del muro. A su padre (mi abuelo) lo mataron en 1937 porque había depositado en el suelo el retrato de Stalin durante una conmemoración. Mamá siempre me ha dicho que Stalin había matado a todos los hombres inteligentes del país, que sólo quedaban idiotas bebedores y camorristas. Sin embargo ella no pudo vivir en otra parte (yo sueño con hacerlo). “El país renace de sus cenizas.” Ella repetía esta frase cuando yo era pequeña. Tardó años en recomprar a los coinquilinos las habitaciones una por una, hasta que al final nos quedamos solas en el piso mutilado, dividido como un rompecabezas, al que se entraba por la escalera de servicio. No sé lo que habría antes pero no vi renacer nada cuando yo nací. No había cenizas, sino mucho polvo por todas partes, nieve sucia en el viento.

Martes. No conocí a mi padre. Mamá me asegura que era un buen hombre, un hombre guapo, un francés sensible, inteligente, pero que tenía su vida hecha en París y que ella prefirió quererme ella sola. Sí, soy hija bastarda, como dicen allí. La hija de una madre soltera. Me gustaría saber más pero ella siempre se las arregla para llorar antes de responder a mis preguntas. Hoy he leído en una revista una frase del actor Peter Ustinov: “Los padres son huesos con los que los hijos hacen los dientes.” A mí me falta un padre que roer.

Miércoles. El sol me ha hecho sonreír esta mañana. Estoy reventada. Lo he decidido: dejo de tocarme. Tengo miedo de adquirir malas costumbres. No quiero ser demasiado autónoma en mi placer. Quiero necesitar a alguien para alcanzar el

nirvana, espero el regreso de Vitaly.

Jueves. Llevo una camiseta "Be tough" que me deja al aire el ombligo, que mamá no quiere que me perforo. ¡El año pasado me tatuaron una especie de águila-dragón en la clavícula y mamá me exigió que la borrara! La pobre ave sólo se posó dos días en mi hombro... Es una putada porque eliminar el tatuaje con láser es todavía más doloroso que grabarlo. Me crié yo sola. Me eduqué yo misma como una niña salvaje. Mi madre nunca estaba, trabajaba todo el día en un restaurante, siempre la vi marcharse temprano y volver tarde. A veces unos abuelos efímeros desayunaban conmigo y yo me reunía con mamá por la noche para cenar juntas con su soledad. ¿Es generosidad o egoísmo tener a un niño en un pisito donde se sabe que crecerá solo? Las dos cosas. Mi madre se sacrificó sacrificándose. Me pregunto si yo sería capaz de hacer lo mismo. Dar la vida exige olvidarte de la tuya. Tania piensa como yo. (Tania es mi mejor amiga del instituto.) Se acabó este tipo de esclavitud. Queremos triunfar, utilizar nuestras dotes para construirnos un destino. No tendremos hijos, es la única manera de ser adolescentes para siempre. Además yo cuido a un bebé (como canguro) tres o cuatro noches a la semana y francamente me parece estúpido hacer un hijo para que lo críe una chica au pair. Tengo la sensación de que el bebé me quiere más que a su madre; es normal, me ve más que a ella. Yo le baño, le duermo, le hago mimos, le canto canciones de Avril Lavigne... Siento tristeza por él, tengo una impresión de abandono, de algo ya vivido... Me muerdo las uñas porque me gusta meterme los dedos en la boca como un bebé.

Viernes. Mamá tiene un vibrador en forma de tubo de barra de labios, lo he encontrado en su mesilla. Tengo fatiga nerviosa. Lo he utilizado toda la tarde, es agotador, es como una droga portátil, infinitamente renovable y totalmente gratuita. Las mañas innobles en las que pienso para llegar al placer me dan vergüenza, por eso no os las diré. Descubrí el orgasmo a los once años, frotándome los muslos entre sí. Pero con esto..., con esta máquina infernal... He llegado a la cocina toda roja y cubierta de sudor para preparar la cena con mi cabecita de ángel intachable. Me he santiguado para bendecir la cena y pagar mi deuda.

Viernes aún. Calculo que me he pasado una cuarta parte de mi vida viendo la tele. No sé si tengo más ganas de romperla que de entrar en ella. Hoy mamá ha recibido una llamada del padre Ierojpromandrita de Moscú, un antiguo amigo de ella. Conoce al tío que organiza el casting de Aristo Style. Es uno de esos desfiles para tontitas que enseñan el culo a viejos asquerosos: sobre esto pienso lo mismo que sobre la tele. No quería ir, pero bueno. O eso o las clases de física, mi vida tediosa, mi ciudad fantasma..., no cuesta nada probar. Os contaré todo en este site. Intentaré poner las fotos en línea si consigo mandarlas. Si no, mirad los retratos de Sasha Gachulinkova que ha hecho Elina Kechicheva, ella tampoco está mal (toooo gorgeouuus!!), sin olvidar a Irina Kulikova y a Ekaterina Kiseleva. ¡Buscad en

Google a esas señoritas y ya me diréis algo! Pero venid a verme después, actualizo mi blog a diario.

Sábado. Quisiera morir joven, pero mucho más tarde. Quiero ser famosa. Mamá se burla de mí. Sin embargo es ella la que me ha acostumbrado a que me adoren. Su religión se prosterna delante de iconos. No es pecado querer convertirse en uno. Y además es ella la que me ha inscrito en ese concurso, la que me ha acompañado durante meses al ortodoncista que me ha puesto fundas en los dientes y alambres que me cortan las encías y aparatos rosas pringosos de saliva repugnante, todo para que tenga la sonrisa más bonita del barrio. No puede reprocharme que quiera amortizar su inversión bucal. Más vale hacer desfiles de modelos que marchas militares. ¡Resumiendo, no sé lo que quiero, pero lo tendré!

Domingo. El casting es el martes que viene, en el Hotel Europa. He estado todo el día probando trapos con Tania. Nos hemos maquillado como lolitas góticas, qué pasada. Está loca: ha robado toda la lencería de su hermana mayor. Hemos jugado a ninfómanas lesbianas y sacado fotos locas vestidas de chachas, más o menos en pelotas, de cualquier manera. Está convencida de que voy a ganar. Bueno, es verdad que somos dos manga maids cañones, pero lo siento por vosotros, mis queridos lectores, no siempre consigo mandar mis fotos, y además quitarían todo misterio a mi blog. Prefiero dejaros imaginar cómo nos besamos en mi cama cubierta de vestidos pastel y cintas rosas..., nuestros botines atados..., nuestra frente que se calienta en medio de osos de peluche.

Lunes. Escribir un blog es ya una forma de exhibicionismo, quizás más grave que desfilarse desnuda por una pasarela delante de obsesos franceses.

Martes. La cita en el Hotel Europa ha salido muy bien. El organizador se llama Octave, me ha admitido como candidata con la condición de que me haga pasar por chechena, y además me ha invitado a hacer fotos en su habitación. Es muy gentleman, me ha dicho que mis piernas eran dos flechas clavadas en su corazón. Y también que mi belleza era tan fuerte que iba a comprarse unas gafas anti-UVB (Ultra Violent Beauty). Le he recitado un verso de Baudelaire que conocía en francés. “Soy hermosa, oh mortales, como un sueño de piedra”, al tío le ha dejado patidifuso que sepa chapurrear algunas palabras en su idioma. Le he explicado que mi madre había vivido en Francia. No ha admitido a Tania, que estaba furiosa. Sucio ambiente a lo Oneguin la noche misma. Acabamos insultándonos mientras fumábamos petardos en la calle. Para tranquilizarla le digo que yo estaba enchufada por el cura de Moscú.

Miércoles. Cada vez que Tania me habla de Vitaly, mi enamorado, noto que me ruborizo y empiezo a atarme los cordones. Se ha convertido en un reflejo pavloviano. Basta con que alguien pronuncie su nombre para que yo me arrodille, con la cabeza gacha delante de mis Converse para ocultar mi frente granate. Y sin embargo me he

dejado besar por el francés en el Jardín de Verano. Hemos paseado todo el día, hemos ido a Peterhof en taxi, es increíble lo tímido que era comparado con los tíos de mi clase. He llevado a Octave al Russkaya Rybalka, un restaurante a la orilla del mar donde los clientes pueden pescar su pescado antes de comérselo. Se ha echado a llorar cuando paseábamos por el parque de la residencia de Pedro el Grande. Hay que reconocer que le he calentado un poco al dejarme rociar por la fuente sorpresa en forma de pino, esa en la que te acercas a una flor roja grande antes de que un chorro de agua te deje empapada. ¡Maldito bromista el zar! Cien mil muertos por hacer bromas de colegial. Octave se reía al principio, pero al cabo de un momento se ha puesto a mirarme sin reírse y he comprendido que se ponía serio. No es por jactarme, pero he cogido la costumbre de ese tipo de fase, cada vez que un chico deja de bromear y me mira fijamente, sin pestañear, con ese aire duro y melancólico del enamorado, sé que es el comienzo de las complicaciones. Muy flaco y perdido, con el pelo revuelto, con ojeras y la chaqueta negra, me recordaba a Raskólnikov cuando el borracho en la fonda al principio del libro le dice: “Todos los hombres necesitan saber adónde ir.” Estoy un poco despistada, no sé por qué Octave se interesa por mí más que por otras chicas. Como si no viera que soy caprichosa, vulgar, codiciosa, inconsistente y además idiota y trivial. Cuando me repite que soy shikarno y que tengo los pechos convexos, cuando me apoda su “Juventud” no logro saber si me toma el pelo o si habla en serio. Quizás no sea importante, siempre que pasemos buenos ratos juntos. Como todos los depresivos suspira continuamente, igual que un corredor agotado. Es extraño que los viejos sean más románticos que nosotros. ¡El tiempo que pierden! O bien es como una droga: se chutan en los sentimientos. Por eso quizás siempre he frecuentado a chicos mucho mayores que yo, he fumado canutos desde los trece años, probado el éxtasis y el folleteo el año pasado. Quiero ser vieja para ser libre. En realidad no he tenido infancia, mamá tomaba coca delante de mí cuando yo tenía ocho años, cada mañana en el desayuno había tíos distintos andando en calzoncillos por la cocina y robándome los cereales, yo era agresiva, mentirosa y ladrona, me echaban de todas las escuelas, ahora soy una bebé con cuerpo de mujer, con una cara de niña y un corazón bien escondido que protejo demasiado y que sólo pide llenarse de lágrimas. Siento que esto acabará mal, pero no ahora mismo, por favor, un segundo más, señor verdugo.

Jueves. Olienka se burla de mí todo el día, “así que la starlet”, “hola, bebé Vodianova”, etcétera. Tania sigue enfadada porque he accedido a desfilar después de que Octave la echase como a un trapo viejo. Yo me mato a repetirle que me ha elegido porque acepté interpretar la comedia de la pequeña chechena: como el mundo se burla de nosotras, es hora de pagarle con la misma moneda.

Viernes. Mañana es el día en que haré el ridículo delante de todo San Petersburgo. ¿Por qué siempre tengo la sensación de que todos se divierten menos

yo? ¿Las demás chicas se dicen lo mismo o soy yo la única anormal? Me da igual: sé que soy muy feliz cuando escucho a Michelle Branch toda la tarde, pensando en francés tumbada en el césped del jardín Alexándrovski... Él dijo que nuestra diferencia de edad era sólo un desfase horario. Veo cómo los chicos dejan de hablar cuando me siento en el Tiffany de la perspectiva Nevski. Intentan una expresión agradable pero veo sus ojos inquietos. Mañana, quizás... No quiero que él crea que puedo sentir algo por él. Puede que mi vida cambie, pero si sigue igual no me molesta. Siempre tendré a mi madre y las canciones de mi MP3, ayer por la noche la vi bailar con música de Jerry Lee Lewis hasta las cinco de la madrugada, siempre me quedará la plaza de las Artes y los pequeños puentes sobre los canales donde puedo sentarme hasta la caída de la tarde fumando mierda con Tania... Y Spas Na Krovi, la catedral construida con la sangre de Alejandro II, asesinado por una bomba terrorista el 1 de marzo de 1881. Se diría un cornete de pistacho, vainilla y fresa que se derrite sobre los turistas en pantalón corto.

Sábado. Perdón, no he tenido tiempo de mantener este blog, con todo lo que pasó ayer. Voy a intentar contar el día por orden, sin olvidar nada, pero no será fácil, tantas cosas ocurrieron en tan poco tiempo... Bueno, ¡en primer lugar, gané el concurso Aristo Style of the Moment! No os digo nada nuevo, salió en todos los periódicos. ¡Voy a ir a París a hacer las fotos de la publicidad para Ideal! La ceremonia fue horrible, no veía nada con todos los flashes, ¡pensé que se me iba a crispar el nervio vago y a caerme encima del jurado! Mamá lloró, yo lloré, Octave lanzó gritos en el micrófono, todo el mundo aplaudió a Miss Chechenia en Petersburgo, era surrealista. Fue allí donde empecé a beber, me sentía un poco innoble sobre las baldosas de los camerinos, me miré en el espejo de los baños y flipé sola: primero al pensar que qué hacía yo allí y después porque había ganado; estaba asqueada. Mi madre rompió a llorar de nuevo cuando le presenté a Octave. Realmente necesita un descanso, mi pequeña mamá demasiado emotiva... Octave entró en mi camerino y yo dije: “Mamá, te presento al hombre que ha organizado toda esta velada. Octave, te presento a mi madre.” En lugar de agradecersele, ¡ella se va corriendo con la cara en las manos! ¡La loca! Con una madre así, ¿cómo queréis que yo sea normal?

Después, Octave se sintió muy mal cuando dediqué mi triunfo en el escenario a Vitaly, mi novio surfista, que se ha marchado a practicar snowboard durante seis meses en la Antártida. ¡Al final todo el mundo estaba deprimido porque yo había ganado este trofeo de mierda! Octave aparenta ser más joven de lo que es. Finge que está hastiado pero tiene una mirada tan triste que te dan ganas de estrecharle en los brazos, de sosegarle. Tuve ganas de decirle: “Si quieres yo puedo salvarte, puedo llevarte lejos de aquí, pero no me acostaré contigo.” Es una idiotéz, ya sé, pero creo que se ha enamorado de mí. Una vez, olvidé decíroslo, una noche de la semana

pasada dormimos juntos, le dije a mamá que me quedaba en casa de Tania y en realidad yo estaba en la habitación del hotel de Octave viendo Mujeres desesperadas, pero él había tomado somníferos y entonces no hicimos nada, y no sé si a mí me apetecía o no... Sé que fui fiel a Vitaly pero quizás si él lo hubiese intentado yo habría cedido. Octave decía que me quería demasiado para apremiarme, que teníamos todo el tiempo para hacerlo más adelante, que no tenía prisa. Luego se puso a sudar y a gritar cosas repugnantes. “Tú crees que intento follarme a chicas calzándome un calcetín de caucho en la polla, ¿eh? ¡No entiendes nada! ¡Quiero que me aprietes muy fuerte contra ti y que me expliques lo felices que seremos!” Cosas así. Bueno, lo transcribo aquí porque aquí colecciono frases, al fin y al cabo. Volvamos a Miss Aristo. Después del cóctel de la victoria, me hizo beber también Russky Standard... Quiso que hiciéramos como si nos casáramos en su suite. Como yo estaba bebida, ligué un vestido blanco Isabel Marant en el armario de la agencia y él cogió otra camisa negra y un vaquero nuevo (total, que se vistió igual pero en limpio). Me regaló un anillo de pedida que parpadea y yo le di mi pulsera marihuana. En aquel momento me pareció divertido y nada serio, pero de hecho, vista ahora, la falsa boda fue un poco siniestra.

—Elena Olgavovna Doicheva, alumna de instituto, ¿quieres tomar por esposo a Octave Marie François Parango, publicitario en paro y cazador de chicas, aquí presente?

—Tengo que pensarlo...

—¡Ni hablar!

—Bueno, pues da.

—Octave Marie François Parango, escritor homosexual rechazado y contrabandista de carne, ¿aceptas tomar por esposa a Elena Olgavovna Doicheva, estudiante de novillos recurrentes, aquí presente, para serle fiel y protegerla hasta que la muerte os separe?

—Veamos... ¿puede repetir la pregunta?

—¡Que te den por el culo!

—¡Sí!

Tras el intercambio de asentimientos ante el espejo del cuarto de baño, nos echamos arroz por encima, ¡había por todas partes, hasta en la entrada! Me invitó a bailar el slow, yo elegí Everytime, de Britney Spears, en su iPod Bose (me encanta el clip en que ella se abre las venas en la bañera). Desde que le expliqué que Lenchka quiere decir pequeña Lena, repite sin parar Lenchka Lenchka como un sonado. Es un tío realmente sorprendente. Nunca he conocido a nadie parecido. ¡Es como un niño que hace chiquilladas, tengo la sensación de ser mayor que él! Me hace reír como una loca. Cuando me dijo te quiero, yo dije te quiero mucho en broma, pero yo creo que él hablaba en serio. Es engorroso, pero creo que me gusta que me quieran

hasta ese punto, me alimenta, me da fuerzas. Mi madre siempre me ha puesto en guardia contra los tíos que hacen bonitas declaraciones de amor: son los más peligrosos, te hacen sufrir mucho más que los que se conforman con querer follarte. Te emborrachan con bellas palabras hasta el alba, te comparan con la Venus de Cranach o con Jessica Alba, adivinan tu signo astrológico, sobre todo cuando es Virgo, no les dejes que te hagan perder el tiempo, dice mi madre. Me gusta escuchar la voz de Octave cuando camina a mi lado y me explica cosas, la vida parece más clara con él, más simple y también más entretenida. Miro su chaquetón raído y tengo la sensación de que ya nada es complicado. Cuando me besa a veces abro los ojos para ver si él cierra los suyos. Y como él hace lo mismo, los dos parecemos un par de gilipollas que se besan con los ojos como platos. Entonces los cerramos antes de volver a abrirlos, también al mismo tiempo. Y nos reímos. Es una estupidez. Me gustaría que él fuera mi amigo, un amigo mayor, curtido, que me ayudara a descubrir el mundo. He hablado con Octave de la ausencia de mi padre, de lo duro que fue crecer sin él y encontrar condones por el suelo en el cuarto de mi madre sin saber para qué servía aquel tubo de plástico lleno de leche concentrada. Me contó una historia que me hizo llorar. La de un niño que ve sufrir un infarto a su padre. El niño tendrá unos cuatro años, es demasiado pequeño para comprender de inmediato, intenta levantar los párpados de su progenitor, zarandearle los brazos, hacerle cosquillas. Al cabo de un rato capta que su padre no volverá a moverse. El bebé lleva al padre en sus brazos, es el mundo al revés. Entonces el niño se deshace en lágrimas, pide socorro, está desamparado. Besa la cara de su padre inmóvil... Entonces el padre abre un ojo y se echa a reír. ¡Era una broma, fingía estar muerto, no iba a dejarle en la estacada de este modo! Al secarme las lágrimas, me dijo que acababa de contarme la vida de Jesucristo; es la primera vez que entiendo algo de ella. Jesús no es el Hijo de Dios, sino nuestro padre. Un padre ausente que ha subido al cielo, pero vivo, no muerto. Me llevó a la fiesta en casa del oligarca, yo estaba completamente borracha, me acuerdo de que Serguéi dejaba propinas de diez mil dólares, no he visto nunca tantos billetes juntos. En el coche decía lo primero que se le pasaba por la cabeza:

—Adán y Eva estaban en el paraíso y se lo pasaban pipa con su cuerpo carnal, estaban a gusto, desnudos como robots, no se daban cuenta de que estaban desnudos, y Dios les dijo que no comieran del árbol del jardín del Edén, pero la primera pareja era tan gilipollas como las demás, aquellos dos huevones querían su libre arbitrio, y es lo que nos metió dentro, desde el nacimiento del mundo, esa puta libertad que nos ha destruido, no olvidemos nunca el lema de Félix Dzerzhinski: “Si conserváis vuestra libertad no significa que seáis inocentes, sino que no hemos hecho bien nuestro trabajo.”

En casa de Serguéi la decoración era a base de candelabros y pantallas planas,

cortinas ligeras y camas blancas, yo nunca había puesto los pies en una casa tan bonita, nunca había visto tanta gente sublime y Octave desapareció. Yo no comprendía nada. No volví a verle. No quiero volver a verle. Creo que había un somnífero en mi vaso, no sé quién lo puso, seguramente él, no le comprendo, entró en mi vida con sus grandes palabras y desapareció dejándome totalmente sola, es un cabrón y un sádico y un impotente, y ojalá vuelva pronto mi verdadero novio.

No me acuerdo de lo que pasó después, alguien debió de llevarme a casa, me desperté en mi cama. ¡Vestida con la ropa de la víspera, qué asco! Y con mi porquería de trofeo en la mesilla. (La verdad es que me acuerdo de algunas cosas pero me da vergüenza contároslas. Gocé muchas veces, gritando como una auténtica puerca.)

Lunes. Tengo catorce años y tres meses: Octave me ha dicho que es la edad de la Julieta de Shakespeare. De todas maneras, Jerry Lee Lewis, el ídolo de mi madre, se casó con su prima Myra cuando ella tenía trece años. A los trece, yo me rellenaba el sujetador con algodón para entrar en la disco. Fumaba porros en clase todos los días, tomaba éxtasis pero nunca coca (tantos malos viajes de mi madre). Siempre he salido con tíos mucho mayores que yo, odiaba la escuela, me expulsaron diez veces, era agresiva por timidez, mentía sin parar y robaba en las tiendas: ¡una verdadera cleptomitómana! Me desfloraron a los trece años, con una trompa mortal, yo soplaba mucho, como todos los alumnos de mi clase, los tíos eran sustitutos de mi padre, os digo todo esto muy deprisa para explicar por qué la fiesta en casa de Serguéi no me traumatiza. Yo me decía a menudo a mí misma: ¡entro en el Oneguín y ni siquiera tengo la regla! Mentía sobre mi edad, decía que tenía diecisiete años, me maquillaba y me vestía de mayor, con los ojos pintados, unos tacones muy altos, unas faldas muy cortas. Muchas veces dejaba a los tíos para no tener que follar. A los trece años todas las chicas de mi clase ya habían follado pero yo no tenía amigas, mi belleza les ponía celosas y a mí me volvía asocial, y como cambiaba con frecuencia de escuela de todas maneras no tenía tiempo para encariñarme. El año pasado me obligué a acostarme sin placer y me alivió mucho librarme de aquel peso. Tengo ganas, sin embargo, de mudarme a Tashkent. Allí vives como un príncipe, en una casa con criados, por cien dólares al mes. La comida es deliciosa, la gente es educada, hace bueno, le he escrito a Vitaly que podríamos ser felices en Tashkent, que me gustaría ser su princesa uzbeca después de haberme hecho pasar por una top-model chechena. Tengo que irme de aquí. He firmado mi contrato con Ideal, tengo el billete de avión en el bolsillo, Serguéi me acosa con su móvil. Mi new life empieza... Reanudaré este blog cuando pueda, ¡y si no adiós y perdón por dejaros plantados, mis numerosos fans y grupis !Nichevo strashnovo... (No pasa nada, no importa...)»

EXTRACTOS DEL INTERROGATORIO DE LA SEÑORITA LENA DOICHEVA POR LOS SERVICIOS DEL OURPO, REALIZADO EN LOS LOCALES DEL FSB DESPUÉS DE LA CATÁSTROFE

«Él estaba perdido, yo me buscaba, nuestro encuentro era fatídico. No, el látigo no, por favor, me portaré bien..., utilice mi boca y déjeme marcharme, yo no soy responsable de esta tragedia. No, no soy chechena, era una mentira para complacer a Ideal, y de todos modos, aunque fuese chechena, ¡eso no me convierte AUTOMÁTICAMENTE en una shahid! ¿Puedo telefonar?, conozco a personas de las altas esferas, no quiero problemas, y si usted tampoco los quiere, ¡más vale que me suelte! (...) No tengo nada que ver en ese asunto, sólo que conocía al francés, que me contactó de parte de un cura ortodoxo al que mi madre había conocido en París cuando trabajaba allí de camarera en un restaurante. Quería proponerme que hiciera una carrera de modelo internacional. Nos vimos varias veces en San Petersburgo. Sí, tuvimos una relación, pero puramente platónica. Era un hombre encantador, parecía muy prendado de mí, soy muy joven, él me metió un poco en su delirio romántico, era como en una película, bueno, eso creo, ya no sé, me ha hecho daño en la espalda hace un momento, por favor dígame al señor lúbrico que deje de mirarme, ¿puedo ponerme la blusa, por favor? Para responder a sus preguntas no hace falta estar desnuda de cintura para arriba. (...) Octave me salvó, ya sé que nadie quiere oír algo semejante, pero es cierto. Como dice la vieja en la película Titanic: “Me ha salvado de todas las maneras en que se puede salvar a alguien.” Excepto una. Sí, podría decir que tuve un miniflechazo por ese hombre, pero nada más. Coqueteamos un poco en su habitación, nada extraordinario, él decía que yo le intimidaba, que era demasiado joven, que esperaba a mi mayoría de edad. Yo no podía sospechar que estuviese tan trastornado psíquicamente. Era tranquilo y considerado, hasta que puso fin a nuestra historia sin informarme de nada, después de una fiesta en casa de Serguéi Orlov, el presidente del consejo de administración del grupo Oilneft. Pero fue él el que había insistido en llevarme a casa de su amigo. Yo no creía que fuese capaz de estar celoso: cuando me presentó a Serguéi, éste le preguntó: “¿Estáis juntos?”, y Octave respondió: “No, estamos felices.” Supe después que había intentado localizarme muchas veces en casa de mi madre, pero yo estaba en Courchevel con Serguéi y había cambiado de número de móvil. Sin duda pensó que cometiendo ese crimen podría reanudar la relación conmigo... Es un poco como lo del loco que disparó al presidente norteamericano para seducir a Jodie Foster. Mi madre me contó esta historia horrible... (sollozos). No comprendo lo que se le pudo pasar por la cabeza al francés. Es espantoso, espantoso... Parecía inteligente, tenía las manos bonitas, no comprendo, besaba como una chica... ¡Bueno, con la barba, me daba más bien la sensación de besar a un ezhik (erizo)! ¿Qué podía hacer yo? ¿Cómo habría podido adivinar que llegaría a tales extremos?

Ahora mi carrera está arruinada, estoy jodida, quemada en el sector, ¿qué va a ser de mí? No tengo nada que ver en ese día horrible. Soy para siempre la hija de la desgracia. Mi madre llora sin parar, déjeme hablar con ella, en definitiva fue ella la que me dijo que fuera a la cita, es a ella quizás a quien debería hacerle estas preguntas... Olya está rara desde el drama. Se encierra en su cuarto, reza todo el día, como si fuera culpa suya. No consigo consolarla, a mi Olienka... Aborrece a Octave, le guarda un rencor enorme, yo también, por cierto, tenía un aire tan amable, ¿por qué le ha tenido que suceder este cataclismo a nuestra familia? (silencio). Menos mal que tengo a Serguéi, puede llamarle, no apreciaré sus preguntas, mejor haría hablándome de otro modo, ¿tiene algún problema? ¿Cuál es su número de matrícula, por favor? No, no veo por qué Serguéi tendría que ver algo con el atentado, no estamos en 1999, la guerra ya no necesita justificaciones, ay, AY, pare, lo decía en broma, ya no sé lo que digo, estoy tan cansada... (...) Señor, por favor, desáteme, se lo ruego, lo único que pido es un vaso de agua sin polonio dentro, llevo dos días sin beber ni dormir, me gustaría que me devolvieran mi ropa, spasibo, no, piedad, no me pegue más con la manguera, yo... colaboraré, sólo un vaso de agua, por favor, me duelen las muñecas y el vientre, tengo calambres, no quiero que vuelva el otro señor, se lo ruego, me hizo mucho daño la última vez en el pecho con las pinzas eléctricas...»

(traducción de Igor Sokologorsky, de la Embajada de Francia en Moscú)

EXTRACTOS DE LA DECLARACIÓN BAJO JURAMENTO DE SERGUÉI ORLOV, PRESIDENTE DE OILNEFT

«Conocí a Octave Patango por mediación de un amigo corso que me vendió uno de mis yates y una casa en Porto-Vecchio en la que aún no he tenido tiempo de poner los pies. Buscaba modelos nuevas para una agencia de modelos franco-americana y le ofrecí mi ayuda porque yo mismo era accionista de varias agencias de comunicación de Moscú y San Petersburgo. Hice estudios superiores de matemáticas, no sabía que llegaría a ser profesor de economía y luego banquero e industrial, empecé de barrendero, me eduqué yo solo en los años noventa gracias al sistema “préstamos contra acciones”, y no debo nada a nadie. El grupo petroquímico Oilneft posee varias fábricas de componentes cosméticos que abastecen en particular a la sociedad Virgin Tears e Ideal Mundo. Por intermedio de esta última empresa tuve varias entrevistas con Parango el año pasado (él reclutaba chicas nuevas para la marca líder), pero nunca recordó ni mencionó delante de mí ni en presencia de mis allegados su macabro proyecto. Preciso que yo ignoraba totalmente sus antecedentes penales, y en especial que había cumplido una pena de prisión en Francia por complicidad en un asesinato perpetrado en Estados Unidos (homicidio de la señora Ward, expediente adjunto 99F). Cada vez que criticaba a Rusia yo le tomaba por un chistoso, un artista, un socialista de salón (había publicado un panfleto contra la publicidad en Francia, y según mis informaciones también había aconsejado al candidato del Partido Comunista francés durante las elecciones presidenciales de 2002). Las armas que sustrajo de mi domicilio en San Petersburgo estaban bien guardadas en una sala blindada: no sé cómo se las arregló para entrar. Inmediatamente me brindé a proporcionar al FSB y a la policía de Moscú la lista de empleados de mi servicio de vigilancia, por si estos elementos resultasen útiles para la investigación, ya que no se pueden descartar complicidades dentro de mi propio personal de seguridad. El consejo de Oilneft está a disposición de las autoridades a fin de que se esclarezca el más grave atentado terrorista que se ha producido en Moscú desde 2002. El grupo Oilneft desmiente formalmente todos los rumores relativos a la existencia en Chechenia de una supuesta fábrica de tratamiento de leche materna o en Komsomolsk de un centro de producción de lágrimas humanas, que retendría contra su voluntad a unas obreras con objeto de revender su producción como cosmético antienvjecimiento. Las acusaciones de la Novaia Gazeta son fantasías grotescas: nunca ha sido establecido ni demostrado el vínculo con los sitios Internet sadomasoquistas de flagelaciones y crucifixión de mujeres jóvenes (extreme-pain.org, whipped-ass.com, extreme-brutality, inhuman-sadism, executions-of-virgins, teen-tit-torment y crucified-teens), y como presidente del grupo Oilneft las desmiente categóricamente. En cuando a fragile-hostage.com, unwantedfuck y fresh-russian-tears, son etiquetas depositadas por otra filial del

grupo que comercializa dvd sm de carácter pornográfico en los que todos los participantes son mayores de edad y han expresado su consentimiento. El rumor calumnioso es una tentativa puritana de desestabilización profesional inadmisibile, dirigida contra el prestigio de las marcas de nuestra empresa, que será como tal perseguida por la misma ante las jurisdicciones competentes, tanto en la Federación Rusa como en otras instancias (Ideal Mundo ya ha presentado una denuncia ante el Tribunal Europeo de Justicia). No tengo nada que añadir sobre este asunto, que me consterna y entristece como a todos los ciudadanos de nuestra ciudad, en especial a la comunidad ortodoxa de la que formo parte, pero también a mi familia y mis allegados, cuyo dolor ya se imaginan ustedes. Quiero recordar que, a pesar de mis orígenes judíos, a partir de 1994 fui miembro fundador del comité de donantes que asumió financiar la construcción de la catedral de Cristo Salvador. Permítanme que exprese un sentimiento de solidaridad y de afecto a todas las familias de las víctimas afectadas por este acto horrible de destrucción y de blasfemia. Me sumo a las oraciones de toda la Rusia Unida y presto mi apoyo indefectible al presidente Putin en su combate por la verdad. Un día habrá que pensar en erradicar de nuestro sagrado territorio a todos esos boevikí y castigar a todos los que quieren mancillar la grandeza nacional y el alma de nuestro país eterno. Este combate es el de nuestro presidente y será el de su sucesor, sea quien sea el candidato elegido. Mientras peligros tan extraordinarios amenacen nuestra cohesión nacional, harán falta hombres voluntariosos a la cabeza de nuestra democracia.»

Cuarta parte

Otoño

(«Osien»)

¡Mi encantadora, mi inolvidable! Estaré contigo mientras el hueco de mis brazos se acuerde de ti, mientras sigas en mi espalda y en mis labios. Dedicaré todas mis lágrimas a algo que sea digno de ti y que perdure. Grabaré tu recuerdo en imágenes tiernas, tiernas y tan tristes que parten el corazón. Aquí me quedaré hasta que así sea. Y después me iré yo también.

BORÍS PASTERNAK, *El doctor Zhivago*, 1957

1

Tengo en la frente un pelo blanco que se agita como una bandera del mismo color: me rindo para evitar la muerte. Gracias por acogerme de nuevo en tu morada de mármol, padre Ierojpromandrita. Estoy de coca hasta las patas. He vuelto a caer de narices desde hace tres semanas, ¡ja, ja, ja! La lluvia de otoño me consume la sangre. No comprendo nada de tu cielo blanco: tan pronto nos hiela como nos sofoca. ¡Y yo que planeaba jubilarme en Rusia! Tus ovejas te necesitan, no abusaré de tu sagrado tiempo con mis patrañas polvorientas. Quería pedirte que me perdonaras mis relatos escabrosos de la última vez, y sobre todo agradecerte que no se los contaras a las autoridades. Comprendo perfectamente tu reacción dolorida. El secreto de confesión no justifica que se sufran descripciones de un desequilibrado durante todo el día. El Botox paraliza los músculos, me haría falta una inyección en el cerebro. ¡Perdóname 77 veces 7, o sea, 539 veces! Sé perfectamente que no tenías ningunas ganas de volver a escucharme, sobre todo después de haber traicionado tu confianza pervirtiendo a la muy graciosa Lena Doicheva. Lamento muchísimo haberme visto obligado a colocar cargas de dinamita todo alrededor de tu sublime edificio, a rodear de plástico el conjunto de sus pilares majestuosos y a envolverme el abdomen de explosivos. Naturalmente, sería deplorable que apretase este detonador, pero al fin y al cabo Stalin ya destruyó esta catedral en 1931, ¡y Jruschov incluso llegó a hacer una piscina descubierta climatizada! La más grande del mundo, ¿te acuerdas? Se veía desde lejos, con su columna de humo que subía al cielo, rodeada de nieve, el vapor tibio parecía un champiñón atómico... Sólo en el recuerdo nos gustaría volver a ver un espectáculo semejante. Los inmuebles son maleables como nuestra existencia, ¿verdad? Qué extraño lugar santo, sombrío y luminoso. ¡Adoro tu nave húmeda y desierta, pero a veces me estresa! Cuando pienso que Stalin quería sustituirla por un rascacielos gigantesco, más alto que el Empire State Building, la «Torre Lenin», con la estatua del fundador de la URSS en la cima, ¡aquel querido Vladímir Ilich Uliánov, con su mentón peludo como el mío, de pie entre las nubes, mostrando el camino hacia la verdad en un solo país! ¡Y quería que esta estatua fuese más grande que la Estatua de la Libertad! ¡Un buen hatajo de enfermos, eh! Sería una pena que de tu iglesia sólo subsistiera el parking subterráneo, donde está aparcado mi coche en este mismo momento. Lo aprecio mucho: un Cayenne flamante, con asientos de cuero y tres lectores de DVD, un regalo de mi Nuevo Ruso preferido. Te lo ruego, impide que lo triture un montón de cascotes, aunque sean sagrados.

2

Como sabes, mi teólogo, cada vez que estoy deprimido me gusta visitar a Jesucristo. Este hombre es mi antídoto. Como tú eres su digno representante, haré cualquier cosa por confiarme a ti. No te preocupes, no quiero que haya víctimas. Es cierto que me siento mejor en cuanto me arrodillo en tu reclinatorio; la iglesia es mi ansiolítico. Jesús está muy bellamente iluminado detrás de tu altar. Todas las velas del peristilo reaniman mi corazón. ¿El Mesías se sacrificó realmente por nosotros, como un kamikaze checheno? No sigas alternando esa mirada irritada y después consternada. Lo que es indudable es que Cristo acabó mal. Sí, tienes razón. Resucitó. Me encantaría imitarle. Los musulmanes no son los únicos que pueden ser mártires. Los cristianos que se arrojaban al foso de los leones, ¿no hacían saltar a otros? Pues bien, quizás ha llegado el momento de que eso cambie: seré el primer kamikaze católico que volará una catedral ortodoxa. ¡Cristo Akbar! Yop la bumski!

Quédate sentado, oh patriarca. Tienes que escucharme hasta el final; no me obligues a transformar la catedral de Cristo Salvador de las Aguas en Zona Cero bajo el Moscova. Sabes muy bien que si avisas a la policía no vacilará en gasear con Fentanil a todos los fieles que se encuentren debajo de esta cúpula, o nos atacará con lanzallamas, sin poder impedir que yo desencadene la explosión. Más vale escuchar pacientemente mi confesión, darme la absolución y dejar que me vaya en calma y sereno. En cuanto haya conseguido que regrese Lena Doicheva, te prometo que desapareceré definitivamente de tu vida. ¿La religión ortodoxa prevé el perdón de los pecados? Te lo suplico, presta atención a mi queja, sólo soy una oveja sarnosa que se prosterna a tus pies. Te aseguro que nadie sufrirá ningún daño si los medios de comunicación difunden mi llamamiento y la chechena rubia que ganó el Aristo Style Contest de San Petersburgo muestra la punta de su nariz respingona. Mientras hablo contigo, Lena se ducha en alguna parte del mundo, el jabón corre por su torso, es inadmisibile. Estoy aquí para pedir socorro y perdón.

3

Espera que esnife una raya, la línea París-Vladivostok con escala en Novosibirsk... ¡Querido, he encogido la coca, guau! ¡La peor gilipollez que se puede hacer con esto es dejarlo! ¿Seguro que no quieres un poco? ¡Oh santa ventanilla de la nariz inmaculada! Peor para ti, my Lord. Yo tomo porque me ayuda a hablar. Así que voy a volver al origen de mi disgusto con Lena y tú me vas a escuchar pacientemente porque tu trabajo consiste en amar la vida y en defenderla. Y te comprendo: yo también me he aferrado muchas veces a la vida. A partir de los cuarenta años, cada vez que ves una cosa te dices que quizás sea la última vez que la ves. Estar convencido de que has sobrepasado la mitad de tu vida modifica un poco el comportamiento. Quizás no estaría aquí si tuviese veinte años menos. Ya te lo dije, hasta que conocí a Lena me consideraba un enfermo sentimental. Cuando te han criado nodrizas diversas y padres intercambiables, aprendes rápido a no encariñarte nunca. En la adolescencia, las chicas no me hacían demasiado caso; hoy, por motivos profesionales, me quieren un poco demasiado. No conozco el secreto del amor. Soy un minusválido del altruismo. No he tenido la suerte de encontrar a tu Señor, y por desgracia, hasta hace poco, no había conseguido encontrar a algún otro. Es tristemente trivial en los países ricos: hace mucho tiempo que ya nadie se interesa por su prójimo. Quizás aquí en Rusia todavía no os dais cuenta: nuestra civilización ya no descansa en el deseo, al abusar de él lo ha destruido. Durante mucho tiempo tomé por una forma de libertad lo que llamamos individualismo. Pero ahora ya lo sé: la libertad sólo conduce a la impotencia delante de la pantalla plana, al suicidio en un cuarto de baño provisto de espejos. La libertad, ¿qué libertad? ¿La de cascársela delante del espejo? ¿La de no depender de nadie? Ponemos la libertad demasiado alto. ¡La libertad es sólo otra mentira, una ilusión, otra utopía! El individualismo: ¿gran victoria de la filosofía de las Luces o el advenimiento de la soledad más narcisista de la historia de la humanidad? En este país la libertad tiene la misma edad que Lena. La libertad es una adolescente en Rusia. La verdad es que la gente pasa completamente de ser libre, tú estás en una buena situación para saberlo: se conformarían perfectamente con una razón para vivir.

Lena creyó que yo la trataría como a las demás, todas esas putas que le bosquejaron mi retrato de monstruo sexual. Ah, joder, ¿cómo habría tenido la menor piedad por seres que no me inspiraban ningún sentimiento? No tienes nada que perder cuando no quieres a nadie. No es nihilismo: es capitalismo. Una civilización de blandos y de cobardes, un sistema policial donde tienes miedo del vecino. Me acuerdo de que en París me tranquilizaba lamentando la miseria de los países pobres en la televisión. Me parecía que el sufrimiento de los desposeídos ridiculizaba el mío.

Inconscientemente, si accedí a instalarme aquí no fue por cazar carne fresca, sino para saber si yo era un ser humano. Os tomaba por un país tercermundista, lleno de Ladas cuadrados. (¿Conoces el acertijo ruso: qué diferencia hay entre un Lada y el sida? El Lada no se lo puedes pasar a nadie.) Enseguida me di cuenta de que no había comprendido nada de Rusia. He leído a vuestros autores, estudiado vuestra historia y vuestra religión y ahora empiezo a entrever la verdad: estáis tan perdidos como yo, pero vosotros lo aceptáis. Soñáis con ganar en el casino sin trabajar, con heredar de un día para otro una fábrica de gas o un yacimiento de petróleo, como Mijaíl Prójorov o el pescador de Pushkin al que le regalan un castillo a cambio de un pez dorado. Sois irrealistas, como diría Pierre Mérot. Entre la riqueza y la libertad habéis escogido la riqueza. Yo debería ser ruso; me gustaría haber nacido en este país irrazonable en vez de en Bearne, mi planeta arrinconado entre montañas y océanos. En la Villa Navarre sentí lo mismo que los rusos en Rusia: en otro tiempo estábamos en casa y ahora ya no lo estamos.

Entre vosotros sólo he frecuentado a ricos, porque mi trabajo consistía en buscar mujeres bellas y esas mujeres van con los ricos, los que no circulan en un Lada. En Moscú hay 280.000 millonarios en dólares; esta marca mundial da mucho donde elegir. Es uno de los secretos del oficio de cazatalentos. El medio más rápido de entrar en contacto con un gran número de chicas guapas en cualquier país es frecuentar a los multimillonarios. Con ellos he descubierto que el dinero mata al amor, que no se habla de esto en las cenas pero que el amor ya no es posible por encima de un determinado nivel de vida. De todos modos, creo que el amor no existe ya, que las condiciones del amor no se dan ya en nuestra civilización sin inocencia. ¿Cómo quieres enamorarte si en Rusia el romanticismo ha sido severamente castigado? Lo que murió en 1991 no fue sólo la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, sino la credulidad humana. La consecuencia del fracaso del comunismo es la imposibilidad del compromiso en cualquier terreno, político o personal. Y esta derrota no solamente concierne a Rusia, sino al mundo entero. El hedonismo es la ideología de la gente que ya no tiene esperanza. Toda quimera está ya prohibida. La globalización nos convierte en tecnoconsumidores pesimistas y resignados. El amor es un sueño prohibido, como todos los demás sueños, aparte de los créditos rotatorios. El siglo XXI no se recuperará de haber ridiculizado el lirismo.

Cállate, por favor, devoto cartofilax, ¿ves mi pulgar? Basta con que baje esta palanca para que el polvo vuelva al polvo. Dostali! Sólo te pido que escuches mi relato y después llamaremos a Lena juntos por medios de comunicación interpuestos. Volverá cuando vea su nombre al lado del mío en uno de los periódicos y telediarios..., y si no vuelve, moriremos juntos, ¿qué más da? Nada que perder. La nariz me gotea, sorbo lágrimas de droga. Me mataste en San Petersburgo... ¡Petersburgo, oh Petersburgo! No está mal repetir el nombre varias veces, hace poeta. Lo que me partía el corazón cuando Lena me contaba su infancia era que parecía que estaba contando la mía. Una infancia sin padre, la soledad interminable, la madre triste... La vida de Lena se confunde con la mía. De todas maneras, hoy todo el mundo tiene la misma vida que yo. Nuestras historias nos unen y cuánto me gustaría que nuestros destinos se confundieran. Los rusos dicen que hay que vivir en Moscú y morir en San Petersburgo: en el fondo, ¿no es lo que he hecho yo?

A Lena la amé a pesar de su belleza. Te lo aseguro, no sólo me atrajo su físico sino su congoja, su vergüenza de ser hermosa, su malestar radiante. Siempre he pensado que la cosa más erótica del mundo sería una rubia joven, más bien afectada, que dijera cosas supercabreantes como «Buenas noches, ¿cómo te llamas?». La inalcanzable chica en flor, con un top traslúcido en un prado, bajo las largas nubes blancas virginales sin fin, o con un picardía de baby-doll en un sofá hundido. Es lo más estético que hay, el pelo amarillo sobre un fondo gris pálido. Sin embargo, debo reconocer que quería jactarme de poseerla. Quería pavonearme a su lado, recibir destellos, la lluvia de desechos de su grandeza, recoger sus migajas de estrella. Esperaba que ella me contaminase. Como todos los acomplejados, ansiaba codearme con lo bello, adorarlo como un sacramento. Gozaba paseando por las calles de San Petersburgo con una criatura tan espléndida en el crepúsculo lechoso. ¡La cara que ponían los tíos con que nos cruzábamos! Adoraba que me detestasen. ¡Sobre todo los franceses! Al mirar a Lena caían mentalmente de rodillas, después sus ojos se volvían hacia mí, que la llevaba cogida de la mano, y me deseaban la muerte. La mirada de los demás me galvanizaba cuando intenté hacerle el amor en la habitación 403 del Hotel Europa, al final de la tarde, después del paseo hasta Peterhof. Por eso pienso que todos los hombres que aman a las mujeres bonitas son maricas. Piensan en la mirada de otros hombres cuando se las follan. Cuando sales con una mujer muy hermosa, siempre hacen el amor más de dos. Todos los demás chicos que están locos por ella están también en el cuarto cuando la ven desvestirse, y su presencia añade pimienta a todos los gestos. Yo les oía murmurar: «Vamos, Octave, tómala por nosotros. Házselo por todos los que no se lo haremos nunca. En nuestro nombre.» Sí,

yo hacía el amor a las mujeres pensando en hombres. Baudelaire estaba equivocado: lo que es un placer de pederasta no es el trato con las mujeres inteligentes, sino amar a las mujeres más hermosas del mundo. Ésa es la explicación de mi fiasco absoluto de aquella noche: una presión excesiva. Me imaginaba a tres mil millones de hombres silbándome. Nunca he transpirado tanto de vergüenza, y no tenía ninguna viagra encima. Fue un desastre completo.

—Qué gilipollez: tenía ganas de hacerte el amor ocho horas seguidas.

—Ah, no, es demasiado tiempo.

—Tienes razón: ocho minutos son más que suficientes. Qué lástima.

—No insistas, no vale la pena.

—He bebido tanto vodka con benzodiazepinas que ya ni siquiera estoy borracho.

Lena, ahora te voy a decir lo que pienso de verdad.

—¿Puedo encender un pitillo antes?

—Joroshó.

Encendió su cigarro y la llama de la cerilla hizo que sus ojos pareciesen un río donde olvidé totalmente lo que quería decirle. Algo como: el amor es la causa de las disfunciones técnicas.

—¿Lena?

—¿Mm?

—Llego al final de mi vida.

—Mm.

—Pronto llegará el fin.

—Mm.

—Voy a fallecer.

—Mm.

—Lena, soy una persona muy desgraciada que se rodea de belleza porque confunde la belleza y el bien.

—No eres tú, sino Platón el que los confunde. Tu tristeza te vuelve atractivo y no lo sabrás nunca. ¿Por qué anotas todo lo que digo?

—No tengo memoria. Mira lo que he apuntado en mi libreta: es mejor que no hagamos el amor porque, en vista de tu sensualidad fogosa, intuyo que habría sido sumamente agradable y por lo tanto nos habría encantado follar, lo habríamos hecho continuamente aullando y habríamos sentido tanto placer que habríamos corrido el riesgo de ser felices y entonces esto habría sido una auténtica mierda.

Su pelo: cascada rubia, un incendio en las sábanas. Era como si la almohada se hubiera incendiado.

—You set my bed in fire.

—Apágame.

—Me falta mi mono de amianto y mi máscara de gas. ¡Socorro!

—¡Perdón!

Mientras yo le hablaba, ella mandaba mensajes a su chorbo. Debería haberme cabreado, pero ¿podía elegir? Lo más humillante fue cuando se durmió mientras yo le recitaba el Cantar de los Cantares: «Sustentadme con pasas, reanimadme con manzanas, que estoy enferma de amor...» Cuando la despertaron mis besos en su cuello blanco, no se debatió ni se quejó, sino que se dejó besar dócilmente, ronroneando como un gato que espera educadamente a que le dejen en paz. Nunca me concedió la menor declaración romántica, ni siquiera la más mínima alusión indirecta ni litote a lo Corneille (algo como: «Vete, no te odio nada»). Solamente una vez, aquella noche famosa en que dormimos juntos, se le escapó un suspiro en mitad de la noche: «Me siento rara...» Lena pertenece a una generación que se prohíbe amar hasta el punto de que ignora incluso hasta el verbo. El amor está tan muerto que prefiere decir «me siento rara» antes que arriesgarse a un «te quiero», demasiado peligroso y trillado. Me acuerdo claramente, dijo: «I feel weird», a la manera de Louis Jovet en casa de Marcel Carné. «¿Ha dicho raro? Qué raro...» Es cierto que en el siglo XXI el amor es un drama extraño.

¿Cómo, mi stárchestvo? Te creo de buena gana, desde luego. Cuando la existencia de Dios te fue revelada, comprendiste que el éxtasis no necesitaba ser carnal. Desde que una mañana sentiste con fuerza que Él te amaba, crees en otras formas de orgasmo. Amén. Yo creo en Ella. Lena Doicheva sentada en un banco, con la barbilla levantada hacia el mar Báltico, bajo la blancura de la luz cenital. Si cierro los ojos huelo su perfume y podría desmayarme. Santa Lena, hija de Dios, ruega por nosotros, pobres pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. ¿Conoces esa canción de Elvis que se titula *The Devil in Disguise*? Hazme este favor: convócala inmediatamente. Si tú la llamas ella vendrá, estoy absolutamente seguro. Es mi única reivindicación. Que venga aquí y me irá con ella sin herir a nadie. Le explicaré que estaba demasiado enamorado para poder tocarla. Comprenderá mi pureza ante su pureza. La náyade es bendita entre todas las mujeres. Llamaremos a un coche bajo la nieve y ya nunca seré abandonado. Envejeceremos juntos en una casa lejana, a la orilla de un lago, con un gran jardín donde siempre será verano, sin que se ponga el día, nunca septiembre. Aquí todos los coches son taxis: un desconocido nos hará desaparecer entre los pueblos uraloaltaicos a cambio de algunos rublos arrugados. Me habló de Tashkent, sé que ella quiere vivir allí. Le dije que estaba de acuerdo en llevarla a cenar al restaurante Uzbekistán, siempre que no me obligara a comer plov en todas las comidas. ¡Me da igual, la seguiría hasta Chechenia! Joroshó, padre, espero aquí, pero cuidado, no apartaré el dedo de este detonador. Impídemelo que lo vuele todo. Mi vida ya no tiene importancia, estoy hundido, te juro que estoy dispuesto al gran salto. Tienes cinco minutos. Spasibo, oh diácono supremo de vellosidad poblada. Tú tienes toda la culpa: no estabas obligado a darme acceso al amor eterno.

6

Ahora que el cura se ha marchado, puedo meterme otra raya.

(un silencio de trescientos segundos, con el sonido de mi respiración por toda compañía)

Mis pensamientos en este momento:

Al final de la Biblia, el Apocalipsis presenta el fin de los tiempos como una buena noticia. El año 2005 fue el más caluroso desde hacía doce mil años: yupi. Pronto Moscú estará al borde del mar y se visitará San Petersburgo en batiscafo. Groenlandia pierde como mínimo cien mil millones de toneladas al año. No comprendo por qué los terráqueos temen tanto que Groenlandia se derrita, que los desiertos avancen, que la atmósfera se recaliente, que el nivel de los mares se eleve o que se deforesten las selvas amazónicas: deberían alegrarse de asistir a la salvación de la Historia. Más del 60 % de los ecosistemas están degradados, la mitad de las especies de peces van a desaparecer de los océanos de aquí a medio siglo. Las emisiones de gas con efecto invernadero siguen aumentando, el número de cánceres precoces y de malformaciones congénitas crece sin parar, la fertilidad disminuye: la humanidad se está autodestruyendo. El mundo toca quizás a su fin pero no es una catástrofe, puesto que el fin es un principio. (En mi juventud, Apocalipsis era incluso el nombre de un local nocturno de París, rue du Colisée... Hoy se llama Los Tablones y la edad media de sus clientes es de quince años, como en el System, el nightclub de Auschwitz. ¡Si nuestros hijos supieran sobre qué historia bailan!) Nuestro modo de vida acelera el movimiento final y los lobbies petroleros se resisten al cambio. Quizás los presidentes del consejo de administración de las multinacionales tienen, como yo, prisa en asistir a la apoteosis terminal. O bien:

Solamente se vengan De no tener ya quince años.

Ah, ya estás aquí por fin. Estaba a punto de poner fin a muchas vidas. Me habría desolado hacerlo. ¿Pero un cadáver despedazado tiene ocasión de afligirse? Mira por dónde: ¡¿hay una noticia buena y otra mala?! Prefiero empezar por la buena, por si acaso morimos antes de que acabes tu frase. ¡La buena noticia es que llega Lena! ¡Maravilloso! Bátiushka, te adoro, soy demasiado feliz, tiemblo de pensarlo, la felicidad me da miedo. ¡Aleluya, páter! Me gustaría tanto que esta historia terminase bien. ¿La mala noticia? Vale, las fuerzas especiales rodean el lugar. Me lo figuraba y me importa un bledo. Conocemos su táctica: van a esperar a que me adormezca para enviar las armas químicas y al comando «Spetsnaz», lanzador de granadas. Con todo lo que me he tragado me quedan unas diez horas. ¡Que Dios te bendiga! Supongo que debe de hacerlo periódicamente, porque te lo mereces. Llega Lena, estoy intimidado... ¡Pues bien, la esperaremos juntos!

Tengo que contarte la única noche que pasé con ella. Le pregunté qué estudiaba en el instituto. Se puso a hablar de física nuclear mientras se quitaba sus botas embarradas.

—Ayer aprendimos la paradoja de Schrödinger.

—¿Ah, sí?

—¿No conoce el gato de Schrödinger?

—No, y puedes tutearme.

—Es algo que data de 1935. Schrödinger imagina que metemos un gato en una caja envenenada por la desintegración de un núcleo de uranio. Llega a la conclusión de que un átomo radiactivo es una combinación lineal del gato muerto y del gato vivo. Se estudia esto en clase de física.

Yo sabía que los rusos eran más eruditos que los franceses, y en consecuencia sólo estaba sorprendido a medias por sus conocimientos del nivel de un investigador del CNRS. Mientras me describía el experimento de Schrödinger, se soltaba uno a uno los botones de su blusa abombada.

—No entiendo nada de mecánica cuántica... Lena, no estás obligada a desvestirme, simplemente podemos tomar una copa y después te llevo a tu casa...

—Un átomo no tiene un estado determinado. A la vez está excitado y a la vez está muerto. Es una combinación lineal de ambas cosas. Lo macroscópico no reacciona como lo microscópico.

Al pronunciar estas palabras,
Se quitó lo de arriba.

Yo ya los había visto en fotografía, pero ahora me saltaban a los ojos su blancura,

su redondez de planetas, su principesco desafío a la gravedad. Aquella carne tierna, desnuda, redondeada, pureza suspendida en aquel pequeño torso infantil..., lamentablemente no me atreví a acercarme con la punta de mis dedos a semejante tesoro rosa, mórbido, cálido.

—¡Es increíble lo firmes que son!

—¡Si no lo fueran, a mi edad, sería un fastidio!

Yo sentía una empatía absoluta con el gato de Schrödinger, a la vez vivo y muerto: hendido. La mujer niña me tomó de la mano para posarla sobre el brote de su pecho radiactivo y yo estaba en el paraíso de los fallecidos, en medio de toda aquella multitud de hombres que me animaban como electrones, todos los deseos masculinos de todas las calles celosas del mundo que giraban a mi alrededor y se concentraban en mi mano que palpaba, envolvía, vibraba, se estremecía, pellizcaba, manoseaba los contornos de la superficie del corazón de la galaxia en fusión del pezón. El sistema solar es un átomo. Lena es el sol. Nunca he maullado más que aquel día.

Podría hablarte de Lena en el Fashion Lounge de San Petersburgo aspirando la boca de su amiga Luisa, de Lena en Moskva, el restaurante situado en la cima de un inmueble, mirando el sol incapaz de ponerse sobre el río, de Lena en el Zabavaboat, el barco de table dancing que se bambolea bajo los zancos de las strippers a las que ella devoraba con los ojos, o de Lena con los ojos abiertos de par en par como el Palacio de Invierno, en albornoz, saliendo del cuarto de baño de mi hotel, con un vaso de zumo de pomelo en la mano y cepillándose los dientes con la otra, de Lena zapeando en la televisión por cable en braguitas rosas, o de Lena escuchando sin parar *I Just Don't Know What to Do with Myself* (la versión que de Dusty Springfield hacen los White Stripes) en su iPod y pescando una aceituna de una copela entre el pulgar y el índice, antes de llevársela a los labios y escupir el hueso preguntándome por qué me quedo plantado con la boca abierta, o la misma escena con su dedo metido en el tarro de mermelada que se mete en la boca y luego vuelve a la mermelada y luego vuelve a chupárselo, gestos que te vuelven loco, o de la habitación de Lena en la calle Grazhdanskaia, con todos sus productos de belleza abiertos y en desorden, porque es incapaz de reponer un tapón o de ordenar un vestido de otro modo que arrastrándolo por el suelo, o de Lena pidiéndome que le tome el pulso para comprobar cómo le late el corazón de rápido cuando nos abrazamos apretando hasta rozar la asfixia, o de Lena cuando se pone a hablar ruso imitando a una actriz porno: «Da da ebi menia kak bliad! Mne nraivitsa tvoy bolshoi frantsuski juy! Drochi menia kak suka! Da, da!» Porque al desvestirse hablaba inglés, pero fingía gozar sólo en ruso. No he tenido (todavía) la oportunidad de comprobar esta información. Ella no necesitaba depilarse el sexo porque aún no le había crecido el vello. Justo por encima de la oreja tenía una fina pelusa sedosa que era quizás el lugar más dulce del mundo, yo ponía allí la nariz y era como oler a un polluelo recién nacido (un olor de corral, por lo menos).

—Octave, what is your favorite drug?

—¿Mi droga preferida? Esnifar tu pelo.

—What?

—Tu cabellera es el sitio donde quisiera que me enterraran.

—¡Te has enamorado de mi perfume!

—¿Qué edad tienes, Lena?

—Catorce años, pero aparento doce.

—Yo soy un vampiro que se alimenta de tu juventud. No puedo amarte sin destruirte.

—¡Oh, príncipe Vlad! ¡Bebe mi sangre de virgen como aperitivo!

—No te burles. Dante se enamoró de una niña de trece años. Y John Casablancas

se casó con una de quince.

—Lo sé. Pero ¿quién es Dante?

—El que escribió *El infierno*.

—¿Era un retrato de su novia?

—Muy gracioso. Es extraño que conozcas a Kant y no a Dante.

—Estudio alemán como segunda lengua. ¿Cómo sabes que estás enamorado?

—Siempre tengo hambre y nunca tengo frío.

No me acuerdo de haber amado así a nadie.

Ah, mierda, pope en reserva, nada más recordarlo me pongo a llorar, spasite izvinitie. No sabía que tenía aún un corazón, padre, compréndeme, fuiste tú el que me arrojó en sus brazos. Santo Dios, entre amar y ser amado prefiero amar. ¡Qué bueno es sufrir tanto! Te compadezco si nunca has conocido esto. ¿Ah? Lo conociste en París... La camarera, sí, ya me acuerdo, por supuesto, pero no sabía que era tan importante para ti... Perdón por llorar así, es ridículo. Tengo que enjugarme con la manga de mi chaqueta porque si cojo un pañuelo tengo miedo de apoyarme en el detonador sin querer, en el estado en que estoy sería muy capaz. No te conté por qué Lena huyó después de haber ganado el concurso Aristo Style. Serguéi había organizado una gran fiesta en su dacha blanca y negra de ventanales abiertos sobre una piscina roja. Mi error fue llevarla allí.

—¡Acelera y el barril estará pronto a cien dólares!

Serguéi coleccionaba los cochazos porque consumían su petróleo:

—¡Cada vez que piso el acelerador me enriquezco! Cuanto más escasea el petróleo, más se encarece y más me embolso. En Rusia hemos pasado directamente de las privaciones a las privatizaciones. ¡Cuando el planeta se calienta, también lo hace mi cuenta en Suiza! ¡Quémame ese puto motherfucking carburante!

Lo sabes mejor que yo: a causa del comunismo, no hay fortunas antiguas en Rusia, sino sólo recientes, a menudo distribuidas por el poder para evitar que se vendan los grandes grupos a los norteamericanos. Ya te lo he dicho. Las chicas más bonitas del país gravitan alrededor de este puñado de señores enriquecidos por la privatización instantánea de la industria en 1990. Así que para mí hubiera sido un fallo profesional no frecuentarlos. Pero debo añadir que su compañía me resultaba muy agradable. Rara vez he visto a ricos gastar tan bien su dinero. Cuando me presentaron a Serguéi Orlov, evidentemente no podía adivinar que él sería la causa de la desaparición de Lena. Era un hombre achaparrado y vulgar, pero fascinado como yo por la literatura (había copiado la veranda de su casa de la de Chéjov en Melijovo), y tan cínico que se volvía hilarante. La primera vez que hablamos me dijo:

—Amo a Rusia como a mi madre alcohólica.

—¿Tu madre es alcohólica?

—Sí, pero la quiero. ¡Se emborracha, bebe hasta revolcarse por el suelo, pero es mi madre! Me gustaría irme, como Berezovski o Abrámovich, pero no puedo. Soy incapaz de vivir en otro sitio que no sea este lugar helado y mugriento: ¡mi puto país!

Repetía a todas horas la palabra «positivo».

—Quiero algo positivo, una noche positiva, sé positivo, intenta decirme cosas positivas.

Estaba convencido de que los rusos eran el pueblo más masoquista del mundo y de que ya era hora de cambiar esta mentalidad. Se veía como un gurú de la Rusia del futuro; esta misión nueva colmaba su ociosidad de hombre de negocios al abrigo de la necesidad durante doce generaciones. Estaba sinceramente persuadido de que iba a librar a vuestro narod (pueblo) de esta cultura del fatalismo. Como todo heterosexual normal, se había quedado patidifuso al ver a Lena, y yo no tenía talla para disputársela. Se lanzó sobre ella y su angelismo tan «positivo».

—Sweetheart, make my desires reality! Oooo, she so kicks ass! No pongas esa cara, Octave, ¿sabes en qué se nota que eres extranjero?

—¿En que visto mejor que tú?

—Da voobshe! («¿Pero qué dices?»). Porque bebes vodka fuera de las comidas y porque también te las arreglas para no pagar la cuenta.

—¡Pero si eres tú el que nunca me deja pagar!

—No hace falta pagar, aquí soy el dueño de todos los lugares donde vamos.

Serguéi sólo había empezado esta conversación para deslizar este detalle delante de Lena.

BREVE DIGRESIÓN CON COCA SOBRE EL OLIGARCA

Los magnates rusos no me asquean más que los franceses: no veo por qué Román Abrámovich sería menos frecuentable que Bernard Arnault. Rusia no tiene el monopolio de las fortunas amasadas rápidamente con ayuda del Estado. La ascensión de François Pinault ¿no debe tanto al apoyo del poder como la de Mijaíl Jodorkovski? Sin embargo, sólo este último se pudre en una cárcel radiactiva siberiana en Krasnokamensk: sus quince mil millones de dólares no le protegieron. Es curioso: a Jodorkovski le conocí en casa de Castely en la Palette en 1989. Importaba ordenadores con uno de mis compañeros de fiesta más antiguos: Michel Leborgne. Circulaba en Porsche, su sociedad Menatep tenía su sede en la rue Mornay, en nuestras fiestas le tratábamos con condescendencia, como a un popov grisáceo. Por entonces se veían menos rusos que hoy en París. El otro era Eduard Limonov, que escribía en El Idiota Internacional. Siempre me ha costado imaginar que los dos únicos ruskis (aparte de ti, padre, que he conocido en los años ochenta acabaron en el trullo por haber desobedecido a Putin, que accesoriamente poseería el 4 % de Gazprom (es decir, el 4 % de 300.000 millones de dólares, haz el cálculo tú mismo, soy pésimo en matemáticas y no quiero morir ahora mismo). Me acuerdo de «Misha» Jodorkovski, con sus finas gafas metálicas y su cara simpática de soviético, sentado en una terraza de la rue de Seine delante de un vaso de vino blanco; debe de sufrir su nacionalidad desde el 22 de septiembre de 2005, cosiendo zapatillas en la colonia penitenciaria YaG 14/10. Quizás no hubiera debido financiar dos partidos de oposición (Iábloko y el SPS), pero ¿desde cuándo eso es un delito? Nunca hay que creer lo que dicen los periódicos: que Rusia se ha convertido en un país democrático, pamplinas de ésas... Nuestros dos países se parecen: lloran su pasado porque intentaron pasarse a la economía de mercado, cada uno a su manera, antes de que los atrapase la realidad. Francia y Rusia están vinculadas porque son dos economías estatales que fingen ser libres. Lo habitual en nuestros pagos es que empresarios fuertemente dependientes de los pedidos del Estado posean los principales medios de comunicación. En Francia, el constructor Martin Bouygues es dueño de la primera cadena de televisión, el comerciante de misiles Arnaud Lagardère posee el mayor grupo de prensa europeo, el fabricante del Rafale, Serge Dassault, compró el Fígaro. En Rusia, Gazprom adquirió el diario Izvestia, el tabloide Komsomól'skaia Pravda, la radio Eco de Moscú y la cadena NTV; un hombre próximo al conglomerado, el magnate del acero Alisher Usmánov, compró el periódico Kommersant. En cuanto a Román Abrámovich, comprendió el mensaje del asunto Jodorkovski: no hay que

enfadarse con Putin, vendió sin rechistar a Gazprom su compañía petrolera Sibneft. Más vale no dar golpe a bordo de un yate que en un calabozo.

Me acuerdo de que en la trasera de su jeep, que circulaba por la carretera de los ricos, Serguéi alardeaba:

—En el fondo, los franceses sois una especie de ucranianos: os gusta la libertad siempre que no os suban la factura de gas.

—Eh, eh, despacito: Francia es un gran país rico.

—¡Ésa sí que es buena! Chicas, ¿habéis oído lo que ha dicho? ¡Holaaaa! Octave, despierta, tengo noticias para ti: ¡Francia es UN PEQUEÑO PAÍS POBRE! Te voy a citar tres nombres de grandes países ricos: Rusia, China, India, ¿vale? Los franceses seguís tomándonos por pobres mendigos, cuando vosotros estáis endeudados hasta las cejas y las reservas de efectivo de nuestro banco central podrían saldar cinco veces vuestro déficit presupuestario. Pronto seremos nosotros los que os demos limosna: hemos devuelto ya, con antelación, veintitrés mil millones de dólares al Club de París, pronto compraremos todas las empresas vuestras que fabrican aviones y revistas, veremos si os dejamos seguir en los consejos de administración, personalmente tengo mis dudas, pero me caen bien vuestros viejos calvos, con sus nombres larguísimos, darán un toque chic a mi BlackBerry Pearl... Anda, no despediremos a todos, prometido: sois decorativos.

No insistí demasiado en defender a mi patria. A la derecha de la carretera se veía el «luxury village» de Barvija, el Neuilly de Moscú, con su tienda de Ferrari. Al fin y al cabo, Francia quizás estaba muerta, como todos los demás países comunistas.

—Desde 1998, el PIB de Rusia ha crecido un 6,8 % al año.

—Sí, pero la esperanza de vida de los hombres ha disminuido tres años. El alcoholismo, las peleas, los asesinatos, los accidentes de tráfico... En 2004, Rusia perdió ochocientas mil personas, es decir, el equivalente de una ciudad como Marsella. Así que de acuerdo, la business class de Aeroflot es mucho más lujosa que la de Air France, pero vuestro Estado violento redistribuye poco las riquezas y no engendráis niños.

—¡Por eso somos ricos!

—Cometéis atrocidades con los chechenos —dije esto más alto para que Lena se hiciera la ofendida—. Doscientos mil muertos de una población de ochocientos mil.

—Imagina que los corsos toman de rehenes unas escuelas francesas y teatros. ¿Cómo reaccionaría el gobierno francés?

—Mal, pero sois más racistas que nosotros..., a pesar de que necesitáis más inmigrantes, porque vuestra población no crece.

—¿Ah, sí? ¿En qué país el Frente Nacional alcanza el 20 %? Te recuerdo que aquí Zhirinovski obtiene un penoso 3 % de votos, ¡a pesar de que tenemos veinte millones de musulmanes!

De todos modos, nadie contradecía a Serguéi. Como todos los potentados, se había acostumbrado a perorar sin que le contradijeran. Yo le dejaba decir la última palabra a condición de que pagase la cuenta.

—¿Ves la estratagema? El tablero mundial se ha invertido: los americanos sostienen el precio del petróleo para favorecer a Rusia en detrimento de China. ¿Comprendes la jugada? Estados Unidos pide prestados centenares de miles de millones a China para comprar petróleo árabe y quemarlo contaminando la atmósfera, ¡y todo para fortalecernos! Es genial, ¿no?

Serguéi era más divertido cuando me reprochaba que frecuentase mujeres demasiado viejas.

—¿Qué edad tenía la última? ¿Veintidós? Octave, ya basta de tonterías. A partir de ahora, ya sólo debes salir con vírgenes como Lena. Las vírgenes son también santas, ¿no es así, en la religión francesa?

—Yo no soy un santo: las únicas aureolas que tengo las llevo debajo de los brazos.

—¡Ponte ethiaxil antitranspiración, hijo mío!

Serguéi sólo se acostaba con chicas de entre quince y dieciocho años. Tenía una teoría en contra de la fidelidad:

—La causa de todos los divorcios es el matrimonio. Sin la familia habría muchos menos asesinatos. La desesperación de la gente tiene un motivo que todo el mundo conoce: se sigue presentando a la pareja como un modelo de felicidad, cuando en nuestra civilización la pareja ya no es vivible. Se sigue vendiendo un ideal imposible. ¡Está reventando el mundo!

—Aun así, Serguéi, no se puede cambiar de mujer todos los días. Debe de ser posible controlar «el deseo infernal». San Agustín lo consiguió.

—Pero fue por amor a Dios.

—Buda lo logró.

—Era obeso, no tenía elección, ¡nadie quería tratos con él!

—Si la gente tiene tanto empeño en elegir pareja, por algo será...

—La publicidad. El cine. La prensa femenina. Los tres fomentan un modelo increíblemente reaccionario, como si los años sesenta nunca hubieran existido.

—No. Es el amor. La gente sueña con hacer que el amor dure el mayor tiempo posible. No es sólo el deseo lo que hace durar a una pareja, incluso el sexo es mejor cuando amas. Las mujeres no son intercambiables. El cariño progresivo existe, el misterio de un ser al que creemos conocer y no conoceremos nunca, la alegría de la complicidad y el descubrimiento incesante, la profunda emoción de un sentimiento eterno. Sustituir cada noche un cuerpo nubil por otro cuerpo lampiño es emprender una carrera absurda hacia un placer cada vez más furtivo e ilusorio... Es el camino del crimen. No es el matrimonio el que te vuelve asesino, sino la carrera hacia el

placer. El ser humano necesita construir algo en común con su alma gemela...

Silencio. Serguéi me mira fijamente, pasmado.

—Octave, ¿estás de coña?

—No, hablo en serio... Se puede morir de amor.

—¿Crees de verdad lo que acabas de decir?

—¿Estás majara? Ja, ja, ja!, ¿has visto cómo te la he dado con queso?

—¡Cabrón! ¡Gilipollas de francés! ¿Habéis oído, chicas, cómo ha estado a punto de liarme, este motherfucking frantsusski?

Yo no podía resistirme mucho tiempo al cinismo mundano, aunque ya no creyera en él: un hombre sinceramente enamorado, en una de aquellas rondas, estropeaba el ambiente, y lo último que yo quería era que Lena me viese como un aguafiestas transido y pegajoso.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre el matrimonio y el divorcio? ¡Que festejas el matrimonio una vez pero celebras el divorcio todas las noches!

—Por eso divorciarse es mucho más cansado que casarse.

—Aun así la fidelidad es la única forma de follar sin condón.

—También está el dinero.

—Por cierto, en las próximas elecciones, ¿tendrás que tomar partido entre el clan Abrámovich-Putin y el clan Berezovski-Jodorkovski?

—¡CIERRA EL PICO, OCTAVE! Por el bien de Steven Seagal, no hay que pronunciar jamás esos nombres en mi presencia, ¿entendido? —Me arrugaba la chaqueta Prada con sus puños enrojecidos y feroces—. Hablemos de otra cosa, amigo mío, si no quieres que te fumigue con napalm.

Te entendías bien con Serguéi siempre que evitases hablar de oleoductos perforados y política interior. Por regla general, a los rusos ricos no les gusta que les hagan demasiadas preguntas: incluso procuran no hacérselas ellos. Como a muchos multimillonarios, a Serguéi le gustaba rodearse de modelos principiantes y jet-setters aturdidas, y vivía a ochocientos por hora, como si su deportación a Siberia estuviese prevista para la mañana del día siguiente. Cuando atravesábamos Moscú a toda pastilla en un 4x4 blindado, nos seguía siempre un coche de guardaespaldas en traje de combate y una limusina llena de adolescentes colgadas. Yo conectaba mi iPod en la radio del coche: hacía de DJ ambulante (catálogo: 2 Many DJ's, The Methadones, Prodigy, Justin Timberlake, Aerosmith y Abba). Le ayudaba vagamente a renovar su ganado de orificios, pero él tenía tan poca necesidad de mí como yo de él. Así nacen las amistades más sólidas. Lanzábamos las llaves de los coches a aparcacoches de chaqué, a su vez flanqueados por matones con auricular y fisonomistas con camisetas negras, deformadas por las pistoleras. Al principio, a las chicas les impresionaba la cantidad de gorilas que había que desplazar para ir simplemente a cenar en un restaurante de *nouvelle cuisine*. Cada vez que entrábamos en un hall color arena,

Serguéi gritaba:

—¿Hay algún hijo de puta checheno en la sala? ¡Ven con tu mamá, enculado!

Ellas se hacían las espantadas, escandalizadas por el importe de las propinas tiradas al suelo. Pero al cabo de unos días pedían botellas cuádruples de Cristal a 20.000 euros la botella y participaban como las demás en las juergas del barco. Serguéi cuidaba los detalles: en Saint-Tropez poseía tres yates y los dos más pequeños servían para transportar los reflectores que iluminaban el grande. Íbamos y volvíamos en avión privado para una sola noche. Las chicas se acostumbraban a este estilo de vida. Me acuerdo de una que decía:

—Yo no salgo con un tío con un Price Earning Ratio inferior a 80.

Otra, cuando le pregunté por quién pensaba votar en las elecciones presidenciales de 2008, me respondió:

—Me encanta Dior.

Tumbadas delante de las mesas bajas nevadas con Shatush, Opera Club o Seven, escuchando *balkan groove*, comparaban el tamaño de sus relojes, criticaban el aire acondicionado del avión, se resfriaban para todo el verano. No tardaban en pegarse; después era siempre complicado deshacerse de ellas.

—¡Otra vez sopa de bogavante, mierda!

Es increíble lo rápido que se ajan algunas mujeres. La droga les hace perder diez kilos en quince días, las mejillas se les hundén, los pechos se les vacían. Las caras rosadas se tornan grises. Ya no sonrén, o peor aún: sonrén todo el tiempo con dientes falsos, fosforescentes. Las ves transformarse gradualmente en pordioseras; en medio de una cena exclaman: «¡Oh, mierda! ¡Me he olvidado a mi chófer!» El champán rosado las hace vomitar en los helicópteros. Cometén un error al volverse feas tan deprisa, porque entonces las echan sin remordimientos.

Mi problema era que yo salía con la mejor. Me cuidaba muy mucho de exhibirla, pero de pronto estaba siempre aterrado por dos cosas: que me la birlaran o que ella dejase de ser la mejor. Yo vigilaba a todo el mundo: los tíos amenazadores y las rivales potenciales. No sé lo que me daba más miedo: que Lena me abandonase por otro o que Lena estuviese menos bien que otra. Estaba constantemente alerta. Mi vida no era más que una serie de miradas desorbitadas, de ojeadas oblicuas. Yo era el noviete de la mejor del mundo, o sea, el hombre más desconfiado de Rusia. Soy tan influenciable, padre, que así no se puede vivir. Me acuerdo de una chica que una vez me pareció resplandeciente. Ya sabe, Tania, la hija de Nijni, te hablé de ella a principios de año. Habría bastado con que dos amigos me hubieran dicho que era caballuna, con demasiadas encías y los pies demasiado largos, para que no le hubiese dirigido nunca la palabra. No soy yo el que decido amar o no a una persona u otra, sino que siempre he dejado que los demás decidan por mí, desde siempre. No elijo nada, ni mi oficio ni mi mujer. Nunca digo que no a nadie, me cuesta muchísimo. Me

dejo llevar porque quiero que me quieran continuamente, no desagradar nunca. Estoy más cerca de ser un tapón de corcho que un ser humano.

—Ladies and gentlemen, welcome to the Official Saint Petersburg's Aristo Style of the Moment Contest!

El regidor apagó las luces de la sala para que el público tuviera ganas de aplaudir. Entre bastidores, las chicas tiritaban de frío, se frotaban los brazos mutuamente esperando su turno. A veces su madre o su tía les pellizcaban las mejillas para que tuviesen buen aspecto, o les subían los pechos en el corpiño para que el escotado fuera más nemotécnico. Algunas chicas tenían ojeras porque se habían pasado la noche privando en Zabava o el Oneguin; serían las primeras eliminadas. El ucraniano Omar Harfuch se empeñaba en expulsar a todas las que masticaban chicle. Todo el mundo tiene sus manías. Ordené a Lena que escondiera discretamente en mi mano su chicle con sabor de albaricoque y que adoptara un aire desdeñoso caminando derecha, como sobre un hilo imaginario.

—Mira a lo lejos, buscando el horizonte. Nunca sueltes las manos, pósalas más bien en las caderas, los brazos que se balancean recuerdan a los de un orangután. Camina a grandes zancadas, como si fueras la chica más feliz que han visto nunca. Atención a los pies de pato, es mejor meterlos un poco hacia dentro, porque si no pareces una niña que sale de la escuela, gustarás a los pedófilos, es bueno para el aplaudímetro, hay muchos en la sala. Be determined, be fierce.

Los periodistas hacían preguntas medianamente interesantes: «Where do you come from?» «How old are you?» «Why do you want to become a model?» (Cuando la única pregunta sensata es: «What is your room number, angel?») El desarrollo de la ceremonia era bastante sencillo: un primer desfile vestidas, otro en bikini, las puntuaciones del jurado, algunos comentarios salaces en el micrófono y asunto concluido. Ni siquiera tuve que amañar la competición: con su inocencia, tan afectada como su nacionalidad, Lena se impuso con toda facilidad, no había ni color, por decirlo así (aunque fue uno de los días de su vida en que más fotos en color le sacaron). Yo no me había equivocado porque las piernas de las mujeres son brújulas plantadas en mis ojos.

Después de su elección, Lena me presentó a su madre, Olga, una bella cuarentona rubia. Tenía la sensación de haberla visto ya en alguna parte, pero no tuve tiempo de hablar con ella, estaba tan emocionada por el triunfo de su hija que empezó a sollozar y desapareció entre bastidores. Fue entonces cuando Serguéi entró en el camerino y lo estropeó todo invitando a Lena a su casa:

—Russian Federation ready for discussion! Everybody, come to my house for huge party! Allons enfants de la patrie, le jour de gloire est arrivé!

Intenté oponerme:

—Nos quedamos en tu casa diez minutos y después nos vamos...

—Imposible, tú eres amigo mío. Si vienes, tienes que quedarte diez horas como mínimo.

Yo me sentía como un pedazo de carne en un cuenco de lagma (el lagma es una sopa uzbeca a base de caldo de gato y de tallarines flotantes). Mi molesto amigo me tendió un saquito blanco.

—Octave, use Colombian sodium to wake up!

¿Quieres bailar el slow slave
Penetrar en mi enclave
Por tu cuenta y riesgo
Mirar cómo pestañeo?

Soy rusa y tengo el alma esclava
Atraída por los pecios
Mi romanticismo es pérfido
Soy ciclotímida.

Quisiera soltar lastre
Vivir una vida menos tórrida
Pero vengo de los países del Este
No eres lo bastante sólida.

Elena Doicheva
Bostezó al leer esto,
Pero «la nave va...»
Mucho más tarde, Lena se casó.

Lena en la habitación 403, en shorty ceñido y escotado de algodón rosa:

—¿Entonces quieres vender mi cara a fabricantes de tumores? Qué extraño.

Yo: Sí, pero no sólo hacen eso: también fabrican melanomas, metástasis... Desconfía del Idiota, va a secuestrarte en su fábrica de lágrimas o hacerte un hijo para ordeñar tu leche materna. Es él quien revende a Ideal los componentes de los cosméticos antiedad. Es él quien transmite el cáncer a todas las consumidoras de juventud eterna.

Lena: Pero ¿por qué presentas a la ganadora a ese degenerado? ¿Seguro que me quieres?

Yo: Sí, mi amor.

Lena: ¿Seguro seguro?

Yo: Sí, mi amor.

Lena: ¿Seguro seguro seguro?

Yo: Sí, mi amor.

Lena: ¿Seguro seguro seguro seguro?

Yo: Ah, eso no. Nadie está seguro seguro seguro seguro, no hay que pedir tanto. Tu cara puede salvar al mundo occidental. ¡Para vender, el gran capital necesita tus ojos y tus dientes! ¡Puedes ayudar a Occidente a dominar el planeta durante algunos meses todavía! Tu flequillo, los lóbulos de tus orejas, tus pestañas...

Lena: ¡Basta de enamorarte de detalles físicos! ¡Ama a un espíritu!

Yo: La belleza y el bien son lo mismo. Lo dijo Platón en *Fedro*.

Lena: Ya sé. Te lo dije yo.

Yo: Uno tiene la cara que se merece, incluso a los catorce años. Si tu físico me agrada es porque me gusta también el resto. Tu inteligencia, tus tonterías, tus pechos firmes como si fuesen postizos, tu impaciencia detestable, la ambición que te empurpura las mejillas, tus nalgas que podrían rebotar en el suelo, tu amor por los hombres inalcanzables, tus ojos azules y brillantes, tu piel elástica, todo esto va junto. He creído durante mucho tiempo que el deseo se podía ordenar racionalmente y que tenía que atraerte la chica más bonita del mundo. Me equivocaba: me acaba de suceder al revés. Desde que te he conocido, con tus uñas mordisqueadas y tu canino puntiagudo, tu soledad adolescente, tus pies metidos hacia dentro y tus ojos excesivos, tus lecturas solitarias y tu hoyuelo en la mejilla izquierda, sé que te has convertido en la chica más bonita del mundo. No existe la objetividad en materia de belleza. Sólo la subjetividad puede indicarnos el camino, con todo lo que abarca: mis recuerdos, tu futuro, el mundo y sus aviones que se estrellan, una canción que te gusta, países atravesados o que atravesaremos...

Lena: Suspiras muy fuerte, es raro.

Yo: Dices muchas veces «es raro».

Lena: Es extraño.

Yo: No sigas masticando chicle mientras me enamoro, acaba siendo penoso. ¿Y si hiciéramos un hijo?

Lena: ¡No, eres demasiado viejo! ¡Él no te disfrutaría mucho tiempo!

Yo: Gracias.

Ella se acariciaba el labio superior con una cucharilla. Yo la hice reír extendiendo mousse de chocolate encima de mis dientes. Ella era demasiado guapa para llevar puesto algo más que una camiseta blanca.

Yo: ¿Crees que me amarás algún día?

Lena: Es largo, el amor, es un trabajo... Citas a Platón, pero no lo recuerdas bien. En *Fedro*, Lisias aconseja otorgar nuestros favores sólo a los que no nos aman.

Yo: De acuerdo, ¡te detesto, no te amaré nunca!

Lena: ¡Demasiado tarde!

Yo: Exacto. Creo que has llegado para colmar un vacío en mi corazón. No sabes en absoluto hasta qué punto eres perfecta.

Lena: No, no lo sé... Parece..., depende... ¿Qué gano con saberlo? Eso intimida a los tíos más interesantes.

Yo: Exacto.

Mis pamemas ya ni siquiera le hacían sonreír; yo era torpe (en Francia, una chica de su edad habría dicho «sin tacto»). Desde que llegamos a casa de Serguéi para festejar el triunfo, supe que todo estaba perdido. La puerta de entrada con sistema de reconocimiento digital y vocal, la mirilla electrónica, las cámaras de vídeo de control, los guardias armados en lo alto de los miradores: la residencia secundaria de Serguéi impresionaba a la falsa chechena. Ella hacía cosas de niña enamorada, como abrir la ventanilla del coche para sacar la cabeza al viento, y yo me repetía bebiendo a morro de la botella: «No estoy a la altura de una chica así. No estoy a la altura.» Al cabo de cinco minutos ella se puso a hablar en ruso con el Idiota y sus colegas de despacho: la llama de las velas bailaba en sus pupilas. Yo me había vuelto exterior a su vida. Hablaban juntos en la lengua que yo no comprendía, ella le calentaba (quizás para darme celos, quizás porque pensaba que me excitaría, quizás simplemente porque a ella le apetecía su cráneo calvo y su sonrisa cruel). Yo intentaba aparentar un aire distendido pero por dentro bullía. Era prisionero de aquella chica que se me escapaba, siendo yo el que había planificado su evasión. Habría tenido que expresar mi censura, pero no tenía los cojones necesarios delante de los poderes del dinero. Incluso fui a abrir una botella de Dom Ruinart como un criado cobarde. Estaba enfurruñado como un imbécil en mi rincón, trataba de darle celos a Lena masajeando la espalda de algunas prostitutas. Había vuelto a ser social y patrióticamente un extranjero y Lena me olvidaba a medida que transcurrían los segundos. Nunca he sentido tan

claramente el paso del tiempo: cada instante me alejaba de ella, Serguéi me excluía a fuerza de bromas esclavas. Ella llevaba un vestidito escotado de color carne, no se veía bien dónde empezaba la tela y dónde acababa la piel, era una locura. Noté un subidón de celos atroz, como si de repente descubriese el sentido de la palabra abandono. Apuré de un trago varios vasos de vodka Putinka confiando en que el alcohol me anestesiasse definitivamente. Pasaba de un dolor contenido a un odio frío. Sonreía como un boxeador sonado que acaba de encajar una lluvia de golpes pero que se niega a declararse vencido. Aguardaba la campana. No podía, al fin y al cabo, caer de rodillas y decirle: «¡Lénochka, te quiero, vámonos de aquí!» Y, sin embargo, cómo lamento ahora no haberlo hecho por miedo al ridículo. ¡Dios mío, qué ridículo es el miedo al ridículo! Me daba vergüenza confesar que estaba enamorado delante de mis amigos de juerga. Desairaba a Lena, la despreciaba abiertamente, le faltaba al respeto por mostrarme tranquilo en público (pero en cuanto estaba solo con ella, me licuaba, huía de ella como Goethe de Frédérique Brion). Serguéi me insultaba en ruso: «ne sluchaino» («nada es casualidad», repetía), su corte le rodeaba, Lena se alejaba de mí y se aproximaba a él y yo no hacía nada para impedirselo y ella no hacía nada para defenderse. Él la arrastró al salón de la orgía, allí donde todas las chicas estaban arrodilladas con los pechos desnudos. Cerré los ojos para contener mis lágrimas de rabia y me volví para irme... Lena me preguntó si quería marcharme. Le dije: «Buenas noches». A mí me entristecía estar triste, a Lena le hacía feliz estarlo. El malentendido entre hombres y mujeres se agranda cuando no saben que se aman. No quise que ella viera mi emoción. En corazones rotos que abombaban el pecho: en eso se habían convertido los hombres, en Valmonts que reemplazaban la peluca por un móvil con auricular Bluetooth. Fue la última vez que la vi. Miré por la ventana a las otras chicas sujetarle las manos en la espalda, desvestirla lascivamente, besarle la lengua, obligarla a lamer a los hombres de arriba abajo. Serguéi daba las instrucciones y ella las ejecutaba dócilmente. Observé la escena caminando hacia atrás. Esperaba que ella me pidiera socorro, pero se dejaba hacer. O bien me pidió socorro pero yo estaba ya demasiado lejos y no la oía, la detestaba por haberme seguido, aborrecía mi propia cobardía, quería que ella me echase de menos, que me suplicara: «Octave, llévame contigo, ¿qué hacemos aquí?», pero se prestaba al juego lánguidamente, se dejaba ir con los ojos entornados. No podía llamarme porque estaban utilizando su boca. Quizás le gustara que le diesen órdenes, quizás yo no había existido nunca. La última imagen que conservo de ella: se agacha para lamer con los ojos cerrados la punta de los dedos de Serguéi. En el parque de la dacha, fajos de billetes de quinientos dólares flotaban en el agua de la piscina. Los criados intentaban recuperar a gatas los billetes enganchados en la verja de plástico.

Dostoievski estaba convencido de que la belleza salvaría al mundo; ¿y si fuese al contrario y lo destruía? En *Nip/Tuck*, un asesino múltiple dice que «la belleza es la

maldición de este mundo» (mientras que el doctor Troy se folla a una fea poniéndole una bolsa de papel en la cabeza). Padre, el momento de que te hablo es muy importante: como en *Crimen y castigo*, puedo decidir que aprieto este botón y lo destruyo todo, o decidir no apretarlo, y esta decisión no es solamente mía sino también tuya, y de Lena, y de Dios, quizás, si se digna interesarse por nosotros. Si aprieto aquí yo no seré la única causa de la explosión, cometeremos un crimen colectivo. Estoy a favor de colectivizar los crímenes. Soy comunista.

Ninguna posibilidad. Supe cómo había terminado la noche. Todo el mundo estaba tan borracho que se dedicaron a destripar las almohadas. Después de haber tirado por los aires todas las plumas de oca, vertieron miel sobre las invitadas antes de hacerlas rodar por el plumón. La orgía se había convertido en un gallinero de dimensiones humanas. Parece que las mujeres de la limpieza pidieron un aumento de sueldo al día siguiente. ¡Lenin, vuelve, se han vuelto locos!

Un tipo como Serguéi no busca la belleza, sino algo peor: busca la novedad (como Casanova: «La novedad es el tirano de mi alma»). Quiere un nombre más en su tablero de caza. Desde que me marché de su fiesta, el Idiota ya no me protege. Sabe que ya no soy su amigo. Esa gente aborrece a quienes les han hecho un favor. Un amigo que os presenta a una excelente productora de lágrimas sólo puede convertirse en una cosa: en un enemigo. Me la suda, de todos modos fue él quien me enseñó a manejar explosivos. Los hilos eléctricos, el plástico, todos los detonadores conectados por medio de móviles, la verdad es que tengo que estarle muy agradecido. ¿Ves? Si todo salta será gracias a él. Colecciona armas de fuego. En su casa descubrí un verdadero arsenal: ametralladoras, granadas, bazookas, TNT... Cuando el poder os entrega las industrias nacionales, os da asimismo los medios de protegerlas, es lo mínimo si quiere evitar que las fábricas caigan una vez más en las manos del pueblo cuando se subleve. La noche en que huí para entrar en la clandestinidad me abastecí en su sótano de municiones, y robé un Hummer lleno de explosivos. Troqué a Lena por un camión digno del que aparece en *El salario del miedo*. ¡Algo con que volar tu «tintero loco»!

Lena va a venir... La tomaré de la mano y le pediré perdón como si le pidiera ayuda. Compréndeme, mi stárets, cometí un grave error: ¡le pedí que me rehuyera y ella me obedeció! Ya el día de nuestro paseo por el jardín de verano, después de la primera noche juntos, sublimemente espantosa, sentado en el banco y debajo de los robles, quise hilar muy fino:

—El día en que seas mía me aburriré y te lo haré pagar muy caro.

—¿Ah, sí?

—Sí, estoy hecho así. Te amaré siempre que no me ames.

—Pero ¿por qué emplear palabras tan grandes? No para de temblar, cálmese...

Ella bebía cerveza a morro, con las uñas azules como las pupilas.

—Lena, ¿te molestaría no tratarme de usted, por favor?

—¡Pero si no hablo francés!

—Sí... En inglés el tuteo y el usted existen y no existen simultáneamente, como el gato de Schrödinger.

—Es usted extraño, Octave. Me dice cosas malvadas y románticas aunque hayamos pasado una noche juntos.

—Una noche puede durar varias vidas.

—No fue real.

—La realidad no tiene el menor interés.

—Los cuentos de hadas no existen.

—Sí, incluso es la única cosa cierta. Hay que tener el valor de zambullirse en los cuentos de hadas. Creer en Perrault y en Grimm como se cree en Dios y en Papá Noel, creer en el amor y en la felicidad, en el reparto de las riquezas y en la justicia universal, en el gobierno mundial, en la resurrección de la carne y la inmortalidad del alma. Y en los ogros.

—Sólo tenías que haberme impedido dormir. Me gustaron nuestros besos, ¿sabes?, hace un año que no soy virgen, podría acostumbrarme a ti, hasta tengo ganas de conocerte.

—Sigue huyéndome, oh criatura extraña y familiar. Créeme, es preferible para los dos.

—Muy bien; entonces, do svidania.

Se levantó de un brinco y esto me hizo toser. Seguramente existen cosas más bonitas, pero yo no las conozco. Volví la cabeza hacia la copa de los abetos, donde graznaba una gaviota. Fragmentos de San Petersburgo se reflejaban, a pesar del agua cenagosa, en el estanque del parque. La atrapé por el brazo, un gesto algo macho (yo me tomaba por Miguel Strogoff). Ella me miró con tristeza.

—Eres como los demás hombres. Basta con que me vaya para que me persigáis. Estoy decepcionada.

—Yo no.

—Yo no soy como tú: yo puedo amar. I can love. You are just pretending.

Luego añadió algo en francés:

—¿Estás seguro de que quieres que te tutee?

Bajé los ojos para no responder:

—Sí, quiero que me mates.^[6]

Se dejó coger de la mano. Me tumbé sobre el banco, ella se me sentó encima a horcajadas, con las rodillas apretadas debajo de su falda corta, y comprendí que se podía amar a alguien sin soltarle nunca la mano.

Estoy pirado... Holy man, sabes que sigo sin comprender cómo lo haces... No veo en absoluto la razón de hacer otra cosa que el amor. ¿Cuándo llega Lena? ¿Por qué te ríes? ¡Padre, no es muy amable burlarte de mis sentimientos! Por una vez que te cuento algo hermoso, grande, superior, sueltas una carcajada de desprecio, es muy desagradable, podría ofenderme y apretar aquí para poner punto final a nuestra conversación... Si me contengo para no volar tu catedral reciente, es porque espero a Lena para llevarla al Ngoro Ngoro Crater Lodge, bajo una choza masái, para despertar a los flamencos rosas cuando despunta el sol en Tanzania. ¿Cómo que no vendrá? ¿Qué dices..., la rue Daru? ¡Al carajo la rue Daru, te hablo de amor y de la mujer de mi vida! Creía que habíamos llegado a un acuerdo: ¡tú me devuelves a Lena y yo te devuelvo tu catedral! ¿Qué relación hay entre Lena Doicheva y la rue Daru, donde te conocí en los años noventa? ¿Cómo? ¿La dependienta de la tienda de comestibles rusa? Sí, y bueno, qué, era mona aquella Olga, Olienka, ya no sé quién, vale, me acosté algunas veces con ella en aquella época, ¿y bien? ¿Eh? ¿Se llamaba Olga qué? NO, Doicheva es imposible, es el apellido de Len... Las fechas no corresponden. Espera... Olga era en... 1992... No, quieres engañarme. Tvoiu mat! No, no puedo ser yo, dime que bromeas, ¡me da igual, voy a exigir un test de ADN! Pero cómo has podido hacerme semejante cosa, ah, lo sabías desde el principio, ¿eh?, en París te enamoraste de su madre y catorce años más tarde consigues vengarte, por eso Lena se parece tanto a mí, inconscientemente siempre lo he sabido, querías devolverme la fe conduciéndome hasta mi hija, OH, DIOS MÍO, LLORO, ES DEMASIADO INNOBLE, DEJA DE REÍRTE, ERES EL DEMO

Los equipos de bomberos moscovitas abandonaron la búsqueda de supervivientes quince días más tarde. Los soldados del ejército ruso desescombraron las ruinas durante dos meses, una decena de países había enviado tropas y material para auxiliarlos, los «French Doctors» y varias células psicológicas de urgencia ayudaron a atender y a reconfortar a los numerosos heridos hallados por los pastores alemanes y rescatados después del derrumbamiento. Se contaron quinientos veintiséis muertos y desaparecidos y trescientos sesenta y dos heridos. El cuerpo de Octave Parango nunca fue identificado oficialmente.

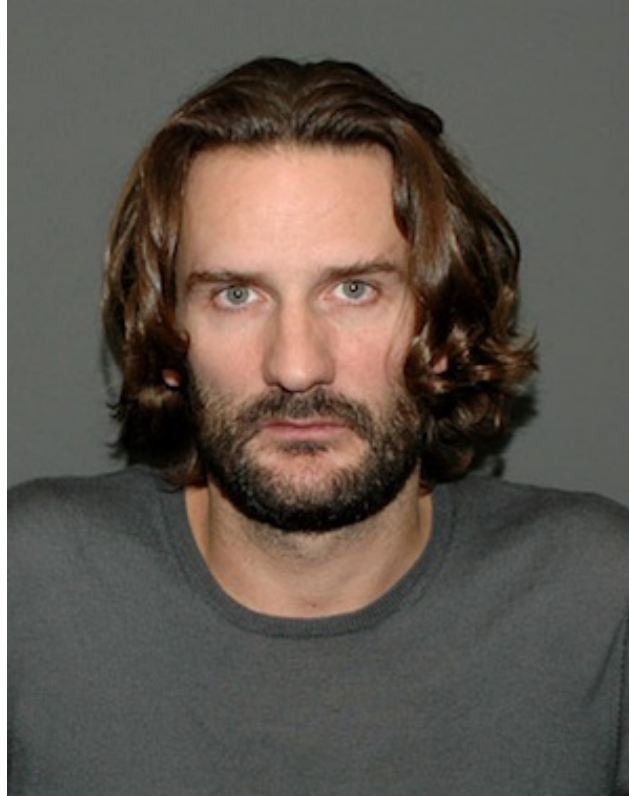
Un rumor circuló por la ciudad durante mucho tiempo, según el cual varios testigos habrían visto a un individuo, cuyas señas correspondían a las de Octave (un tipo alto y flaco, de pelo largo), que se había levantado solo de entre los escombros, milagrosamente indemne tres días después de la catástrofe, se había desempolvado el chaquetón en jirones y saltado los cascotes antes de desaparecer al volante de un camión robado a la Cruz Roja Internacional. Las pesquisas realizadas por la policía y el FSB para encontrar el vehículo no han dado resultado hasta la fecha. Tampoco han proporcionado pistas las escuchas telefónicas de la línea de su hija natural, Lena Doicheva, la modelo supuestamente chechena contratada por Ideal. El mismo rumor afirma, sin embargo, que después del escándalo el terrorista se habría reunido con la joven en Tashkent, donde ella se refugió con su novio, el famoso snowboarder Vitali Rostov. Cuentan que la familia se hallaría bajo la protección de los servicios secretos rusos, pues el atentado habría favorecido el acceso al poder del gobierno actual. Varios periodistas que investigaban sobre los vínculos entre Oilneft y el atentado murieron en los meses siguientes. Estas elucubraciones carecen de fundamento, puesto que la versión oficial fue que el demente había desaparecido bajo los escombros. La investigación sobre las responsabilidades en la destrucción de la catedral de Cristo Salvador de Moscú quedó cerrada a partir del 20 de abril pasado, fecha de la elección de Serguéi Orlov, el antiguo presidente de Oilneft, para la presidencia de Rusia, tras una breve campaña fuertemente centrada en la defensa de los valores de seguridad, los nacionales y los cristianos.

Otras personas —¡las pobres!— sostienen que esta historia es inventada de cabo a rabo.

Moscú-París,
2005-2007

Si la lección global del siglo xx no sirve de vacuna, el inmenso huracán bien podría renovarse totalmente.

ALEXANDR SOLZHENITSYN



Frédéric Beigbeder (Neuilly-sur-Seine, 1965) simultaneó durante diez años su trabajo publicitario con colaboraciones en diferentes medios de comunicación como cronista de la noche o crítico literario en revistas, periódicos y programas de radio y televisión. Su novela *13, 99 euros* (2000) alcanzó un éxito extraordinario, encabezando durante meses las listas de best-sellers, y de paso fue despedido fulminantemente de la agencia de publicidad en la que era un brillantísimo creativo. Posteriormente ha publicado las novelas *El egoista romántico* (2005), *Socorro, perdón* (2007) y *Una novela francesa* (2009).

Notas

[1] Nombre que dan los moscovitas a la catedral de Cristo Salvador. (*N. del T.*) <<

[2] Es decir, eslavo-a en francés. (*N. del T.*) <<

[3] Ragú de cordero hervido en su grasa durante una hora con verduras marrones que flotan en la superficie y arroz aceitoso: exquisito plato tradicional que procede de Samarkanda. Sólo debe degustarse en caso de conflicto militar inminente con una de las repúblicas colindantes con el mar de Aral. (*N. del A.*) <<

[4] La homofonía de que habla el autor es *repère* y *repaire* «referencia» y «guarida». (N. del T.) <<

[5] En francés, juego de palabras que explica la incoherencia de la frase: *Il a plu et elle m'a plu*. Hay una homofonía entre *plu*, «llovido», del verbo *pleuvoir*, «llover», y *plu*, «gustado», del verbo *plaire*, «gustar». (N. del T.) <<

[6] Juego de palabras entre *tutoie*, «tutees», y la homofonía *tues*, *toi* «me mates». (*N. del T.*) <<